

ANTOLOGÍA PERSONAL

Cuentos de Sergio Gaut vel Hartman

Este libro será publicado por IMFC en 2009.

Nota preliminar

Existen innumerables formas de acreditar lo fantástico, e infinitas para desacreditarlo. Evasión, frivolidad, escapismo, infantilismo. Tengo muchos años y he convivido la mayor parte de ellos con la literatura fantástica en sus más diversas formas, pero especialmente con la ficción especulativa, un enfoque nada complaciente de la realidad configurado a partir del desmontaje y reconstrucción de lo que sin mucho celo llamamos “realidad”, por lo que mi piel se ha curtido en el rechazo y a veces hasta la burla. No me importa, lo expreso con absoluta sinceridad: no me importa.

Estos cuentos son una aproximación a la más cruda realidad desde lo imposible, desde lo inverosímil, desde lo desconcertante y hasta, llegado el caso, desde lo inadmisibile. No estoy inquieto por la posibilidad de resultar creíble o no; apunto en otra dirección: lo fantástico puede ser “otra lectura” de lo que permite y bendice lo real. Pasen y lean.

Sergio Gaut vel Hartman

SIN MIEDO A VOLAR

*a Délfór y Jorge
que fueron llamados antes de tiempo,
lo que demuestra que si hay Plan
es un Plan de mierda*

—Me interesa, en serio.

—No te interesa. —Jorge miró a Délfór con los ojos entrecerrados. —Tu vocación es salir a pegar carteles, de madrugada... o algo peor, te gusta salir corriendo cuando llega la policía; la Cábala no te interesó nunca y no te interesa ahora. Que te apaleen, eso te gusta.

En la época de la Cábala y los carteles, Jorge y Délfór tenían menos de veinte años. Casi todo, para ellos, por entonces, era claro y firme; los contornos estaban definidos por gruesos trazos de colores netos y se sentían capaces de caminar sin temer ni vacilar ni tropezar. La Cábala y la Revolución podían combinarse en las tibias barricadas esotéricas o embestirse como toros en la tumultuosa acción directa, esa que está destinada a cambiar la sociedad desde las raíces al techo.

—Estás equivocado; estuve leyendo sobre la Cábala en *Planeta* y me interesó, te lo juro.

Jorge cambió la expresión de recelo por un gesto suspicaz, como si el otro hubiera clavado una atractiva carnada en el anzuelo. —¿En la revista *Planeta*? ¿Desde cuándo te interesan esas cosas? ¿Sobre la Cábala? ¿Por qué juraste? ¿Eso es cosa de ateos?

—¿Por qué no? —Délfór sonrió. —Leí cosas de teosofía, Teillard de Chardin y los esenios, Alistair Crowley y la Blavatsky, y a veces hablan del esoterismo judío. ¿Un comunista tiene que ignorar lo que piensan sus enemigos? ¿O vas a decir que eso también es malicia antisemita?

No eran amigos, aunque las rarezas y singularidades de uno fascinaban sutilmente al otro. Los había unido, un par de años antes, el interés común por una docena de temas y escritores. Un profesor de mente amplia escribió en la pizarra, el primer día de clase: Herman Hesse, José Ingenieros, Mark Twain, Rolland, Stapledon, Krishnamurti, Anatole France, Wells, Ciro Alegría. Les habían servido de mapa y faro en la marcha hacia sus objetivos vitales, que no eran los mismos, claro, pero ellos no lo sabían, y si lo hubieran sabido no les habría importado.

—No creo, no parecen. —Jorge movió la cabeza. Tenía caspa, por lo que sobre los hombros y mangas de su chaqueta se posó una lluvia de diminutas escamas. Las sacudió con energía.

—Entonces no hay obstáculo para que hablemos de eso —dijo Délfór—. Te invito a tomar un café.

Jorge era judío, y su familia —una familia adinerada de la ciudad de Santa Fe— lo había enviado a

Buenos Aires para que, además de hacer el bachillerato, estudiase la religión de sus ancestros. Délfór no era judío, ni cristiano; su gente estaba lejos de esa clase de devociones. El padre, obrero zapatero, simpatizaba con el anarquismo y había insuflado en el hijo una fe progresista que lo empujaba sin remedio hacia la militancia de izquierda.

Corría el año 1964; faltaban varios años para que el universo se rasgara, vomitando las peores calamidades sobre ellos, sin piedad.

—Bueno, ¿qué es exactamente? —Délfór movió la cucharita para disolver el azúcar en el café y luego la golpeó contra el borde del pocillo.

—Exactamente —dijo Jorge—; linda palabreja. —Él tomaba té, con mucho limón, “tchai mit límenen”, a la usanza rusa, adoptada por muchos judíos. —Es un saber amplio y profundo sobre los orígenes cósmicos, la estructura del universo, la naturaleza y destino del hombre. ¿Te alcanza?

—No. Es una definición de diccionario, como si yo dijera que el anarquismo es una doctrina que propugna la desaparición del Estado y de todo poder. No te serviría ni para empezar. Y la tuya lo mismo.

Jorge clavó sus ojos claros en los ojos oscuros de Délfór; sonrió con malicia. —Tablas. Iba a pedirte una buena definición de anarquismo.

La idiosincrasia de uno fascinaba al otro; ya fue dicho. Jorge, rubicundo, pelirrojo, sentía una malsana curiosidad hacia las prácticas y códigos de los utopistas y vivía la acción política como un arcano aún más extraño que la Cábala. Le parecía tan raro, tan extravagante que alguien estuviera dispuesto a jugarse por la dignidad y el futuro de gente desconocida... tanto como a Délfór le parecían estrambóticas las vestimentas, las prohibiciones y los ritos de los judíos, y más aún, esa punzante capacidad para discutir con todos y sobre cualquier tema. Se recelaban y atraían mutuamente. A veces chocaban en el espacio y producían surtidores de chispas.

—Tablas las pelotas —dijo Délfór—. Yo te contesto todo lo que quieras sobre el anarquismo, el comunismo, el fascismo, la chancha y los veinte. Pero si realmente estás estudiando la Cábala tendrás algo mejor que esas sandeces sobre el destino, la naturaleza del hombre y los profundos orígenes cósmicos.

—Tengo algo mejor, pero no lo entenderías —dijo Jorge sin ocultar esa arrogancia que fastidiaba tanto a Délfór; frunció el ceño, le molestaba el reflejo del sol en el espejo.

—Ya salió la típica superioridad judía. —Délfór golpeó la mesa con la palma de la mano; se irritaba con facilidad y Jorge solía sacarlo de quicio el doble de rápido que cualquier político de la derecha

nacional.

—La estructura del universo —recitó Jorge—, los planos y métodos para interpretar la Torá. Hay que hacer un largo camino para llegar; no digo que no podrías, pero si ni siquiera empezaste...

Délfor se serenó. Jorge tenía razón; estaba pidiendo más de la cuenta. Pero alguna explicación sencilla, esquemática, tenía que haber. Una síntesis para tontos.

—Una síntesis para tontos —dijo en voz alta, pero advirtió de inmediato que una cosa era pensarlo y otra darle a Jorge la oportunidad de pegar.

—Una guía para tontos que quieren hablar con Dios...

—Yo no quiero eso —interrumpió Délfor—, no me interesa hablar con Dios; me alcanza con saber si son ciertos los rumores de que la Cábala puede adiestrarte en el manejo de las fuerzas superiores.

—¿Te parece que eso es algo que, suponiendo que sea factible, se deja en manos de cualquiera? — Jorge movió la cabeza. —De todos modos, si llegáramos a ese punto, discutiríamos porque todo es cuestión de creencias, y las tuyas no tienen nada que ver con las mías.

Délfor bufó. —A los que llegan a las últimas instancias del aprendizaje, tonto.

Jorge se rió con ganas, pero un acceso de tos lo interrumpió: era asmático. Cuando logró recuperarse dijo: —Cuanto más se estudia y más se profundiza, más cerca se está de la respuesta a los grandes misterios del universo. Más cerca, aunque jamás se llega. Es una herramienta, no un arma que sirva para dañar o violentar.

—Conmigo no corre esa cháchara sobre el amor luminoso y el conocimiento puro, y nadie quiere violentar nada. —Délfor comprobó que había dejado enfriar el café. Con una serie de señas pidió otro, le preguntó a Jorge si quería más té y terminó el diálogo silencioso asegurándose que el mesero había entendido.

—Hay que mantener la Cábala a salvo de sentimientos bajos, vengativos u oscuros.

—¿Se puede volar como Súperman, se puede burlar a la muerte, se puede convertir la piedra en pan y el agua en leche para los chicos; sirve para entrar a un banco y salir con diez millones que permitan crear y mantener un comedor y una biblioteca? Si no se puede, un millón de gracias; hasta aquí llegó mi interés.

—Tranquilo. —Jorge sacó un librito de su portafolios y lo empujó hacia Délfor—. No es magia; no es brujería.

—¿La Cábala en diez lecciones?

—No. —Jorge hizo girar el libro para que Délfor lo pudiera leer.

—"La Cábala y su simbolismo" de Gershom Sholem.

—Sholem —dijo Jorge—, quería volver a estudiar la Cábala de acuerdo con la forma original, no como una baraúnda mística sino como una disciplina intelectual que trataba acerca del alma pero que no enloquecía a las personas cuando la estudiaban.

Délfor frunció los labios. —O sea que más vale que me saque de la cabeza eso de que la Cábala puede servir para arreglar lo que está torcido.

—Eso es la Cábala de la desesperación. Cuando estás acorralado, con las botas de tus enemigos aplastándote la cabeza, se te ocurre que no queda otra que recorrer todo el camino de un tirón, llegar a Dios y hacerlo partícipe de tu drama. Dios opera y cambia la realidad para satisfacerte. ¿Eso querías? Bueno, así no es.

Délfor bajó la cabeza. Por fortuna para él llegó el café. Lo azucaró y lo bebió de un trago. —Ganaste —dijo—. Me la tengo merecido por meterme con la religión. La mejor manera de que las drogas no te hagan mierda es no tomarlas.

—¿El opio de los pueblos? —rió Jorge.

—Y la cocaína y la heroína y la marihuana y el hashís y la mescalina...

—Y... las prédicas fanáticas de la Iglesia Católica...

—¡Claro, porque ustedes son superiores! Les importa mucho la gente. Los grandes banqueros e industriales que ayudaron a Hitler cuando empezó su carrera triunfal, ¿qué eran? Lo que vienen haciendo con los palestinos desde que se fundó el Estado de Israel, ¿qué es?

Jorge se quedó callado por un momento. Si quería salvar la ropa iba a tener que repartir mierda a diestra y siniestra. No estaba de humor. Y un ahogo vino a complicar la cosa. Sacó el inhalador y se disparó una dosis. Délfor aflojó la presión, y cuando Jorge se hubo recuperado dijo:

—¿Vamos a ver *Ocho y medio*? La dan en el Lorraine.

—¡Fellini! —Los ojos de Jorge brillaron; amaba a Fellini. Ambos amaban a Fellini. Unas pocas cosas los unían. Pero las cosas que los unían eran las que valen la pena.

Pasaron un par de años, durante los cuales se vieron poco y nada; sus vidas se separaban irremediabilmente. Novias, carreras e intereses mediante, cada vez pasaba más tiempo entre uno y otro encuentro. Hubo un golpe de estado que derrocó al gobierno y empezó una dictadura militar. Ellos no lo sabían, pero ese fue una suave caricia si se lo compara con el que vendría después. Los viejos antagonismos afilaban los cuchillos mientras la gente padecía incertidumbres y humillaciones. Unos buscaban la ayuda de Dios y otros sostenían que la única salida era hacer la Revolución.

—Hay que hacer la Revolución —dijo el Secretario de Organización mirando a Délfór con gesto agrio.

—¿Así, en frío, sin anestesia? Mañana empiezo, entonces; preparen los palos y las piedras y avisen a la gente. —Délfór empezaba a cansarse de las consignas vacías y el Secretario de Organización le resultaba más pedante y fatuo que los otros, y mucho menos cándido.

—No te hagas el chistoso, camarada —dijo el Secretario de Prensa—. Para alcanzar su meta, los imperialistas y sus lacayos promueven un tenebroso plan cuya finalidad es dividirnos. En tu caso parece que lo están logrando; tu cinismo les hace el caldo gordo, camarada.

—A mí me parecía —dijo Délfór—, que nuestro objetivo es la emancipación de los trabajadores del yugo del capital y de la rapacidad de los terratenientes, una reconstrucción basada en la más estricta justicia. ¿Haremos eso? ¿O vamos a seguir jugando a los enemigos imaginarios?

—Me parece, camarada —dijo la Experta en Actualización Doctrinaria—, que estás sufriendo los mismos problemas de infantilismo ideológico que denunció Lenín. Tu tarea consiste en convencer a los elementos atrasados, en saber trabajar entre ellos y no en aislarte detrás de consignas fantásticas y discusiones que no conducen a ninguna parte.

—Me parece que ninguno de ustedes tiene en cuenta que cuando me voy de acá soy una persona, que puedo pensar con mi propia cabecita —dijo Délfór tocándose la sien—. Más. Ninguno de ustedes sabe lo que es una persona; se creen que todos somos muñecos a cuerda que se activan y desactivan a voluntad. —Se levantó bruscamente y salió dando un portazo.

—Me parece que no tienen en cuenta que soy una persona —dijo Jorge—. No me registran, hablan como si yo no existiera. No me respetan, no les importa.

—Te estamos manteniendo para que estudies —dijo el Abuelo— para que termines las dos carreras y alcances las metas planeadas. Nuestro apellido no es un felpudo.

—No nos interesa lo que pienses —dijo el Tío con inoportuna dureza—. Hay valores esenciales y tradiciones que deben ser respetadas. Tu padre así lo hubiera querido.

—¿No respeto las tradiciones? ¿Acaso estamos hablando de mis planes? Son los planes de ustedes. Lo que ustedes proyectaron para mí cuando murió papá.

—¿María del Carmen Fernández? ¿Una *goie*? —bramó el Abuelo—. ¿Ese es el plan? ¿Eso es respeto? Te estás burlando de mí, del dinero que invertí en tu educación. Tu padre debe estar revolviéndose en su tumba.

—Papá era una persona maravillosa —protestó Jorge—. Y María del Carmen también, aunque sea católica. ¿Qué le importa a ustedes lo que voy a hacer con mi futuro? ¡Es mi futuro!

—De acuerdo —dijo el Tío—. Hagamos lo más simple: a partir de ahora se termina la ayuda económica y te vas con la *goie*.

—Ustedes son una mierda. Mi padre se hubiera sentido orgulloso de mí, de ambos. La están desvalorizando simplemente porque no es judía, como si no fuera una persona. Y se burlan de la memoria de mi padre.

—¡No me insultes! —aulló el Abuelo. El Tío tomó al viejo del brazo para calmarlo.

—¿Para llegar a esto pasaste doce años en una *ishivá*? —El Tío hizo una mueca desagradable, como si Jorge le diera asco.

—Vas a dejar de ver a esa chica y vas a conocer a Sara —presionó el Abuelo—. Mañana llegará de Santa Fe para arreglar esto de una buena vez. No nos importa lo que pienses. Queremos lo mejor para todos.

Presión. Presión. Jorge sintió que se ahogaba. Sacó el inhalador del bolsillo y disparó dos veces.

Presión. Presión. Délfór se sentía confuso, desorientado; no se puede arreglar al mundo haciendo la Revolución, no se lo puede arreglar desde el Derecho, que poco o nada tiene que ver con la Justicia —su paso por la carrera había sido tan fugaz como infructuoso—; no se puede vivir inmerso en la basura sin corromperse. Presión. Presión. Jorge dejó de ver a María del Carmen por imposición familiar. Sara era una chica mansa y casi linda, pero el solo hecho de que se la hubieran elegido entre Abuelo y Tío, como quien compra una mascota, la hacía inaceptable. Presión, presión. Délfór no tenía un tío y un abuelo que le reprocharan el mal uso de una inversión educativa. La presión se la metía el medio, las injusticias, la impotencia. Por eso pasó de la presión a la acción directa, creyendo que podría aliviarlos y aliviarse. Así le fue.

Lo toman desprevenido en una esquina cualquiera. Son tres, el cuarto espera en el auto. Actúan con celeridad, están muy bien entrenados. No hay margen para el grito, ni espacio para el forcejeo. Lo empujan, lo sujetan; la dureza perfecta del arma, esa virtud matemática que contiene una cápsula de muerte, frena cualquier reacción. No le van a explicar quienes son ni qué quieren. Sus precisos movimientos son los de un alfil o un caballo que captura un peón del adversario. El ejercicio lo saca del tablero y lo descarga en una caja en la que permanecerá hasta que el capricho del jugador disponga lo contrario.

Frío. Humedad. Compresión. Las paredes chorrean un moco fosforescente que por momentos se condensa y serpentea, buscando un ojo de luz. No hay ojos de luz en esta caja. Está casi solo; lo

flanquean otros dos peones capturados un momento antes, disolviéndose entre dedos invisibles como si estuvieran hechos de chocolate. La espera es tensa e inútil; no se puede calcular, y si no hay cifra no hay certeza. Los recuerdos de Délfór reptan como las serpientes de las paredes en busca de un punto de amarre. Recuerda el libro que le dio Jorge y un episodio, la creación del golem. De acuerdo con una receta cabalística secreta, el rabino de Praga creó un ser que no era exactamente humano, pero tampoco no humano. Colocó la palabra "emet", verdad, en la frente del muñeco, un homúnculo, y el golem se movió y actuó. ¿Qué tiene que ver conmigo? ¿Acaso soy capaz de entender a Dios, influir sobre él, mejorarlo? ¡Si ni siquiera creo!

Las sombras de los carceleros se despegan de los muros y el techo. Se mueven por la caja con la parsimonia de los recuerdos perdidos y patean los bultos sin piedad.

—Este está muerto —dice una voz aflautada.

—Se te fue la mano con el tratamiento —responde entre dientes una voz áspera.

—Este también está frito —agrega una tercera voz, seca y plana.

Las sombras empaquetan a los muertos y se vuelven hacia Délfór, que trata de esconder la cabeza, tapándola con el brazo.

—Ahora éste —dice el de la voz áspera; Délfór retrocede, apoyando la espalda contra el muro; le falta el aire, jadea, hipa.

—Vamos —dice el de la voz seca. Délfór se levanta temblando; no le importa estar aterrorizado. Las sombras que lo rodean parecen ligeramente divertidas, como si hubieran apostado algo entre ellas. Luego se enciende una luz cruda y acerada, pero aquello no ayuda. Las sombras desaparecen y las voces se encarnan en cuerpos vulgares; uno es gordo como un globo aerostático, otro feo como un cólico, el tercero tiene un solo ojo. Délfór sabe que existe un gran error detrás de esos cinco ojos de hielo, pero ni siquiera logra imaginar qué métodos usarán para hacerlo hablar, ni qué quieren que diga para dejarlo en paz.

Presión. La amenaza es perfecta, más que la electricidad que pronto correrá entre los testículos y la lengua. La amenaza es todo y él descubre que pronto será nada. ¿Nada? *Siente* la presión. Eso es algo. Y la presión circula, hincha los pulmones como el velamen de un barco que recibe el benéfico viento, y descarga el grito.

—¡Jorge, por favor!

Humedad. Presión. Frío. Las paredes chorrean un líquido espeso y helado. Jorge se despierta en medio de la noche. Está oscuro. Se ahoga. Una mano le aprieta la garganta e imagina una flema espesa y

marrón que se escurre hacia los pulmones. Está solo. Tiene miedo. Ignora que el invasor ha hecho un pacto con la simetría. Las sombras se descuelgan del techo como amplios paños de tela basta y negra y lo cubren por completo. La habitación es un papel arrugado; el universo entero cabe en la arcada que hace pie en la boca del estómago y lo arroja contra el muro como si él no fuera otra cosa que un viejo muñeco, un golem al que desactivaron hace siglos.

—¡Dios! —suplica. Está aterrado; jamás tuvo un ataque tan masivo. Pierde el control.

Despierta. Sube una escalera y busca irritado la unión íntima con el Creador. El arca está vacía; no hay alianza posible. Sube otro tramo y ya no trata de fundirse con Dios, sino influir en Él, ¡obligarlo! Pero la caja también está vacía; hace rato que Dios no visita esas regiones. Por último, desesperado, se eleva por encima de los cielos; ya no le importa fundirse con Él ni torcer Su voluntad, sólo quiere ignorarlo, hacer de cuenta que no existe y forzar a los soles y los cuantos. El manto de tinieblas se rasga y un filo de luz se cuele por el tajo. Una lágrima y un grito. Respira. ¿Un grito? ¿Quién grita? ¿Yo grito? No, no es mi grito, aunque buena falta me hace poder gritar para abrir las puertas cerradas.

—¡Jorge! —Por una fisura de la realidad, montado en la cresta de un rayo eléctrico, casi azul, casi blanco, llega el grito, silencioso, atronador.

—Se nos va, ¡carajo! —Es la voz áspera, siempre vestida de reproche. El hombre gordo levanta el instrumento y una cabellera de chispas se desvanece en el aire.

—¿Qué es esto? —La voz seca, la voz del tuerto, compone un exhausto jadeo; también a él le cuesta respirar.

—Es asmático; se muere. —La voz aguda del hombre feo atraviesa la atmósfera turbia y se posa en los labios morados de Délfór.

El rayo eléctrico se condensa. Jorge lo recibe y teje un manto de cifras. “Emet”, piensa, “emet”. La verdad de la pura desesperación forma un puente sin que importen las distancias. Corre por los pasillos atestados y abre todas las puertas. En alguna debe estar. En alguna debe estar, repite obsesionado. Ahora lo ve. Está en una habitación de paredes roídas por la mugre; en las grietas y úlceras habitan colonias de insectos; por los cables se desliza una pasta oscura y viscosa que por momentos se coagula y escupe chispas de sangre.

—¡No puedo respirar! —exclama Délfór. Es la primera vez que le ocurre. Él no es asmático. ¿Jorge? No sabe si emet tiene o no poder. Es idiota: piensa en Fellini, en una escena de Ocho y medio...

—Sé qué es eso —dice Jorge, forcejeando con la mandíbula automática que se empeña en morderlo. Logra meter la mano debajo de la almohada y saca el inhalador. Lo mete en la caja ante la mirada atónita de los torturadores y dispara tres veces.

La escena cristaliza. Millones de componentes obedecen a un nuevo amo. Jorge cruza la habitación y vomita la flema en un rincón, con asco. Una masa compacta de gusanos azules se precipita y reptá, alejándose de la luz.

—¿Cómo lo hiciste?

—No lo sé. Funcionó. La presión. En el último segundo. Pura desesperación. No preguntes. ¿Fellini, dijiste?

—No sé qué dije; pura desesperación. ¿Lo habías visto hacer? ¡Los mataste con el inhalador! Oí tres disparos.

—Nunca. Cuando la muerte toca la puerta de tu casa y empuña la espada con la que se dispone a degollarte, tu reacción es un afán histérico por cambiar la realidad. Intentarás manipular los poderes de la naturaleza para modificarla; no te importa Dios, Dios te importa una mierda en ese momento. Debo haber hecho eso, cagarme en Dios, forzarlo y operar más allá de su Voluntad. ¿Te gusta como explicación? Si me das tiempo puedo pulirla un poco. —La misma arrogancia de siempre, pero esta vez no le preocupa la arrogancia.

—Es imposible. —Délfor pasea la mirada por la habitación en la que un momento antes cinco ojos, con celo maníaco y mecánico, estaban fijos en él y ahora tres cuerpos carbonizados por los disparos del inhalador se confunden en una pila de brazos, torsos y voces apagadas.

—Parece que encontré un atajo para llegar al tercer nivel sin pasar por los dos primeros. —Jorge sonrío. Aún siente el cosquilleo de la electricidad que atravesó el cuerpo de Délfor.

—¿Estamos muertos?

—No lo sé. Probablemente. O estamos a punto de morir. El tiempo se dilata. ¿Leíste el cuento de Borges?

—No, Borges me repugna; un pajero de derechas, un facho. ¿Cuál?

—“El milagro secreto”.

—No, nunca. Ya te dije.

—Pero de alguna manera funcionó. Un ataque de asma no puede matarte. Unos cuantos voltios tampoco me mataron a mí. ¿Viste cómo pasaba la electricidad por mi cuerpo? Ni siquiera sentí cosquillas.

—Estamos muertos —dice Délfor, decepcionado—. O estos son los últimos destellos de la vida. Tu ataque de asma y la electricidad pasando por mi cuerpo formaron un puente y enrocaron; estamos estirando los últimos segundos, pero el final está escrito.

Jorge se rasca la cabeza; le pica. ¡Maldita caspa! Mira alrededor. No puede discutirse la materialidad de los cadáveres.

—Lindos tipos —dice moviendo al tuerto. El ojo bueno apunta al cielo, el ojo malo se hunde en las profundidades.

—Percepción expandida —dice Délfór—. Pero insisto en que no servirá de mucho; esto se acaba. Ah, por fin terminé el libro.

—¿Qué libro? —El comentario de Délfór es perturbador. ¿Quién habló de un libro?

—*La Cábala y su simbolismo*. Gershom Sholem. ¿Te olvidaste?

—¡Ese libro! Pasaron... ¿ocho años?

—Más.

—Otra vez tablas, ¿no?

Délfór contempla a Jorge con aprensión. Teme que empiece a desdibujarse, que sólo sea una alucinación del último destello de vida que le queda. —Si lograste hacer el puente deberías poder sostenerlo.

—No sé cómo lo hice, si hice algo. —Jorge se hunde en las sombras; por un momento es apenas unos trazos, una silueta que se adivina deslizándose por ángulos imposibles, grumos disueltos en los extremos de la caja.

—No puedo creer que los hayas matado con tres disparos del inhalador; esas cosas no ocurren en la realidad.

—Si no fue eso, ¿qué? ¿Dios? ¿Te parece mejor creer que fue Dios? Cosa tuya... No te va a gustar.

Délfór cree percibir algunos tenues movimientos. El tuerto crispó la mano, el gordo parpadea, el feo hace una mueca.

—Ya no importa. Estamos listos —suspira—. Si reaccionan nos cagan a tiros.

—Cierto —dice Jorge—: te frieron con electricidad y yo morí de un ataque de asma, paro cardíaco, esa es la verdad. ¿Qué hacemos conversando como en la época del colegio? Aquí hay algo que no funciona, o que funciona demasiado bien, pero fuera de control.

—Cábala —dice Délfór.

—¡Estupideces! No creemos en esas cosas.

—Antes creías, alguna vez...

—La vida te enseña. A veces pasan cosas. Busquemos por otro lado. Se mueven.

—El almohadón —dice Délfór.

Jorge, un compacto borrón entre coágulos de bruma, gira el brazo por encima de su cabeza y aferra

la almohada. Tarda un segundo en comprender el propósito de Délfór.

—No va a funcionar; ya estamos muertos.

—Nos estamos muriendo, que no es lo mismo. El tiempo, ese es el truco de tu Dios y la cifra de mis conocimientos.

—¿Y la Justicia? ¿Y la Revolución? —La risa de los muertos suena como cascabeles; la de los moribundos como la sirena de un barco que se aleja del puerto. Así oye Délfór la voz de Jorge.

—Últimamente me dio por las matemáticas. Hay un número para todo. El problema es saber cual.

—Te volviste cabalista —ironiza Jorge.

La almohada aparece entre las manos de Délfór, blanca y radiante como espuma. La aplica sobre el rostro del gordo y la deja uno, dos, tres minutos. El tiempo es barato en esta esquina de la Eternidad. Repite el procedimiento con el feo y con el tuerto hasta asegurarse de que están muertos.

—No están muertos —susurra Jorge desde la oscuridad. Es un sonido helado, palabras que pierden calor en cada sílaba. Pero lo pierden con lentitud y casi no se nota—. Necesitamos asegurarnos. ¿Dónde está el instrumento musical que usaron en tu serenata?

—¡Lindo eufemismo! ¡Qué tu Dios te conserve el humor por los minutos que nos quedan!

—No seas tonto. Dámelo.

Délfór extiende la vara mágica y una mano emerge de las sombras y la atrapa. Luego, como si dirigiera una orquesta invisible, traza de derecha a izquierda los signos correspondientes. Sólo dos signos.

—¿Emet?

—No. Met. Sólo dos. Mem y tav. Le quité el Alef. Ahora no es verdad, sino muerto.

—¿Creemos en esas cosas?

—No creemos, pero no cuesta nada hacer de cuenta, para asegurarse. Especialmente cuando no quedan otros recursos.

—¿Y ahora?

—No sé, ¿qué se te ocurre? ¿Y si aprovechemos esto, que parece el último segundo para hablar de Fellini?

—¿Hablar? No me interesa hablar de Fellini. —Délfór alza las manos y la oscuridad de la celda se pulveriza. Materializa un barco que emerge de la niebla, un barco de cartón duro que echa humo de madera por las tres chimeneas negras.

—No conozco esa película —dice Jorge, perplejo.

Délfór se ríe a carcajadas. —Porque Fellini todavía no la filmó, pero la va a filmar, dentro de poco.

—Un barco que se aleja del puerto. Linda imagen.

Jorge se acomoda en la butaca y mira a Délfos de reojo. No es mala idea ver películas de Fellini por el resto de la Eternidad.

LA BANDA DE LOS BICÉFALOS

Cuando desaparecí, el 30 de junio de 1978, dejé de ser visible a los ojos de todas las personas que me conocían. No obstante, ante mis propios ojos, por lo menos las partes del cuerpo que pueden ser vistas sin la ayuda de un espejo, seguían tan visibles como siempre. Tal vez sea esta una declaración superflua, aunque a la luz de lo que ocurrió luego me inclino a pensar lo contrario. Lean por qué.

Mi desaparición no fue un acto de magia. Por aquellos días se designaba con el elegante neologismo “chupar” a la acción consumada por el órgano más especializado del cuerpo de un animal monstruoso cuyo nombre celebro haber olvidado. Hoy por hoy, creo, ese animal está afortunadamente extinguido, aunque nunca se sabe. Pero eso ahora no tiene importancia. Para llevar a cabo la chupada el monstruo utilizó un procedimiento que no por alevoso deja de tener su encanto. Logística trabajó sobre mis hábitos y rutinas a instancias de Inteligencia, que había recibido de Delaciones una serie de datos necesarios y suficientes para dar conmigo. Catastro me convirtió en un punto rojo y me localizó en un mapa cuadriculado. Comunicaciones pasó todos los datos a Comando que activó Operaciones. Un Grupo de Tareas se movió por el tablero con la celeridad y eficiencia requeridas. Alfil por caballo, jaque. Es decir, me agarraron entre dos en Berna y Ginebra, la esquina más suiza de Buenos Aires, y un tercero me puso la mano en la nuca y entre todos empujaron para meterme en un auto verde. No me pregunten la marca; siempre fui un desastre para identificar un auto por su marca. Pídanme que diga quién fue el fotógrafo de Fellini en La Strada y contestaré de inmediato: Otello Martelli, pero no pretendan que distinga entre un Buick, un Volvo y un Lada; ni idea. Me estoy desviando del tema, pido disculpas. Dos de los tres me flanquearon, no sé si los mismos que me habían aferrado los brazos, y el otro se sentó junto al conductor. El auto arrancó hacia el oeste y se perdió en el laberinto de callejuelas conocido como Parque Chas, un paraje tan confuso que mis secuestradores no creyeron necesario vendarme los ojos o cubrirme la cabeza con una frazada. En ese momento supe que no regresaría.

Y no regresé, por lo menos por los medios usuales. Les ahorraré detalles de los tratamientos que aplicaron para obligarme a declarar cosas que sabía o ignoraba y denunciar a personas que conocía y no conocía. Las técnicas eran... variadas, pero yo no soy morboso. A medida que aumentaba la virulencia de mis captores en su afán por arrancar de mi boca respuestas a las preguntas que formulaban, crecía la intensidad de mi resistencia. Como una sustancia sometida a las más altas temperaturas en un horno, algo fue fraguando en el interior de mi cuerpo; lo que en un principio era una materia viscosa y rosada que parecía deslizarse como melaza por cavidades y convexidades, llenando la garganta, los pulmones, el estómago, se convirtió en un sólido bloque, más duro que el diamante, liso como porcelana y tan

ardiente como un sol.

Fue abrumador, desconcertante. Me convertí en un jirón de niebla que se enroscó alrededor de ese núcleo, mezclando la sangre contenida en venas y arterias con la nueva sustancia que segregaba lo que, a partir de ese momento, empecé a llamar la Piedra, aunque en rigor distaba mucho de serlo. La electricidad, que mis anfitriones comenzaron a suministrarme sin mezquinar, se extendió por las regiones más remotas y ocultas de mi cuerpo, zarandeando mis órganos como mariposas en el umbral de la existencia. Una forma nueva de percepción, blanca y pesada, gomosa y asfixiante, corrompida por ideas y sentimientos múltiples, sin valor vital, se impuso a mis sentidos tradicionales. Ellos no podían ver el espectáculo, pero mis vísceras se derretían, transformándose en vapores venenosos. Agotado por la virulencia de los especialistas, tardé en descubrir que me estaban enviando a un sitio remoto, donde los elementos que constituían el universo aparecían en un orden diferente, como versiones pendulares y especulares de sí mismas, aunque trabajadas de formas novedosas. No estaba preparado para entender las discrepancias y por eso mismo no logré anticipar el final.

Se les fue la mano.

Es decir, y voy a evitar cualquier eufemismo: calcularon mal el voltaje y me mataron.

Muerte, del latín mors, mortis, cesación de la vida, pasa por ser un fenómeno biológico natural que implica el final irreversible de las funciones vitales. Esto no lo descubrí yo, ni hoy ni el día de mi deceso. Acabo de sacarlo de un diccionario filosófico al que le agradezco por prestarse a mis requerimientos, sin imponer condiciones o plantear discrepancias. Ahora bien, como la muerte se define como final de la vida, presupone una idea previa de lo que ésta es. Aquí surge el primer problema: determinar cómo y cuándo sucede la muerte y qué fue la vida involucra una serie de cuestiones que exceden al mero estudio biológico. Mi muerte, considerada desde el punto de vista técnico, sobrevino cuando los energúmenos que me torturaban se excedieron en el voltaje. Pero mi muerte, enfocada desde otro punto de vista, nos conduce sin vacilar hacia un fenómeno que, por lo menos en ese momento, yo no tenía noticias de que se hubiera verificado nunca.

La Piedra descubrió que la muerte es específicamente humana y va unida al concepto de vida; cuando mis funciones básicas flaquearon, mi corazón se detuvo, la sangre dejó de irrigar los órganos vitales y mi yo comenzó a disolverse en la nada, tomó el control de la situación y ejecutó una serie de acciones tendientes a preservar la entidad que yo había sido hasta ese momento. Como la Piedra se había fraguado en condiciones extremas, respondiendo a estímulos perfectamente materiales, descartó desde el inicio cualquier especulación religiosa, no reparó en nociones como resurrección, vida eterna o

alguna forma de futura existencia no material.

Una vez trazados los mapas físico, químico y eléctrico y antes de que la desintegración de mi personalidad condujera a una pérdida definitiva de datos, la Piedra elaboró una copia isomórfica de mí. No los voy a aburrir con detalles. Mientras los funcionarios excedidos en su labor indagatoria, un poco sorprendidos quizá, pero para nada consternados por el hecho de que el interrogado se les hubiera convertido súbitamente en cadáver, procedían a despachar el cuerpo como un trámite burocrático más, la Piedra codificó cada recuerdo, cada idea, cada impulso, cada percepción que yo protagonicé en mi vida y la inscribió en un cristal microscópico. El conjunto de esos cristales era, como habrán adivinado, la Piedra misma. Yo era la Piedra, aunque todavía no lo sabía.

El cuerpo dejó de ser visible, ahora sí, para cualquier ojo, propio o ajeno. Mi desaparición se convirtió en un hecho físico y pasé de la mera ausencia a una fatal extinción, por lo menos para las personas que se habían tomado el trabajo de chuparme en la esquina más suiza de Buenos Aires. Para los demás, un poco después, pero eso no tiene importancia en este relato.

Parece que la Piedra tenía otra forma de hacer frente a la realidad y otro estilo para meterse en las entrañas del mundo. Ni siquiera esperó a que el cadáver que sería su residencia futura por toda la eternidad terminara de recorrer un involuntario derrotero. (Hago un paréntesis matizado con seis palabras: bolsa, plomo, avión, aire, agua, cieno; con eso debe alcanzar, si no para encontrar el tesoro, para saber que en alguna parte está escondido).

La dulce placidez que acompaña el despertar, esa sensación laxa, vecina a la muerte, pero blanco sobre negro, no negro sobre blanco, fue el primer trazo del nuevo dibujo que la Piedra compuso sobre una textura lisa, sin relieves: un recién nacido. La mamá de Lucas Romano parió su feto para convertirlo en neonato con la sublime inocencia de cualquier madre que pasa por ese trance. Lejos estaba (y sigue estando) de imaginar que Lucas era uno de los primeros bicéfalos de la historia humana.

Crucé el puente sin capacidad para superar la sorpresa que ofrecía un regreso tan inesperado. A los lados crecían enredaderas de color púrpura fundiéndose de forma nebulosa con zarzas negras y hongos chatos. Más allá había un invernadero, y una glorieta blanca crujía en la oscuridad, agobiada por el peso de las flores que se apiñaban sobre ella. Era, y yo lo sabía, un paisaje ilusorio. Lucas soñaba sus primeros sueños prestados y la Piedra, con delicadeza, aportaba un mínimo toque de cristal, consciente de que tenía una vida por delante.

Como habrán advertido, en este punto del relato me mantengo separado de la Piedra. Mi escasa familiaridad con una condición tan poco humana, sumado al hecho de que mis familiares y amigos

habían empezado a remover cielo y tierra en mi busca, sin obtener éxito alguno, me obligan a pensarme como un muerto sin tumba y a la Piedra como un fenómeno geológico sin explicación racional. Pero nada es para siempre, tampoco es inmutable.

En cuanto Lucas abrió los ojos descubrí que podía ver por ellos; saboreé la leche que manaba del pezón materno y experimenté catastróficas flatulencias. Yo era un neonato hecho y derecho, por lo que la independencia de la Piedra pronto se vio seriamente cuestionada. Es fácil volverse loco si se está prisionera en un cuerpo ajeno, pero también es sencillo incorporar la demencia y vivirla con naturalidad. Incluso en ciertos tramos hasta es posible utilizarla en provecho propio. Me empeñé en seguir en reposo, quieto, estático, consciente de que las interferencias de alguien como yo, que había vivido y muerto, en una etapa tan temprana de la vida de Lucas, podía tener consecuencias imprevisibles. Por decirlo de algún modo, disfruté de la infancia de Lucas que, para mi fortuna, fue un período sosegado y succulento, pleno de fructíferas percepciones, de sustancias nutritivas, de victorias, de luces, de aromas. Me limité, aunque convertido en Piedra no dejaba de ser humano, a realizar alguna que otra ínfima corrección cada vez que advertía que Lucas se inclinaba hacia la mediocridad o parecía a punto de cometer un acto miserable. Nada del otro mundo, habida cuenta que el universo de Lucas se componía de juegos y risas y que el genuino amor de sus padres le garantizaba ser construido como un ser noble, digno. Él, por su parte, interpretaba como propias cada una de esas microscópicas interferencias. Yo no existía.

Admito que no fue sencillo permanecer inmóvil. Mi temperamento, en los treinta años vividos hasta el momento de ser chupado en la esquina más suiza de Buenos Aires, me había conducido a la acción antes que a la meditación. Asistir sin intervenir en el desarrollo de Lucas me provocaba un hormigueo eléctrico, aunque de diferente naturaleza y distinto voltaje del que me habían obsequiado los esbirros del monstruo.

Lucas ingresó al jardín de infantes, del que egresó con excelentes calificaciones y a renglón seguido invirtió una decena de años en adquirir una serie de conocimientos y principios que podría haber tenido al instante si yo me hubiera revelado en ese lapso. Pero no lo hice. La Piedra, protegida en su bolsa, sumergida en el cieno del fondo del Río de la Plata, bajo millones de litros de agua y aislada del aire por la mortaja de plomo con que la habían vestido los muchachos del avión, interpretaba sabiamente los pulsos del crecimiento de Lucas y aguardaba sin perder la paciencia el momento oportuno.

Y ese momento llegó.

Lucas estaba cursando el quinto año del Colegio Nacional. Luis Alberto Romero y su Breve Historia Contemporánea de la Argentina lo apasionaban bastante menos que el fútbol o las chicas. No obstante,

un comentario más desafortunado que malévolos de la señora Sánchez Acosta, profesora sin demasiadas luces, escamada de mediocridad en su variante más burocrática, puso en funcionamiento un mecanismo que el muchacho ignoraba cobijar en el interior de su cuerpo. Hablo de un engranaje propio, no de mi capacidad de intervenir, como la Piedra, en el complejo sistema llamado Lucas Romano.

—Con el mayor respeto, señora —dijo Lucas levantándose parsimoniosamente y apoyando los dos puños sobre el pupitre—, lo que acaba de decir es una burrada. —Se volvió a sentar y quedó a la espera de la explosiva réplica de la profesora.

—¡Cómo se atreve! —La mujer, a punto de (infarto, desmayo, soponcio, patatús, convulsión, colapso: márchese lo que corresponda) puso los ojos en blanco y dejó caer todo el peso del cuerpo (no era delgada, la señora Sánchez Acosta) en la silla, que crujió miserablemente.—¡Cómo se atreve! —repitió. Por lo visto no era su turno de sacar conejos de la galera.

—Habla de cosas que no sabe —dijo ahora Lucas sin levantarse— como si supiera. A la gente que desaparecía en los años de plomo no le pasó lo que le pasó por haber elegido la violencia. Enseñe historia, señora y no se dedique a repetir los eslogans de los milicos como si fueran la verdad revelada.

Los compañeros de Lucas aplaudieron, lo que no impidió que Lucas fuera expulsado del colegio tras el sumario por agravios y agresión verbal que la señora Sánchez Acosta se encargó de animar. Los padres de Lucas no aplaudieron y a él le resultó sumamente difícil explicar las razones del virulento arranque. Dejando de lado la justicia o injusticia del episodio, la perspectiva de tener que rendir todas las materias ante una colección de mesas de examen visiblemente predisuestas en su contra, había colocado a Lucas en una situación de aguda crisis. Decidí, en mi calidad de Piedra, adelantar el momento de la revelación. Hasta ese momento había calculado que Lucas estaría listo para descubrir su condición de bicéfalo a los veinte, ya estabilizado en su carrera universitaria y en posesión de recursos suficientes para afrontar un brusco cambio de dirección. Pero no fue posible. Las amenazas que se cernían sobre su cabeza tras el espontáneo acto de rebeldía implantaban un compromiso excesivo y la convulsión resultante podía expulsarlo del sistema sin que se viera cómo haría para integrarse de nuevo.

Lo hice. No fue como aparece en las novelas baratas, en las que una voz irrumpe en una mente ajena y le dicta los movimientos, tratándolo como a una pieza de ajedrez. Fue mucho más simple. Tic. Tac. La Piedra, si no lo dije lo digo ahora, era un corpus de información residente en los cristales fraguados por la enorme presión de la tortura. El cerebro humano, a su manera, toscamente biológica, se comporta como el disco rígido de una computadora. Tic. Tac. La piedra le pasó la información a Lucas y a partir de ese instante el muchacho fue un ser bicéfalo, humano, pero bicéfalo.

—¡Hey! —exclamó Lucas. Estaba de pie en el medio de su habitación, a punto de insertar un CD en

el reproductor de sonido. Sintió algo parecido a lo que siente una embarazada cuando el feto hace una cabriola en el útero y se encaja—. ¿Qué pasa?

Una cosa es pasar la información y otra, muy otra, es convertir la existencia virtual de una entidad como la Piedra en una presencia áspera y rugosa en el interior de una mente virgen. Pero tiene sus ventajas. Lucas supo instantáneamente que yo, la Piedra, me revelaba ante él con el propósito de formar un individuo bicéfalo. También supo que yo había sido chupado el 30 de junio de 1978 por un animal monstruoso, que a los peritos en voltaje y amperaje se les había ido la mano con la electricidad y me mataron, que la Piedra tomó el control en cuanto descubrió que mis funciones básicas estaban a punto de interrumpirse y trazó los mapas, copió patrones y matrices y preservó y codificó cada partícula de mi ser. Supo que el cuerpo del desaparecido estaba profundamente hundido en el cieno del lecho del Río de la Plata y que desde ese momento podría contar con una cabeza extra para pensar, proyectar, especular, calcular, soñar y crear, entre muchas tareas productivas posibles y de las otras.

No hubo discusión ni rechazo. Lucas descubrió lo que yo esperaba de él: una especie de vida adicional, pero eso lo condujo directamente a la noción de venganza. Si existiera algo parecido a un diálogo entre las dos cabezas de un ser bicéfalo, si no fuera porque ese diálogo es tan fulminante que sus componentes aparecen superpuestos en una banda del ancho de una punta de alfiler, ese diálogo sería algo así:

—¿Venganza? ¡No, en absoluto! La existencia de la Piedra, mi existencia misma perdería todo valor si yo gastara esta maravilla en una acción tan miserable.

—Pero ellos te mataron, te aniquilaron como entidad autosuficiente, abortaron tu futuro y bloquearon para siempre (o eso creyeron) tu capacidad para ser y hacer.

—Es cierto. Sin embargo, la mejor forma de refutar esa maniobra es superarla. Tomemos el ajedrez como ejemplo. Ellos basaron su estrategia en la captura y aniquilación. Si nosotros devolviéramos golpe por golpe y tuviéramos éxito, vaciando de piezas el tablero, en el mejor de los casos lograríamos unas penosas tablas, pagando un altísimo costo. En cambio, si pudiéramos concebir un plan a partir de la imaginación, inventando combinaciones como los magos sacan objetos de la manga, no sólo consumiríamos una deliciosa revancha, sino que además limpiaríamos el tablero de monstruos inmundos. Espero que me ayudes, que lo hagamos juntos. Esa sería una forma agradable y placentera de vengar lo que me hicieron.

Segundos, horas, instantes. Lucas completó la operación de introducir “Wish you were here” en el reproductor y el sonido chirriante de Pink Floyd rasgó la tarde. Necesitaba sacudir su desconcierto y por eso eligió amplificar la realidad, llevándola al límite de su resistencia para sentir con claridad que era

parte de un milagro.

Para mí, para la Piedra, lo más extraño no era eso, sino saber que lo que habíamos vivido juntos en los últimos minutos cabía en una gota de lluvia. Podía mirar fotografías de rocas torcidas, de nubes sucias y tristes, de gente que moría sin posibilidad de haber vivido, ignorando el procedimiento a seguir para obtener una migaja del festín. Podía vagar y permanecer quieto y callado o gritar a voz en cuello, asombrado por haber vuelto a la vida, confundido, perturbado por la noción rotunda de que, al final, no entendía nada. Pero nada de eso me desvelaba. Teníamos, Lucas, yo, una magnífica oportunidad, como ser bicéfalo, de darle un golpe de timón a los sueños.

Le pedí que fuera el mismo de siempre, aunque un poco más. Le pedí que me usara para potenciarse sin dejar de ser él mismo. Y le pedí, y esto era central, que me ayudara a encontrar a los otros bicéfalos que, intuía, se habían formado a partir de la simbiosis entre las Piedras y los neonatos de los días de plomo.

—¿Otros como yo? —sonrió con picardía, en medio del diálogo mudo e instantáneo que me resigno a consignar del modo tradicional—. No se me había ocurrido.

—No se te había ocurrido porque la idea misma de un ser bicéfalo está más allá de los límites. Pero tampoco estoy seguro. No puedo descartar que seamos al mismo tiempo el individuo y la especie.

Ingente tarea. No se anda por la vida interrogando a las personas acerca de una materia tan escabrosa. Señor, señora, joven, ¿es usted bicéfalo? Ni siquiera la presunción acerca de que el fenómeno sería una consecuencia directa de los excesos del monstruo alcanzaba para acotar la zona de búsqueda. ¿Acaso estábamos seguros de que todas las víctimas de la presión desmesurada habían creado una Piedra y que esa Piedra había podido reproducir al original antes del final? Juntos, Lucas y yo elaboramos docenas de teorías, la mayoría de las cuales no lograban superar el rigor de las primeras objeciones. No obstante, las hipótesis más vigorosas nos guiaron hacia una estrategia consistente. Como primer paso para ubicarnos en el coto de caza elegido, la Universidad, debíamos superar el escollo que el mismo Lucas había plantado el día del episodio con la profesora Sánchez Acosta. Era impensable retractarse, pero en cambio resultaba posible aprovechar la condición bicéfala para afrontar los exámenes sin temor.

No me detendré en detalles tan nimios como las notas, brillantes notas, que Lucas obtuvo ante la hostil perplejidad del tribunal. Mi participación, utilitaria, pragmática, no tenía más propósito que sacar al muchacho de la zona pantanosa en la que se había atascado e impulsarlo hacia tierra firme. Mi interés, y ya, a esta altura, el de él, se centraba en hallar a otros bicéfalos, desentrañar el enigma haciendo frente a las paradojas o, por lo menos, descartar la idea de que entidades superiores habían

estado controlando mis movimientos todo el tiempo; el origen y la evolución de la Piedra seguiría siendo un misterio sin respuesta hasta que develáramos la incógnita: ¿era un caso único, producto extravagante del azar, o la impotencia y la presión habían operado fuerzas instintivas, más terribles que la razón, más contradictorias que la energía que el universo dilapida a cada instante como una ofensa indescifrable?

Cebiar una trampa para bicéfalos no es como poner queso en una ratonera o alpiste en un jaulón. Los bicéfalos deben ser naturalmente desconfiados; yo lo soy, por supuesto. Pero contábamos con algunas ventajas. Si cuatro ojos ven más que dos, dos mentes funcionando al unísono captan más señales que una.

Tiritaba (en realidad Lucas tiritaba; yo estaba confortablemente abrigado, a salvo de rigores extremos), empapado por la lluvia despiadada que lo había sorprendido a mitad de camino entre la Facultad y el bar, en el descampado de la plaza Hussay. Se desplomó en una silla sin dejar de temblar y tardíamente, tras hacer una seña para que le trajeran un café, pidió permiso para ocupar el exiguo espacio libre a cuatro compañeros de curso que estaban apiñados en un rincón; sólo los conocía de vista.

—Está todo bien —dijo un flaco con más granos que cara haciendo lugar sobre la mesa para que Lucas pudiera apoyar el café, en el supuesto caso de que el mozo, atosigado por infinitos pedidos, se dignara traerlo en algún momento.

—¿Estás en la cátedra de Inchausti? —dijo una pelirroja pecosa, muy menuda, a la que Lucas le había dedicado algo más que una mirada desde que se iniciaran los cursos—. Me pareció verte el jueves.

—Sí, estoy —dijo Lucas, sin dejar de temblar—. ¡Qué día de mierda!

—¿No te gusta la lluvia? —sonrió la pelirroja.

—No me gusta mojarme —replicó Lucas—. Soy lo menos parecido a un anfibio que existe sobre la tierra.

—¿Y qué te gusta? —dijo la otra chica, algo excedida de peso pero muy seductora, de cabellos tan oscuros que parecían plateados y la piel muy blanca. Tenía una voz cargada de cautela, temblorosa y suave, atractiva y al mismo tiempo irritante.

—¿Cómo? Ah, qué me gusta. —Lucas miró hacia arriba y descubrió que una familia de arañas se mudaba a una región del techo sin goteras. —Me gusta pensar en dos cosas al mismo tiempo, para ganar tiempo. —Dejó la trampa armada, como siempre. Habíamos decidido que era inocente y letal al

mismo tiempo. Las candorosas criaturas a las que no les estaba destinada pasaban de largo, sin advertir cual era el propósito del ardid. Pero si alguna vez tropezábamos con un bicéfalo...

—Para eso harían falta dos cabezas —dijo el quinto integrante de la mesa, un chico de mirada larga y ojos apagados. Habló con voz débil, sin afecto, como si una profunda tristeza, hundida en infinitas decepciones, le hubiera robado la voluntad. Una luz de alarma se encendió en la Piedra. Lucas simuló un último temblor, mayor que todos los anteriores, para absorber el impacto. ¿Lo habíamos encontrado?

—Como las siamesas que vi el otro día en la tele —dijo la pelirroja, sacudiendo la melena; le divertía seducir, era frívola, linda; no necesitaba dos cabezas.

—Yo también las vi —dijo el flaco de la cara llena de granos—. Brrrrrrr. Meten miedo. —Le hice nuestra seña convenida a Lucas: dos afuera. Concentrémonos en los otros dos.

—Sería interesante —dijo la chica de cabellos oscuros— tener una memoria adicional, alojada en el cerebro; una mente pura, ajena a los avatares de la vida, absolutamente dedicada a aprender y recordar y meditar, siempre lista, siempre atenta...

—Un parásito mental —completó el muchacho de los ojos apagados—. Si tal cosa fuera posible, si la fuente no estuviera sujeta a los vaivenes y disgustos cotidianos, si pudiera saber sin cargar con el rencor, si pudiera avanzar sin sentir el peso del futuro, si pudiera entregarse por completo, esquivando el deseo de tomar el control...

Lucas (y lo disfruté como loco) interceptó la mirada que intercambiaron la chica de cabellos oscuros y el muchacho de los ojos apagados. Sólo restaba abrir la puerta y meterse, por primera vez, en el territorio inexplorado que habíamos creado. Se apretó la punta de la lengua, apenas asomada en el balcón de los labios, entre el índice y el pulgar y sonrió con todo el rostro. Mostró la llave.

—Sería —dijo Lucas— un bicéfalo, ¿no es cierto?

—¿De qué están hablando, ustedes, che, se puede saber? —La pelirroja paseó la mirada en círculo y el flaco con más granos que cara se encogió de hombros. En ese momento todos se rieron y durante cinco minutos hablaron de floridas naderías. Dejó de llover.

La chica de cabellos oscuros se llamaba Bárbara y el muchacho de los ojos apagados Mariano.

—Fue más fácil de lo que había imaginado —dijo Lucas cuando, tras una serie de maniobras, pudieron quedar los tres solos. ¿Debí decir los seis solos?

—Suerte de principiante —dijo Mariano. Una enconada simetría había operado, en cambio, en el caso de ellos. Los originales estaban juntos en el momento de ser cazados. Jaque doble. Probablemente vivían en pareja, pero eso no era relevante entonces y no lo es ahora. Ocurrió en un bar, cerca de la

Facultad, tal vez este mismo bar; llovía torrencialmente. Los habían separado para torturarlos y se les fue la mano con la electricidad (o cualquier otra delicia; ya les dije que no soy morboso y no pregunto los detalles) con unos cuarenta minutos de diferencia; exactamente la misma diferencia que separaba los nacimientos de Bárbara y Mariano. Si existe algo a lo que podamos llamar magia sin ruborizarnos actuó en el caso de ellos. Si existe algo a lo que podamos llamar predestinación o causalidad, indistintamente, actuó en el nuestro.

—¿Cómo sigue? —dijo Lucas.

—Seguir buscando —dijo Bárbara—. No vamos a deducir que existen treinta mil bicéfalos porque eso es bizarro, pero bien podemos pensar en un par de centenares, o medio millar.

—¡Cómo le gustan las aproximaciones! —dijo Mariano palmeándose la rodilla. Bárbara lo miró con expresión de fingido enojo, pero no querían discutir: preferían velar por el encaje de las piezas que articulaban el sistema coherente en formación. Las Piedras, si tal cosa es posible y creíble, nos limitábamos a disfrutar, con un nudo en la garganta (y no me vengan con estúpidas objeciones), la quietud que anticipaba la devastadora tormenta que se descargaría sobre el mundo cuando los bicéfalos se pusieran en acción. Los silenciosos movimientos de la superficie, mientras tanto, nos obsequiaban un placer secreto que sabía a miedo y a dolor y a mentiras, la sensación del humo y de la oscuridad, la vibración de la lucha, el vértigo de la caída, la soledad ante las puertas de la muerte y más allá de la muerte...

—No —dijeron los tres al mismo tiempo, como si hubieran estado conectados por un hilo invisible—. Hay modos y modos —completó Bárbara—. El de ustedes fracasó. Vamos a sacar del juego algunas piezas puntiagudas, que sólo sirven para alimentar el fracaso. Será sin miedo y sin dolor, será sin mentiras ni oscuridad; no reconocerán la lucha, porque será la nuestra, no la de ustedes; el vértigo de la caída dejará su sitio al vuelo, con las alas extendidas...

—En cuanto a la soledad ante la muerte —dijo Lucas—: nunca más estaremos solos. Hay pocas cosas más valiosas que la experiencia vivida por ustedes, tal vez ninguna, pero sólo sirve como una señal en el mapa, una marca que indica por donde no debemos volver a cruzar.

Las Piedras quedamos perplejas. Los habíamos llevado hasta la boca del lobo y ellos, en lugar de meter la cabeza en las fauces, pretendían amansar a la fiera. De acuerdo. Dama por torre anunciando jaque mate en tres jugadas. Llegaríamos tan lejos como fuera posible y luego, en silencio, avanzaríamos entre los canteros de ocultos jardines, invisibles, leves, escuchando acurrucados el lenguaje suave y pausado de los pájaros, y nos perderíamos en el laberinto sin salida. De acuerdo. Pero todavía quedaba mucha tarea por delante.

Salimos a cazar, los tres, los seis, en un estado de radiante alegría, sin tomar, en apariencia, nada demasiado en serio. Cebamos tantas trampas como fue posible, colgando preguntas inesperadas de los árboles, invisibles como hilo de pescar. En las reuniones nos acusábamos mutuamente, sugiriendo imposibilidades secretas, astutos lazos de seda que nos colocaban en posiciones vulnerables, sin relación aparente con nuestra condición de bicéfalos, pero absolutamente claras para cualquiera que lo fuese.

Dio resultado, por supuesto. El 30 de junio de 2003, al cumplirse las bodas de plata del evento ocurrido en la esquina más suiza de Buenos Aires, la banda de los bicéfalos contaba con medio millar de integrantes, para regocijo de Bárbara. Eran todos jóvenes de alrededor de veinticinco años, sanos, fantasmales y algo tristes. Estábamos repartidos en coros polifónicos, talleres de cerámica, sociedades barriales, movimientos políticos algo trasnochados, círculos literarios y una infinidad de finos capilares actuaban como nexo entre los diferentes núcleos. El rasgo distintivo era la invisibilidad. Otros rasgos distintivos eran la pluralidad y la ausencia de dogmatismo. Las Piedras, unánimes bajo la brillante luz de la luna invernal, coincidimos en que nuestra misión estaba cumplida; habíamos influido sin envenenar, habíamos modelado sin deformar, habíamos impulsado sin empujar, habíamos conducido a nuestro pueblo a una tierra que jamás prometimos, pero que siempre existió en las imágenes de nuestros sueños compartidos. Ningún dios nos impedía acompañarlos por el resto del camino. Tal vez Moisés, simplemente, haya sido un cobarde. Pero decidimos no hacerlo.

Sin lágrimas ni suspiros, supe que estaba llegando el final. Lucas concluía su carrera universitaria y alcanzaba una comprensión cabal de la realidad, de la ficción y de la geografía de las zonas conjeturales del universo. Estaba firmemente enlazado con los otros bicéfalos y tenía muy en claro que pronto dejaría de serlo. La comunión que habían formado era sólida y no dependía de ritos vacíos o de cumplimientos inflexibles. Estaban juntos porque el conocimiento había llegado a ellos y había permanecido en ellos. Ese nuevo cristal podía ocupar el lugar de las viejas y heridas Piedras. Llegaba el final, sí, y no lo lamenté. La vida suplementaria concedida por el azar había completado el lapso habitual y lo había dotado de una riqueza inimaginable un cuarto de siglo atrás; percibía, con toda la plenitud y la riqueza que emanaba de mi corazón de cristal, que había vivido lo que tenía que vivir.

Corté la conexión sin despedida. Tac. Tic. Lucas sintió, en el adecuado orden inverso, la cabriola interior y el peso que se descarga, la presencia que se esfuma. Me plegué y replegué hasta quedar como al principio: era la Piedra, estaba protegida en mi amada bolsa, sumergida en el cieno del fondo del Río de la Plata, bajo millones de litros de agua y aislada del aire por la mortaja de plomo con la que me

habían vestido los muchachos del avión. Buena palabra. Como el piloto de un avión a punto de iniciar un vuelo de rutina, o mejor aún, como un astronauta que repasa mentalmente la cuenta regresiva, hermanando todo su ser a la otra cuenta, la que verbalizan los técnicos en la base, fui midiendo los segundos que restan para que se produzca el lanzamiento definitivo. He llegado al presente y a partir de ahora sólo habrá futuro.

La Piedra inventará una lengua imaginaria y como algo más que una metáfora de una improbable almeja, horadará el cieno del fondo del río y se hundirá lentamente, sin vacilar, en la tierra que la cobijará por el resto de la eternidad.

ABEJAS DE HIERRO

—¡Eh, usted!

Zebrel giró dolorosamente la cabeza, sobresaltado por el grito. Aún antes de tocarse el cuello con la palma de la mano, como si hubiera sido picado por una avispa, supo que la dueña de la voz, oculta entre las sombras del Callejón del Placer, no le proponía celebrar una velada erótica en alguno de los locales vecinos.

—¿Qué quiere? —dijo, mientras se movía hacia la figura; no le interesaba parecer educado. Ajustó los ojos a la penumbra y observó dos cosas importantes: que la mujer estaba embutida en un exoprot, una armadura de metal opaco destinada a compensar las carencias de una persona lisiada, y que blandía una Biblia como si fuera la espada del arcángel Miguel.

—Ven, acércate. Esta es la Palabra, hermano —dijo la mujer—. El espíritu divino que mora en el Libro golpea a tu puerta. Déjalo entrar, hermano; el sufrimiento ingresará a tu vida y te hará fuerte.

—¿Nos conocemos, señora? ¿Quién le dio autorización para tutearme? —dijo Zebrel—. ¿Y qué le hace suponer que yo necesito la Palabra y el sufrimiento para lograr mis objetivos vitales? —Trazó una forzada sonrisa aparentando cortesía y se masajeó el cuello, pero afiló la lengua porque intuía que se avecinaba una dura batalla dialéctica. No era la primera vez que caía en el área de acción de un Hermano del Dolor o de un Solariano, dos de los grupos más activos. Después de la guerra las nuevas sectas proliferaron de un modo feroz. Pero nunca había visto a un soldado de la fe embutido en un exoprot.

—¡Todos necesitamos la Palabra, hermano! —replicó la mujer. Tal vez estaba eufórica gracias a alguna sustancia que el exoprot le inyectaba con regularidad, aunque no podía descartarse que su verba sólo fuera el resultado del lavado de cerebro que todos los prosélitos sufrían antes de salir a la calle. Lo habitual era lanzarlos crudos al combate, atiborrados de versículos que debían escupir para no atragantarse—. Nadie tiene derecho a la felicidad; cerrarle el paso al sufrimiento es pecado mortal. Dios nos pone a prueba a cada paso, y sólo recorriendo Su camino se puede alcanzar la salvación.

Zabrel movió la cabeza. Era un Hermano del Dolor, ya no tenía dudas. —No me interesan sus recetas para sufrir y padecer, hermana —dijo Zebrel—. No me inquieta la Salvación. No tengo alma. Soy escéptico, ateo, convencido y militante. —Avanzó otro paso hacia la mujer con la intención de mirarla fijo a los ojos y dominarla con el brillo salvaje de sus pupilas. Jamás fallaba; los novatos se desmoronaban y los veteranos solían estar demasiado cansados para seguir peleando. Pero no en este caso; la mujer también avanzó un paso. Aunque el exoeprot estaba fabricado con materiales livianos y

articulado con microscópicas gotas de silicona, produjo frituras y chasquidos muy desagradables. Y antes de que Zebrel pudiera hacerse a un lado, la mano de cromo azul le aferró la muñeca. Era una mano de cuatro dedos que, al unirse de a dos, formaban una pinza; seguramente podía levantar un automóvil mediano por encima de la cabeza sin sobrecargar los motores. Los exoprot eran artefactos muy sofisticados y costaban una fortuna. Sólo los muy ricos, y las organizaciones religiosas, podían darse el lujo de comprarlos.

—¿Qué hace? —Zebrel trató de liberarse del poderoso apretón, pero la fuerza de la garra metálica era descomunal. —¡Déjeme en paz! —gritó sin poder evitar que una pizca de histeria se colara en su voz.

—¿Paz, hermano, qué paz reclamas, la paz del Señor, tal vez? —aulló la mujer sin aflojar el apretón y sin dejar de blandir la Biblia con la otra mano—. La paz no se reclama; la paz se gana palmo a palmo con sufrimiento. No existe otro camino que el Camino. ¿No tienes alma, hermano? Te daremos una a bajo costo. El dolor será el núcleo de tu alma, y cuanto más sufras más crecerá.

Zebrel trató de concentrar la atención y toda su energía en el único punto del cuerpo de la mujer que parecía vulnerable: los ojos; tenía que hacer algo rápido para zafar del apretón que le estaba convirtiendo el brazo en una morcilla. Y sin pensarlo, sorprendiéndose incluso al hacerlo, proyectó dos dedos hacia adelante con toda la furia de la que era capaz.

El brusco movimiento de Zebrel pareció la escena bufa de una película de karate, pero la oportuna respuesta del mecanismo protector del exoprot, cubriendo los ojos de la mujer con una visera transparente, lo impugnó de inmediato: los dedos de Zebrel se doblaron como espárragos hervidos antes de llegar a destino; el hombre sintió un instantáneo relámpago de rabia y frustración, doloroso, humillante, como si hubiera sido pisoteado por una manada de búfalos.

—¡Mierda!

La mujer emitió un turbio y ajado sonido que parecía sustituir a la risa. —El dolor, hermano, es la puerta de entrada a la Morada y en la Morada palpita la Salvación. Sufre, hermano, sufre para merecer la paz. Te has anotado un punto. Sufre el dolor y la impotencia. Estás garras, hermano, son las manos de Dios.

A esa altura de los hechos, Zebrel se daba por bien servido con una derrota económica, sin más pérdidas que las ya experimentadas. Retrocedió un paso y trató de dar la espalda a la mujer, pero el exoprot no sólo mantuvo la presión sobre su muñeca, sino que ahora proyectó un tentáculo formado por infinitas piezas de metal, exquisitamente articuladas, que se enroscó en su cuello. El tirón y la presión estuvieron a punto de estrangularlo.

—¿Qué hace? ¿Está loca? —balbuceó. La sangre parecía retirarse de su cerebro y el aire de los pulmones; tenía que encontrar el modo de huir ya, o aceptar una muerte segura... A menos que hiciera de cuenta que se dejaba convencer, permaneciendo a merced de la lisiada, prisionero de sus palabras y sus apretones hasta que a ella le viniera en gana. Su voluntad de seguir viviendo excedía largamente las discutibles ventajas de la Salvación que la mujer ofrecía en nombre de los Hermanos del Dolor.

Era inútil. Había caído en su propia trampa al consentir esa especie de fuego cruzado; por un instante trató de olvidarse de quien era, qué hacía, por qué había sido tan débil sólo por aparentar una ridícula superioridad.

—De acuerdo —murmuró justo a tiempo.

—¿De acuerdo en qué? —dijo la mujer, secamente. A Zebrel le dio la impresión de que la que había hablado era otra persona.

—Acepto el dolor como una bendición. Golpeo con mi puño sangrante la puerta de la Morada y siento vibrar la Salvación en mi corazón. Le doy la bienvenida al sufrimiento y espero ser merecedor de la paz. ¡Suélteme!

El tentáculo articulado se desenroscó del cuello, y la garra aflojó la presión sobre la muñeca. Tal vez la mujer estaba sorprendida por la precisión del torrente de palabras, y por un instante pareció vulnerable. —¿Cómo sabe todo eso? Son palabras del Libro. ¿Conoce el Libro?

Zebrel se frotó el cuello con la mano libre. —Soy periodista —mintió—, trabajo para El Vigía Escéptico.

—¿Ateos? ¿Un grupo para fastidiar a los creyentes?

—Más o menos. ¿Por qué no? ¿Acaso no nos fastidian ustedes a nosotros? Déjeme en paz de una buena vez o se las verá con la policía.

—No se burle de mí. Soy lisiada, no idiota. —Y coronando la palabra con la acción volvió a apretar el brazo de Zebrel.

—¿Qué hace?

—No me fío de los ateos.

—No hace falta que se fíe; sólo déjeme en paz.

—El dolor debe ser insoportable, hermano, para que Dios opere sobre tu alma putrefacta. Sólo te purificarás si sufres más allá de todo límite. —Ladeó la cabeza, como si estuviera recibiendo órdenes o información. —Es verdad, no tienes alma; tendremos que cavar más profundo y sembrar una. Prepárate porque el verdadero sufrimiento está llegando a tu indigno corazón. —Un fuerte zumbido, como si una nube de insectos invisibles estuviera flotando sobre sus cabezas, se propagó por el espacio.

—¡Váyase a la mierda! —gritó Zebrel. Pero la mujer del exoprot hablaba en serio. El lazo de metal articulado se alzó como una áspid, se afinó y lo picó dos veces en la nuca. Una punzada de dolor obscuro llegó desde el tentáculo, se derramó por las vértebras y proliferó en clavículas y húmeros. Cuando llegó a las muñecas pareció detenerse, oteando, esperando a que la segunda garra capturara la otra mano. Casi no se dio cuenta cuando sucedió, pero la mujer tenía razón: no estaba preparado para el verdadero sufrimiento. Las garras multiplicaron por diez la presión que ejercían sobre los huesos de las manos y los trituraron.

Negro. Oscuridad. Tinieblas. Zebrel no sabía cuando había dejado de gritar. Las sensaciones dolorosas habían cedido su lugar a otras, más precisas, de horror, de espanto, que sólo contenían vagos vestigios de lo ocurrido en el callejón. Eso era real, lo podía recordar, pero luego se imponía un vacío sin fondo, un hueco con más ausencia que profundidad. La mujer le había destrozado las manos; la presión era una llamarada en su memoria, algo intangible y secreto. No obstante, ahí no terminaba todo. Trató de recordar y de a poco, como abriéndose camino en el matorral tupido, como un cuerpo que intenta ganar terreno apretujado en medio de la multitud, asomó la punta de una vigilia breve, fugaz entre dos sueños, o peor, entre dos muertes. Gritó, y el grito fue algo ajeno y lo precipitó al vacío.

—No grite.

Las dos palabras, sordas, amansadas por incontables muros de lana, le llegaron desde la derecha. Se detuvo, a la expectativa. Entonces no estaba solo. Entonces había algo más que oscuridad.

—Ahora se va a enterar —dijo otra voz, filosa, chirriante, llegando desde la izquierda.

—¿La noticia buena o la mala?

—Siempre el mismo chiste. Está gastado.

—Pero es efectivo.

Mientras las voces chisporroteaban, saltando entre bocas invisibles, Zebrel intentó juntar los pocos datos que había recogido. Estaba en una cama, sumido en la oscuridad, probablemente en la habitación de un hospital, flanqueado por loros parlanchines. Había una noticia mala y una buena, como en el chiste del tipo al que le habían cortado las dos piernas; la buena noticia, dijo el médico, es que le vendí los zapatos a buen precio a uno que le tuvimos que cortar los dos brazos. ¿Y por qué a buen precio? Porque a la gente sin brazos les gustan los mocasines.

Sin brazos, sin piernas. Humor negro.

—¿Quiénes son ustedes?

Las voces se apagaron un momento. Y luego, tras alisar un papel arrugado en la garganta, el de la

izquierda dijo:

—Faso, me dicen Faso. Antes me llamaba de otro modo. Pero nadie conserva los viejos nombres en este lugar.

—Yo me llamo Zebrel, Guido Zebrel, y no veo por qué tendría que perder mi nombre de toda la vida.

—Se equivoca. Ya verá por qué —dijo el de la derecha.

—O no —dijo Faso.

—¿O no? —Una corriente helada, húmeda corrió por la espina dorsal de Zebrel y anidó en la nuca.

—Él quiere decir —susurró el de la derecha, y había una pizca de sádico placer en su tono— que verá en el supuesto caso de que le hayan dejado los ojos en su lugar. A veces remueven los ojos, así como lo oye. Si se los sacaron no verá, así de simple. Más claro, échele agua. Soy Killer.

—No es cierto —dijo Faso—. Ya no hay ciegos, ni mancos. Los hermanos se hacen cargo. Las armaduras suplen cualquier carencia. ¡Lo que avanzó la tecnología! Se puede ver sin ojos y hablar sin lengua.

—¿De qué hablan? —Zebrel no podía determinar si los hombres hablaban en serio o sólo se estaban mofando de él.

—Ya se va a enterar —dijo Killer.

—Ya se va a enterar —dijo Faso.

Una picadura en la nuca y el relámpago de dolor apagó la conciencia de Zebrel.

Otro despertar. De día. Estaba en una habitación blanca. Tenía ojos. Giró la cabeza y vio vacía la cama de la derecha. En la de la izquierda, un hombre flaco miraba el techo. Era más enjuto de lo habitual y parecía estar ciego.

—¿Faso?

—No —dijo el otro con voz agria—. Faso está trabajando; en este lugar hay que ganarse el pan. Ya le va a tocar.

—¿A mí?

—Sí, a usted. Ya se va a enterar —dijo el otro sin apartar los ojos del techo—. ¿Tiene corona? No tiene. Entonces lo van a meter en un exoprot y lo van a mandar a pedir limosna y a reclutar gente. —La expresión era amarga, resentida.

—A mi nadie me va a mandar a ninguna parte —bramó Zebrel—. Voy a salir de este lugar ahora mismo y les voy a meter una denuncia... les voy a romper el culo...

—Lo dudo —dijo el otro—. Primero averigüe qué le cortaron. Y si todavía no le cortaron nada, ya se lo van a cortar.

Zebrel se sintió aturdido. Volvió a pensar en la mujer del callejón y en la garra del exoprot moliéndole los huesos. Recordó el espacio roto entre nubes negras y levantó los brazos. Le habían amputado ambas manos.

Un pie y la lengua se los cercenaron al día siguiente, bien temprano. Los cirujanos eran eficientes, veloces; trabajaban en equipo con los técnicos. Lo metieron en el exoprot y lo conectaron.

—Prueba de voz —dijo un tipo enfundado en un mono azul pastel que tenía los símbolos de la secta en medio del pecho. El tipo era rubio; llevaba el cabello cortado al ras y una mueca de asco le colgaba de los labios—. Hable.

Zebrel sabía que le habían cortado la lengua, pero habló y el exoprot se encargó del resto.

—¡Hijos de puta!

—Bien —dijo el técnico dirigiéndose a otro, de mono verde—. Funciona. Ahora mándenle el aviso de que debe evitar los insultos y las blasfemias.

Una descarga eléctrica golpeó la tráquea de Zebrel y pareció alojarse en el muñón de la lengua.

—¿Se da cuenta? —dijo una mujer menuda; estaba sentada a los pies de Zebrel y usaba un mono rosa—. Cada vez que diga algo inconveniente recibirá una descarga. Cada vez que reciba una descarga será más potente. Nunca sabrá si la siguiente es el golpe mortal. Cuide la lengua.

—No tengo —dijo Zebrel.

Junto con la descarga llegó el comentario del técnico vestido de verde. —Las ironías también son punibles.

—¿Puedo pensar? —insistió Zebrel, irreductible. El siguiente disparo lo arrojó al pozo sin fondo.

Despertó en el mismo callejón de putas donde empezara la pesadilla. Sobre la acera húmeda se demoraban las hojas de un diario al que el viento se obstinaba en dar clases de vuelo. Hacía frío, pero el exoprot lo mantenía arropado en una engañosa calidez.

—¿Qué se te ofrece, hermano? —La voz ligeramente sofocada de una mujer sonó junto al hombro de Zebrel.

—Que alguien me saque de esta lata de sardinas —dijo él en un tono extrañamente firme. Pero la descarga llegó puntualmente, y con ella la amenaza del operador de turno en la base.

—Ella vende su cuerpo al primero que se le cruza y busca redención. Dale lo que pide. No te

preocupes si tu poder la lastima; ella necesita dolor para redimirse.

—Te ofrezco la paz a través del sufrimiento —improvisó Zebrel. Nadie le había dicho sobre qué asuntos debía predicar, pero era indiscutible que ciertas palabras clave evitaban la descarga.

—Ah, uno de esos —dijo la prostituta—. No necesito sufrir. Me gano la vida con el placer, aunque sea el placer ajeno. Y aunque el dinero sea poco.

—¡Ahora! —urgió la voz del monitor—. El lazo.

—¡Corra! —dijo Zebrel. No tenía ninguna intención de activar el lazo.

La mujer lo miró espantada, aunque comprendió de inmediato. Corrió sin pensar, martillando el pavimento con sus plataformas de cristal y perdiendo el chal que le cubría los pechos, pero siguió corriendo y puso suficiente distancia a tiempo, mientras el puñetazo eléctrico hacía su trabajo y sumía a Zebrel en la inconsciencia.

Despertó pocos segundos después y supo que tendría que seguirles el juego. La estrategia, porque necesitaba una estrategia, sería ganar una presa para ellos y cambiar a último momento, cuando no tuvieran forma de herirlo. Pero entonces llegó la voz severa del operador de turno y quedó en claro que no sería tan sencillo.

—No se repetirá. Sabemos que tu próximo intento será entregarte a la policía con una pecadora entre las manos. No lo hagas. La descarga será mortal. Otros lo han intentado y ninguno lo logró.

—No tienen derecho —dijo Zebrel.

—No estoy aquí para discutir sobre derechos. Soy monitor de novatos. Mi misión es vigilar que hagas lo que se debe.

—Me secuestraron, me mutilaron. Tengo familia; me deben estar buscando.

—Sufriste un accidente. Todo está documentado. Los médicos que te atendieron han certificado los hechos y los han asentado en tu historia clínica. Has sido bien atendido y se te procuró un exoprot de buena calidad, importado de China; sin cargo. O más o menos sin cargo.

—¿Qué quiere decir?

—Que aceptaste trabajar para los Hermanos durante tres años para pagarlo, es decir, pagar de alguna manera lo mucho que se hizo para salvarte la vida. Y ni hablemos del alma.

—No pude haber firmado nada; no tengo manos, ¿recuerda?

—Un escribano certificó tu voluntad de cooperar con nuestra Misión.

Zebrel se contuvo. No era sólo por las descargas: no valía la pena. Podía putearlo hasta cansarse que no lograría nada. Necesitaba una estrategia, sí, pero debía ser algo mucho más sofisticado que lo que

había pensado.

—Todo eso es mentira, y lo sabe. —Zebrel hizo una pausa, como para darle tiempo al monitor para que replicara, pero él habló de nuevo antes que el otro. —Sin embargo, voy a plegarme a sus deseos...

—No son mis deseos —dijo el monitor.

—¿Sus órdenes, directrices, mandatos? No importa el nombre que les dé. Ustedes quieren que haga algo y yo lo haré.

—¿A qué se debe este repentino cambio? —dijo el monitor, suspicaz.

—A que no lograré nada de otro modo.

—No te creo; tratarás de urdir algo.

—Decidí que no tiene sentido.

—Ya lo veremos.

—Sí, lo veremos —dijo Zebrel—. ¿Qué hago?

El monitor vaciló un segundo, pero por lo visto tenía mucha experiencia y aquella situación debía ser frecuente. —No abandones la posición. Los herejes de Neo-Jabad la codician y no la queremos ceder.

—¿Qué dice? No comprendo...

—No te preocupes; ya te vas a enterar.

Zebrel reflexionó sin forzar la posición. Por lo pronto, ya no podía caer más hondo. Las mutilaciones, en esos tiempos de medicina milagrosa, podían resolverse con transplantes o regeneración celular. Finalmente encontraría algún modo de llamar a Milena o a su hermano. Ellos pondrían avisos en los diarios digitales y en el tridi, si no los habían puesto ya. Alguien, a pesar del odioso exoprot, terminaría reconociéndolo y avisaría a la policía o a su familia. Sólo le hubiera gustado saber cuánto tiempo había transcurrido desde el episodio con la lisiada.

En el otro extremo, sin embargo, se agitó una turbulenta inquietud: lo único que podía mantener fuera del alcance de los Hermanos eran sus pensamientos, y ni siquiera estaba seguro de eso; no descartaba la existencia de un dispositivo incorporado al exoprot que fuera capaz de leer la mente.

—Ya llegan. Son tres. Sólo uno tiene armadura.

—¿De qué habla?

Eran tres y tenían a la chica. Bloqueaban la salida del callejón y avanzaban lentamente. El del exoprot estaba flanqueado por los otros dos; el de la derecha llevaba a la prostituta sujeta de un brazo. La chica no se resistía.

—Shalom —dijo una voz profunda, seguramente modificada por un dispositivo electrónico—. Que

el Eterno le colme sus días y sus noches de bendiciones.

—Sólo quiere que bajes la guardia —dijo el monitor—. Hace rato que codician esta posición. No le contestes.

—Que el Eterno le bendiga a usted y a su familia y los cargue de energía física y espiritual. —Esta vez, advirtió Zebrel, el que había hablado era el del exoprot.

—No puedo pelear —dijo Zebrel—; son tres contra uno.

—Un hermano está oculto detrás del contenedor que ves a pocos pasos de donde estás ahora, el que tiene el letrero que dice RUNZ S.A.

—Hola, Manos —dijo una voz áspera en el canal auxiliar—; soy Faso, ¿me recuerda? Les vamos a dar para que tengan. Espere a que se acerquen. Vaya sobre los dos blandos que yo tomo al duro por sorpresa. A mi voz.

Zebrel creyó haber captado la idea. Los intrusos no le resultaban ni más ni menos simpáticos que los Hermanos del Dolor, y unos pocos golpes bien dados le permitirían ganar la confianza de sus secuestradores. ¿Por qué no? Avanzó en busca del que tenía a la chica. Le parecía tonto parecerse a un héroe de pacotilla gracias al exoprot, pero las recientes experiencias vividas en carne propia hablaban por sí mismas. Sabía que un sólo golpe al blando —así lo había llamado Faso— lo dejaría fuera de combate y que el otro casi con seguridad huiría como un conejo asustado. Se dio un poco de asco por pensar de ese modo, pero no se detuvo.

—Yahvé es mi fortaleza y mi cántico —corearon las tres voces al unísono—. Ha sido mi salvación. Éste es mi Dios, a quien yo alabaré; el Dios de mi padre, a quien yo enalteceré.

—¡Ahora!

Zebrel no sabía de qué era capaz el exoprot, pero la indicación del monitor, acerca de qué controles activar mediante un simple gruñido, fue suficiente para lograr impulsarse hacia adelante como un torpedo e impactar con la cabeza en el pecho del que sujetaba a la chica. Otra orden y la mano tomó la forma de un martillo con el que destrozó la nariz y los dientes superiores de su adversario en un segundo. Todo había sido tan rápido que el otro blando aún no había cerrado la boca después de frasear su cantilena.

—Es tuyo —dijo Faso marcando el plan de acción—. Este da trabajo.

Zebrel comprobó, mediante breves contactos auditivos y visuales, que el exoprot de Faso y el de los agresores estaban intercambiando golpes, latigazos y escupitajos de ácido. No terminaba de admirarse por la cantidad de recursos de los que hacía gala un artefacto supuestamente destinado a mejorar las condiciones de vida de un lisiado. Y tampoco pudo evitar que, como una ráfaga, un pensamiento le

cruzara por la cabeza: ¿no serían los exoprot, en su origen, armaduras de combate? No tuvo tiempo de seguir la línea porque una voz atronadora y sus ecos saturaron el espacio del Callejón del Placer.

—Yahvé es un guerrero. ¡Yahvé es su nombre!

Zebrel escuchó los últimos gemidos de Faso por el canal auxiliar, casi con seguridad porque al patearle la cabeza, el otro exoprot había logrado destrozar la unidad de comunicación. Retrocedió un paso y descubrió que retenía el cabello de la prostituta aferrado entre los dedos metálicos. La mujer exhibía una expresión de puro espanto, pero no se atrevió a soltarla porque el segundo blando y el acólito del exoprot se le echaban encima. Recordó el vergajo de metal con el que la lisiada lo había atrapado e inyectado y con la ayuda del monitor, que ladró la orden precisa en el momento justo, pudo activarlo.

—¡Ahora!

—Tu diestra, Yahvé, ha aplastado al enemigo con la grandeza de tu poder.

Acompañó el latigazo destinado al blando con dos escupidas de ácido a los ojos del agresor del exoprot, y por una vez tuvo suerte, porque la visera no cubrió el ataque. Tal vez ese modelo en particular no tenía visera, pero no parecía el momento oportuno para hacer conjeturas.

—¡Hijo de puta! —exclamó uno de los dos. Zebrel no fue capaz de determinar cual de ellos, con lo que quedaba demostrado que a la hora de la verdad se terminaban las sutilezas bíblicas. Pero no sólo fue el grito. El exoprot dio un salto prodigioso y chocó contra la armadura de Zebrel, derribándolo. Hubo un golpe y un crujido metálico; las voces se apagaron y se oyeron zumbidos y vibraciones. Luego, antes de la oscuridad, un aleteo.

Tal como ocurriera en las oportunidades anteriores, el período de inconsciencia duró unos pocos segundos, ya que una vez más le inyectaron algo que lo reanimó casi de inmediato. No obstante, este despertar no fue como los anteriores. El aleteo era continuo y parecía rasgar un tejido metálico con las uñas. Zebrel pensó en cicatrices y en un líquido incoloro rezumando por heridas abiertas; notó que estaba de espaldas, de cara a la noche, pero no podía ver las estrellas.

—Monitor: estoy ciego.

—No. El ángel resolverá eso en un minuto —dijo el operador—; en cuanto termine de barrer la basura del callejón.

El aleteo cesó y un resplandor rosado y fosforescente penetró por los bordes de una visera opaca que le cubría el rostro. Por lo visto el exoprot lo había protegido de una mortal emisión de luz o de un chorro de ácido.

—¿Quién es el ángel?

Una mano metálica destrabó el mecanismo que impedía la retracción de la visera y Zebrel pudo ver el rostro inefable del ángel.

—Arriba, Manos —dijo la voz sañuda de Killer—. Un ángel ha bajado del cielo para gozo de las almas piadosas.

—¡Cuidado, Killer! —previno el monitor, inflexible—. No necesito otro deslenguado.

—Ganamos, ¿no?

Las alas del ángel, advirtió Zebrel, eran una extensión del exoprot, flejes delgados de un material parecido al celuloide que Killer batía sin ninguna elegancia, pero que habían servido para poner fuera de combate a los acólitos de Yahvé.

—A trabajar —dijo el monitor—. No estamos en este lugar para disfrutar de los placeres de la carne. Hemos venido a sufrir y a ofrecer la redención.

Zebrel advirtió que seguía aferrando los cabellos de la prostituta; la había olvidado por completo, pero el exoprot no. La insensibilidad de los dedos de metal y la refriega de los últimos minutos habían vuelto a cambiar las cosas. Tal vez adelantándose a eso, el monitor le habló con voz firme.

—No se te ocurra dejarla escapar de nuevo. Ella es tu Misión.

La mujer, paralizada, contempló a Zebrel. No podía oír las órdenes de la base, pero había comprendido que se hallaba en peligro.

—No quiero ser redimida —dijo. Zebrel aflojó la presión sobre el cabello y ella lo advirtió, aunque no se esforzó por liberarse.

—Los pecados de la carne —dijo Zebrel sin saber muy bien por qué— no están limitados a la fornicación, las orgías, el alcohol y las drogas; también incluyen la idolatría, las envidias y el dinero.

—No sea imbécil —dijo la mujer—. Tengo una hija que mantener.

—No la suelte —dijo el monitor en el oído de Zebrel.

Zebrel observó al ángel mientras empujaba fuera del callejón a los maltrechos acólitos de Jahvé. Esta vez no habían matado a nadie, por suerte, pero seguramente eso era una casualidad. El poder de los exoprots excedía largamente lo que se necesitaba para triturar y masacrar a los acólitos de las sectas rivales.

—¿No les importa la gente? —dijo Zebrel— ¡No me lance una descarga! Esta mujer ha sufrido mucho...

—El sufrimiento temple, hermano y abre brechas en los muros de piedra. El dolor conduce a la salvación.

—No necesito esa cháchara. Permítame liberarla.

El monitor pareció vacilar. Por lo visto, además de fanáticos, los que ocupaban esa posición debían ser capaces de manejarse con cierta autonomía.

—Es contra las reglas.

Zebrel vio que Killer regresaba desde la boca del callejón. Traía, como botín, los brazos del exoprot del acólito de Jahvé. Había plegado las alas como cortinas venecianas, por lo que parecía más que nunca un robot de película. Cuando llegó junto a Faso el exoprot se plegó sobre sí mismo, hincó una rodilla sobre el pavimento aceitoso, dejó los brazos a un lado y pareció hurgar en el interior de la armadura. Al cabo de un momento hizo una seña ostensible. Faso estaba muerto.

—Está muerto —dijo el monitor sin necesidad.

—Entonces ya tenemos bastante mierda por hoy —dijo Zebrel—. Podemos dejar ir a la chica. —Sin vacilar soltó el cabello de la prostituta y aguardó la descarga.

Pero la descarga no llegó, y la prostituta, libre por fin luego de largos minutos, no se movió de su sitio, junto al exoprot de Zebrel.

—Te solté para que te fueras —dijo Zebrel de mal modo.

—Quiero entender lo que pasó en este lugar —replicó la chica. En algún momento había recuperado el chal, por lo que ya no exhibía los senos, aunque la falda exigua y los hombros desnudos, alcanzaban para producir en Zebrel una serie de sensaciones perdidas y olvidadas.

—Esto es irregular —dijo el monitor. Killer, el ángel, que por lo visto recibía los mismos mensajes que Zebrel, lanzó una risotada insolente y extendió las alas de modo que casi tocaron ambos márgenes del callejón.

—¿Qué son ustedes, realmente? —dijo la chica—. ¿Bufones? ¿Una banda de matones? Parecen cualquier cosa, menos gente de fe.

Killer se volvió a reír. —Somos prisioneros de los Hermanos del Dolor —dijo sin tapujos—. A él, así como lo ve —señaló a Zebrel— le han cortado...

Por lo visto la descarga fue poderosa. Killer giró sobre sí mismo y una de las alas rozó el cuello de la prostituta y le abrió una herida profunda de la que de inmediato brotaron chorros de sangre; el filo de celuloide había seccionado una arteria.

—¡Rápido! ¡Haga algo! —exclamó Zebrel.

—No tengo más gente en el sector. —La voz del monitor sonó vacía y rota. —Llévela usted a alguna parte. No se lo voy a impedir. Pero tendrá que volver.

Zebrel comprendió que se trataba de una debilidad imperdonable, algo que el monitor pagaría caro;

no obstante él no podía permitirse desperdiciar una ocasión como esa. Sin preocuparse por la sangre que salía de la herida con una fuerza inaudita, lanzó el exoprot hacia adelante y salió del callejón en tres o cuatro zanzadas. No se detuvo a comprobar si la chica estaba muerta, y tampoco reparó en los cuerpos encogidos y arrugados de los acólitos de Yahvé que Killer parecía haber rociado con algún combustible e incinerado a conciencia. O sea que, a fin de cuentas, había muerto gente.

Corrió por la avenida sin preocuparse por los pocos automóviles que circulaban; que se cuidaran ellos. Al pasar por delante de una cantina en la que un grupo de borrachos se peleaban sin ganas, logró llamar la atención de un par de ellos, seguramente los menos impregnados de alcohol.

—¡Llamen una ambulancia! ¡La chica está malherida!

Tal vez los borrachos no habían visto nunca a un lisiado en exoprot cargando una prostituta herida, por lo que tardaron unos segundos en reaccionar. Finalmente uno de ellos pareció decidirse y sacó un teléfono móvil de un bolsillo de la chaqueta. Marcó el número de emergencias con dedos torpes y le tendió el aparato a Zebrel. Éste movió la cabeza hacia los costados y el borracho no tuvo más remedio que hacerse cargo.

—Listo. Los de emergencias se ocuparán. Te queremos de vuelta enseguida; ninguna rebeldía será tolerada. —Zebrel se había olvidado, durante el par de minutos que corrió en procura de ayuda para la chica, de que el monitor estaba al tanto de cada uno de sus movimientos; no volvería a tener una oportunidad como aquella.

—¡Ayúdenme a salir del exoprot! ¡Rápido! —Sabía que estaba jugando todo el pozo a una carta, y la carta era un cuatro de copas... Con el último destello de conciencia antes de recibir la descarga, disfrutó su propia humorada como el banquete de un condenado a muerte.

Abrió los ojos a la brumosa atmósfera de un lugar cerrado y maloliente. Husmeó: cebollas, humedad, orín, vino. Se preguntó qué lugar sería aquel y recién entonces advirtió que por primera vez en mucho tiempo —aunque no podía precisar cuánto— no estaba embutido en el exoprot.

—Ya se despertó —dijo una voz aguardentosa. ¡Lo había logrado! El lugar era el sótano de una bodega o algo parecido. Los borrachos lo habían sacado del exoprot para ubicarlo sobre dos mesas unidas, y aunque los muñones le hormigueaban y sentía la boca llena de una pasta pegajosa, como si la lengua le hubiera vuelto a crecer en la boca hasta ocupar cada recoveco, tuvo la sensación de que una marea de fuego le recorría el cuerpo, de que podría salir corriendo y recuperar la libertad en cuanto se lo propusiera. Por eso, la frase siguiente lo demolió.

—La chica está muerta —dijo una voz neutra, sin timbre ni matices.

Quiso reclamar, quiso enfurecerse. Se dijo que sólo era una puta del Callejón del Placer, una que trabajaba en alguno de aquellos tugurios y había salido a buscar clientes. Su contacto con ella fue efímero, casi nulo. Pero no pudo. No pudo decir nada, y no sólo porque no tenía lengua; se le formó un nudo en la garganta y una rata empezó a roerle las entrañas.

—Tranquilo —dijo uno de los borrachos sujetando los brazos que Zebrel movía sin control—. Vamos a saber dónde vive y vamos a avisar a la familia. Esos hijos de puta lo hicieron mierda, compañero.

Zebrel sintió que unas lágrimas vidriosas le rodaban por las mejillas. No sabía si estaba llorando por la chica muerta o por su propia situación. Le pondrían nuevas manos, y una lengua se dijo; esas cosas la resuelve la medicina. Pero la chica está muerta, y eso es irreversible. Si se hubiera ido cuando la solté... Killer tenía la culpa. Él la había degollado con el ala del ángel, un ala ridícula, un disfraz de carnaval. No, no tenía la culpa. Killer había sido golpeado por una descarga eléctrica. Un segundo antes se había burlado del monitor. Killer no quiso lastimarla...

—Escuche. —Zebrel giró la cabeza y vio un rostro vulgar, ajado. Una prótesis de plástico barato le guarnecía el estropeado ojo izquierdo. —Averiguamos que es Guido Zebrel; no pregunte cómo lo supimos. Usted entienda. Para nosotros vale un poco de dinero, o algunas botellas, o unas tabletas. No podemos estar seguros de que cumplirá su palabra una vez que se lo lleven. Así que lo vamos a guardar bien guardado hasta que su mujer o alguien traiga un poco de dinero. No lo tome a mal.

Zebrel no estaba interesado en ese asunto. No era una persona adinerada; vivía de su trabajo como cualquiera. Pero confiaba en que Milena atendería los mensajes de esa gente y aceptaría las condiciones que estipularan.

—Escuche; sé que no puede hablar —dijo el que le había anunciado la muerte de la prostituta—. Llamamos a un mecánico para que anule el contacto del exoprot con la base, pero le vamos a pedir que le deje suficientes funciones como para que usted lo pueda usar para trasladarse. Este lugar no es seguro. Los Hermanos y otros grupos, como los Guardianes del Cáliz nos tienen marcados. Los Guardianes son los peores, enemigos del alcohol y las drogas; no nos dejan en paz. Y el problema mayor es que su exoprot estuvo emitiendo señales todo el tiempo; aunque lo desconectemos saben donde está, o donde estuvo. Tenemos que salir de aquí de inmediato. ¿Puede levantarse? Lo cargaremos entre tres o cuatro.

Zebrel asintió. Aquellos hombres no eran coherentes, y estaban lejos de ser el ejército ideal, aunque la emergencia hubiera hecho retroceder un poco las intoxicaciones. Se sentó sobre la mesa y pasó los brazos sobre los hombros de los dos más fornidos; otro se ubicó entre sus piernas y las sujetó; se

pusieron en marcha.

Estaban, tal como Zebrel había supuesto, en un sótano. Subieron la escalera con dificultad, haciendo crujir los escalones de metal delgado. La madrugada se estaba replegando y dejaba espacio a las primeras claridades cuando salieron del bodegón. Ya en la calle vieron que un vehículo desvencijado se arrimaba al borde de la vereda; metieron a Zebrel en el asiento trasero y arrancaron por la avenida con dirección oeste.

La ciudad, en la fría soledad de aquella hora, parecía zumbiar como si millones de avispas de oro formaran una red entre los rascacielos. Zebrel percibió la vigorosa corriente mientras se internaban en los arrabales. Las sectas han logrado materializar a Dios, se dijo; finalmente lo consiguieron. Dios no existía, pero ellos lo hicieron. Y ahora zumba, con el poder de las comunicaciones instantáneas y los látigos eléctricos volviendo inútiles los intentos de los extraños a la fe por zafar de sus garras. Dios vive en las avispas de oro dispuestas a inocular su veneno al que se rehusa a creer. Ya no quedan ateos.

—Estamos llegando —dijo el de la prótesis en el ojo girando el cuerpo. Iba en el asiento delantero; el que manejaba era el de la voz aguardentosa, el más borracho de todos. ¿Tenía sentido que fuera justo él quien estuviera a cargo de la conducción del automóvil? Zebrel alejó ese pensamiento. Lo menos importante en aquel momento era que el tipo estrellara el vehículo contra una columna de alumbrado.

Recorrían un tramo libre de edificaciones, un sector de la ciudad que había sido comprado por la Iglesia de la Salvación Universal, la secta más poderosa de todas, para erigir un complejo habitacional, escuelas, templos y una universidad teológica. El poder de reflexión, la curiosidad y el sano escepticismo habían muerto. Zebrel se sentía como el último soldado de una guerra perdida. El último soldado, inválido y quebrado no serviría para otra guerra. Y, por otra parte, no habría otra guerra. Las avispas de oro zumbaron con furia en el cielo rosado del amanecer; casi podía verlas.

—Hasta es posible —dijo el que manejaba, como si continuara un discurso comenzado horas atrás—, que podamos sacar una buena suma por el exoprot. Si Mario sabe anularle...

No logró terminar la frase. Un animal, tal vez un perro, pasó a toda velocidad delante del vehículo y obligó al conductor a clavar los frenos. Todos se fueron hacia adelante y por un momento hubo caos, confusión y zumbidos. Zebrel abrió los ojos y vio que media docena de exoprots los rodeaban. Cada uno de ellos tenía un garrote entre las manos. Como si hiciera falta.

—¡Alabad al Señor, hermanos! —El vozarrón sonó en la atmósfera repentinamente viciada, lúgubre; tenía la textura de una arenga dominical y la prepotencia informativa de un himno. Zebrel supo qué venía a continuación y confirmó sus peores sospechas: la nube de avispas flotaba a pocos metros del

suelo, lista para picar en los sitios vulnerables del cuerpo.

—¡Malditos sean! —dijo el de la prótesis—. ¿Alguien tiene unas monedas?

Zebrel hubiera querido decirle que eso no se arreglaba con monedas, pero obviamente no podía hacerlo. El tipo que estaba junto a él, uno de los que lo había alzado en el sótano, sacó unos billetes de una cartera.

—No queremos dinero, hermanos —dijo la voz, como si fuese capaz de ver a través del metal del vehículo—; queremos ofrecer una oportunidad para que vuestras almas se rediman. La redención es una batalla. El Hijo de Dios llegó para deshacer las obras del diablo.

—Salgan del vehículo —dijo una voz femenina, dulce y serena como brisa de noviembre—. Salgan y entreguen sus almas. No hay más futuro para ustedes que en la redención.

—¡Están locos! —dijo el de la prótesis y sacó una pistola de la guantera. Por lo que Zebrel pudo advertir, era una Browning nueve milímetros. Pero los sectarios no parecieron impresionados. El que estaba más cerca descargó un tremendo bastonazo sobre el parabrisas y lo convirtió en un festival de telarañas. La Browning se disparó y perforó el techo del vehículo. Dos de los exoprots clavaron sus garras en los soportes de metal y desgajaron el auto como si fuera una mandarina. Así eran las cosas, pensó, Zebrel; así sería de allí en más. Tenía dos noticias para sí mismo, una buena y una mala. La buena era que los Hermanos del Dolor no volverían a ponerle las manos encima; eran una secta insignificante. La mala era casi igual, excepto que la Iglesia de la Salvación Universal jugaba en primera.

—¿Quién le hizo eso? —preguntó un médico canoso, de mejillas rosadas y gran papada—. Ya sé que no puede responder. Mueva la cabeza cuando dé en el clavo. ¿Mormones? ¿Derviches Rojos? ¿Adventistas? ¿Jasídicos? ¿Umbanda? ¿Bogomilos? ¿Bushos? ¿Coptos? ¿Testigos? ¿Solarianos? ¿Dianéticos? ¿Hermanos del Dolor? ¿Harekrishna? —Advirtió que Zebrel había movido la cabeza hacia el final de la absurda lista y retrocedió un paso. —Los Hermanos del Dolor. Lindos especímenes. ¿Lo amputaron así, en seco?

Zebrel hubiera querido preguntarle si ellos no hacían algo parecido, si los acólitos metidos en los exoprots que los habían atacado no eran, como él, producto del reclutamiento forzoso. Movié la cabeza afirmativamente. En seco o húmedo, ¿cuál era la diferencia? Por lo menos usaban anestesia... Pero no por piedad; quizás habían temido que muriera de un paro cardíaco durante las amputaciones y adiós esfuerzo.

—Malos tiempos —dijo el médico—. No crea que me gusta del todo lo que hacen estos —susurró—

, pero por lo menos evito males mayores.

Zebrel miró al médico con los ojos entornados por la extrañeza y murmuró unas palabras, aún cuando sabía que seguramente no sería entendido.

—O me ho'a.

—¿Qué dijo?

Zebrel se encogió de hombros. En realidad no estaba interesado en el médico. Había perdido la mejor oportunidad y no confiaba en que se repitiera. Agradeció de corazón a los borrachos por el esfuerzo y archivó toda esperanza.

El médico no le volvió a hablar. Revisó los muñones con atención y anotó algo en un cuaderno electrónico de última generación. Por lo visto los de la Iglesia no eran mezquinos a la hora de dotar a sus empleados de las mejores herramientas de trabajo. Zebrel reflexionó acerca de la escasa diferencia que había entre las grandes corporaciones religiosas y las empresas multinacionales de una década atrás y esta nueva manera de dominar el mundo. Después de la guerra se habían hecho con el control de casi todo y por lo visto estaban pasando a la ofensiva en el único territorio que les faltaba dominar: la mente de los ateos, agnósticos y librepensadores. Sólo les faltaba cumplir con la última etapa del plan, porque hasta donde Zebrel sabía, no quedaba una sola organización independiente en todo el mundo. Agruparse para disentir era impensable, articular la resistencia algo inútil, improductivo. El proselitismo de las sectas, empezando por la más grande y voraz de todas, pero continuando por cualquier conjunto de enfermos mentales reunidos en una mafia, había liquidado la acción del pensamiento individual.

El médico le indicó a Zebrel que abriera la boca. Revisó el muñón de la lengua y volvió a anotar.

—¿Po'é vo've a hab'á? —Zebrel interpretó que esta vez el mensaje era comprensible, pero el médico no se dio por enterado. Sonrió, condescendiente, y siguió anotando en su cuaderno.

—No sé si podremos hacer algo con la lengua —dijo tras codificar lo escrito—. Pero supongo que eso será un problema menor. El mismo dispositivo que se incorpora al exoprot se puede adosar a una gola; no es voluminoso y casi no molesta. Por otra parte, por lo que hay que hablar...

Finalmente el médico mostraba la hilacha. Zebrel había sospechado desde un primer momento que nadie que trabajara para ISU era inocente. Tampoco estaba decepcionado. Era hora, decidió, de dejarse llevar por la corriente. Si existía una salida del laberinto sería, como siempre, por arriba.

—Ahora lo llevaremos —dijo el médico— para que un par de especialistas lo convenza de las bondades de la Iglesia. —Hizo una pausa y en voz más baja agregó—: Habrá notado que mi tono es irónico —a Zebrel le pareció un tono falsamente irónico, pero no hizo ningún gesto—, aunque mi lema

es: si no puedes vencerlos, únete a ellos. —Era, más que irónico, cínico. No obstante, parecía conforme con su propia corrupción. Sonrió y palmeó el hombro de Zebrel. —Vaya con Dios, mi amigo, que lo peor ya pasó. —El médico pulsó un llamador y entró un enfermero con una silla de ruedas convencional. Entre los dos se encargaron de acomodar a Zebrel y sólo un par de minutos después transitaban un dédalo de pasillos y salas de espera limpios y luminosos.

Aunque durante todo el recorrido Zebrel no vio ningún signo que pudiera interpretarse como de buen presagio, ahora que el destino carecería de significado empezó a sentirse mejor. Lo que le había correspondido en la vida lo impregnaba como una niebla pegajosa en la que todo deseo se asfixiaba y la realidad era una escena furtiva que se espiaba por el ojo de la cerradura. Bien dicho. O bien pensado.

—Bien pensado —dijo una voz alta y clara en el centro mismo de su cabeza. No era una voz, en sentido estricto, pero Zebrel la recibió como tal.

—No entiendo qué ocurre —pensó Zebrel. Seguramente estaba alucinando mientras el enfermero empujaba la silla a través de corredores cada vez más lúgubres.

—No estás alucinando. Nuestras abejas también flotan en el aire como nubes. Esto es nuevo y no me pidas que te explique cómo funciona. Es tecnología, nada sobrenatural.

—¿Abejas?

—Es una metáfora. Las de ellos son avispas, las nuestras abejas; una diferencia sutil, pero por ahora irrelevante. Sólo por ahora.

El enfermero detuvo la marcha, hizo girar la silla y miró a Zebrel con severidad.

—¿Qué te pasa? —dijo.

Zebrel movió la cabeza. Ni siquiera intentó formar un no sin lengua. ¿Qué podía sospechar el enfermero?

—Intuye —dijo la voz—. Ocurre cada vez con más frecuencia. No le tengas miedo; no te puede hacer nada.

Zebrel clavó la mirada en el enfermero y lo obligó a bajar la vista. —Sin exoprotos son mierda —pensó—. ¿Dónde están Odín, Zeus y Yavhé en este momento? ¿Ocupados en otros asuntos y por eso no ayudan al enfermero?

Si se puede emitir una risa mental, el intruso en el cerebro de Zebrel rió. —Serás un gran soldado.

—No quiero ser soldado en ningún bando. Mi fuerza es la soledad —pensó Zebrel.

La voz en la mente no replicó. El enfermero empujó la silla de ruedas y reanudó el avance. Ese pasillo olía mal, a orín y moho. Las luces languidecían, exhaustas.

—¿Me aceptarán de todos modos? —pensó Zebrel.

—Te aceptaremos. Todavía no viste lo peor.

—¿Peor? ¿Qué me puede pasar? Estoy mutilado, a merced de fanáticos y nadie me busca para rescatarme del paraíso y llevarme al infierno.

—Te buscaron, y casi te encontraron —dijo la voz en la mente de Zebrel, enigmática.

El enfermero detuvo la silla de ruedas ante una puerta vaivén. Empujó una de las hojas y entraron a una sala amplia en la que dispuestas en semicírculo, en torno a un hombre y una mujer sentados, había otras seis o siete sillas análogas.

El enfermero siguió empujando lentamente, como si quisiera evitar el menor ruido que pudiera molestar a los participantes de esa reunión. El hombre y la mujer hablaban, con suave parsimonia, repitiendo hipnóticamente una serie de frases extraídas de diversos libros sagrados.

—En la sucesión de la noche y el día —dijo la mujer— y en todo lo que Alá ha creado en los cielos y en la tierra hay, ciertamente, signos para gente que Le teme.

—El temor y el miedo de vosotros —dijo el hombre— estarán sobre todo animal de la tierra, y sobre toda ave de los cielos, en todo lo que se mueva sobre la tierra, y en todos los peces del mar; en vuestra mano son entregados.

—Sólo los necios desprecian la sabiduría, es decir, el temor a Dios —dijeron al unísono.

Zebrel advirtió que el enfermero había retrocedido tras ubicarlo en un extremo del semicírculo. Desde donde estaba podía ver a los catequistas, evangelizadores, o cómo demonios correspondiera llamar a esos dos, pero no podía ver a las dos últimas personas del extremo opuesto.

—Fortaleza. Esto va a ser duro —dijo la voz en la mente de Zebrel.

—¿De qué estás hablando? —pensó Zebrel, y estuvo a punto de traicionarse y pronunciar efectivamente las palabras. Nadie estaba prestando atención a otra cosa que no fueran los dos adoctrinadores.

—El arrepentimiento y el cese del pecado son lo único que lleva a la salvación y al perdón. —El hombre paladeaba las palabras, la lamía, las besaba.

—Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron. —La mujer dobléaba las palabras, las sometía, las explotaba.

—Apártate del pecado y deja de vivir en rebelión contra Dios y Su Palabra. No hay más pecado que la falta de amor. Tened coraje, sed capaces de amar, aunque el amor parezca algo traicionero y terrible. —Las dos voces juntas eran cántico, letargo, oscuridad. Hasta Zebrel sintió, por un breve instante, que una marea lo arrastraba hacia un pozo sin fondo.

—¡Cuidado! —dijo la voz en su mente.

—¡Son terribles! —pensó Zebrel—. No es lo que dicen, por cierto, sino cómo lo dicen.

—Son terribles —dijo la voz—, temibles, despiadados. Al final de la fila, la penúltima silla.

—¿Qué hay?

—Al final de la fila —repitió la voz—, la penúltima silla.

Zebrel estiró el cuello. La sala estaba en penumbras. Una rojiza opacidad parecía envolver los cuerpos, y el zumbido, antes imperceptible, le hormigueaba en los oídos. Al final de la fila, la penúltima silla.

Logró moverse hacia adelante para quedar en la misma línea de la penúltima silla. Como la imagen era vaga, se esforzó, como si tratara de recordar alguna de sus pesadillas infantiles. El rostro de un monstruo en el espejo se aproximó envuelto en una bruma oscura. El horror emergió del conocimiento y le partió el corazón como una nuez podrida.

El hechizo, si alguna vez había habido hechizo, se deshizo en jirones. Las sillas perdieron la formación y el hombre y la mujer fueron pastores que trataban de evitar la dispersión de las ovejas ante el inesperado ataque del lobo.

Como si hubiera tomado el control un arte sombrío y espectral, capaz de disputar juegos mentales en el interior de su cabeza, Zebrel asistió al desorden, pero no logró hacer el siguiente movimiento.

—Es Milena —pensó—, mi mujer, mi compañera. ¿Qué le hicieron?

—Simple: llegó hasta aquí buscándote; le sacaron los ojos y la están preparando para que utilice un exoprot. —La voz en la mente era fría, casi impersonal. No era un asunto para perder la calma, claro, salvo que uno fuera capaz de usar la ira como arma. —Los de la Iglesia son eficientes para entrenar a su gente.

—¿Cómo ocurrió?

—Ya te lo dije: te buscaba y casi te encontré.

El remolino de sillas había acorralado al hombre y a la mujer, por lo que el zumbido de las avispas se intensificó. Sólo faltaban unos segundos para que los guardias irrumpieran en la sala. Zebrel buscó al enfermero y no lo vio, por lo que no le costó nada imaginarlo corriendo por los pasillos en busca de ayuda.

—No entiendo —dijo Zebrel—. No entiendo cómo llegan tus palabras a mi mente, por qué le hicieron algo tan atroz, por qué nos han dejado solos; tampoco entiendo la rebelión de esta gente. — Zebrel movió el brazo en abanico y la visión del muñón, refulgiendo en la purpúrea oscuridad, puso en

evidencia su impotencia.

—Demasiadas preguntas —dijo la voz—. Nada sobrenatural. También le hablamos a ella. Sabe que estás aquí, que por fin te ha encontrado.

—No sirve de nada —dijo en voz alta, perdida toda medida. Y se sorprendió de que sus palabras salieran sin tropiezos. No era su dicción, por supuesto, pero eso no tenía importancia alguna.

—Nada sobrenatural —siguió diciendo la voz en su mente—, sólo máquinas y dispositivos. Usamos todos los recursos que existen. ¿Pensaste que nos íbamos a dejar derrotar con tanta facilidad? Algunas de las cosas que dicen de nosotros son ciertas.

—¡Milena!

La penúltima silla, ahora mezclada con las demás en el confuso desorden de la liberación, aunque fuese efímero, se detuvo de golpe y giró hacia él. Milena se puso de pie y avanzó hacia el sonido como si fuese luz.

—¿Guido? —Dio tres pasos firmes en dirección a él y luego buscó apoyo en un bastón que alguien le tendió.

—Dios sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas —dijo la mujer.

—Era ciego y mudo porque tenía un demonio. Dios lo sanó, y el hombre pudo ver y hablar —dijo el hombre.

—¡Basta! —gritó Zebrel con su voz prestada—. Recuperaremos la tierra y el aire. Nadie podrá detenernos. Saldremos de este lugar y nunca regresaremos.

—¡Tormento eterno para los que ofenden a Dios! —dijeron juntos la mujer y el hombre. Nadie les prestó atención. De pronto, las avispas callaron. Por primera vez en mucho tiempo el silencio fue tan espeso que Zebrel temió que las profecías se cumplieran, que ellos fueran, finalmente, los dueños de la razón.

—Tu temor es infundado —dijo la voz en su mente—. Estamos cerca.

Zebrel sintió los labios de Milena buscando su boca. También oyó un sonido de trueno rasgando las paredes como si fuesen de papel.

—Ya termina —susurró Milena.

Los primeros guardias de la Iglesia irrumpieron en la sala, pero al mismo tiempo, como caballos de ajedrez tridimensionales, llegaron otros guerreros, saltando desde ángulos imposibles.

—Son tan reales como tus muñones, Guido —dijo la voz en la mente—; duros, materiales. Son abejas de acero fraguadas en el ardor de nuestra furia. ¿Dónde están los ángeles ahora? ¿Dónde están los dioses?

Zebrel asistió encantado al festival de miedo sobrenatural que la sola presencia de los guerreros provocaba en los guardias armados de la Iglesia. Hubo unos pocos disparos, pero la fuerza abrumadora de los invasores estaba en la capacidad para echar contra los creyentes sus propios mitos inoperantes.

—¿Dónde están los dioses ahora? —bramó la voz, ahora amplificada por una nube de abejas de hierro que devoraban a las avispas de oro como si se tratara de migas de pan—. ¿Es esto una nueva prueba a la que los dioses someten a los creyentes?

—Sólo Dios salva y sana como sanó y salvó a tantos... —Era la voz del instructor de la Iglesia, arrastrándose sin fuerza entre los espantados guardias que intentaban enfrentar a los guerreros.

—¡Se terminó! —tronó la voz—. Esta gente ha sido liberada. Nuestro ejército ha pasado al ataque. ¡Nunca más!

Zebrel sintió los dedos de Milena acariciándole la mejilla y no trató de detener las lágrimas. Pronto, muy pronto, pensó, yo podré hacer lo mismo. Milena captó los pensamientos de Guido y sólo dijo sí.

Sin recato, la voz volvió a rugir en la sala, ya vacía de acólitos. —Un final de novela rosa, quizá —dijo mientras los guerreros se desvanecían en el aire—. Pero alguna vez nos tenía que tocar a nosotros. Y por otra parte, esto no es el final de nada; esto acaba de empezar, ahora.

CABALAH

David Ben Yehuda no estaba loco. Oía voces, pero no estaba loco. Había afinado ese sentido hasta tal punto que podía detectar el momento en que una hoja, amarilla y quebradiza, se desprendía del roble e iniciaba su lento descenso, meciéndose en el aire, acunada por el viento.

Por eso digo que no estaba loco. Él oyó los caballos mucho antes de que fueran visibles sobre las colinas, mucho antes de que cruzaran el río. Supo quienes eran los que los montaban y a qué venían. Y cuando lo supo corrió y corrió y entró a la carrera a la casa del maestro, sin tocar la mezuzá más que con el pensamiento, y se llevó las sillas y las personas por delante y atropelló e hizo rodar por el suelo al rabbi.

—¿Estás loco? —dijo el maestro cuando pudo ponerse de pie. Contempló al flaco y desgarrado David, su alumno preferido, instalado tras una severa sonrisa. Sabía que David no estaba loco, pero de alguna forma tenía que moderar los arrestos del muchacho. Aunque esta vez, lo supo de inmediato, no se trataba de un tema menor. Naum Ben Simon leía en el rostro de David como si se tratara de un rollo de la Torá: algo muy grave estaba sucediendo, muy grave.

—Es terrible —articuló David—. El conde. Emich de Leisingen.

Algunas palabras son fuego, son ácido, son veneno. Ningún judío de Renania ignoraba quién era Emich de Leisingen, el conde bandido. Él y sus hombres habían assolado la región en repetidas ocasiones. Sus cuadrillas tomaban lo que querían, siempre de mal modo. Pero esta vez era peor. El rabbi vio las cruces fulgurando en los ojos de David, percibió el olor de la sangre y oyó los gemidos; él también había sido un joven arrebatado e imprudente. Pero esta vez era otra cosa. Los rumores habían circulado y todos sabían que los nobles se preparaban para recuperar Jerusalem. ¿Su Jerusalem? ¡Nuestra Jerusalem! ¿Acaso la van a recuperar para nosotros? El rabbi volvió a mirar a David.

—¿Adónde iríamos? —gimoteó el maestro—. Ellos estarán en todas partes y dirán que matamos a su Señor y que somos culpables. No hay ningún lugar adónde ir.

Fue el turno de David. Miró al rabbi como si no lo conociera y escupió las cuatro palabras casi con rabia.

—¿Me ha enseñado mentiras? —Había madurado diez años en dos minutos. David señaló los libros apilados sobre la mesa, colmando las estanterías. —¿Son todas mentiras? ¿La sabiduría es un perro sarnoso? ¿La Cabalah es un sueño, un delirio? —Respiró profundo, como si se estuviera ahogando. — ¿Me ha estado mintiendo todo este tiempo?

Naum Ben Simon comprendió lo que pretendía David y respondió lo único que podía responder. — No puede hacerse porque sí. Dios debe quererlo, Él debe inspirarnos. ¿Estás hablando de eso?

—Hablo de eso —dijo David, y envejeció otros diez años—. ¿Dios quiere que seamos masacrados, que los hombres del conde nos degüellen y beban nuestra sangre?

—Si lo permitiera... sería su Voluntad, y nosotros debemos acatarla. —El rabbi miró el techo, pero David supo que su mirada podía atravesar las vigas y las tejas.

—Si me permitiera salir de aquí —dijo David, furioso, apretando los dientes— también sería su voluntad.

—No lo harás —dijo el rabbi, desfalleciente.

David le dio la espalda. Naum Ben Simon comprendió que era su deber respetar el deseo del muchacho y salió de la habitación, dejándolo solo. No sería él quien le decapitara la esperanza, aunque no hubiese futuro para los judíos de Speyer.

La puerta se cerró y el sonido de los pasos del rabbi se apagaron en el corredor, David envejeció todos los años que le faltaban para alcanzar la sabiduría y se abismó entre los pliegues del conocimiento. Permitió que su fino oído lo guiara hasta las encrucijadas en las que crepitaban los mandatos y las proporciones; olió las cifras y saboreó los signos, dejándose llevar hasta las profundidades del mecanismo que cimenta la armonía del cosmos y le da vida. Finalmente lo vio y lo palpó: ahí estaba, absorto, casi indiferente, jugando con seres y soles. Y él, David, el insignificante aprendiz de Speyer, pudo acercarse y localizar sus propias marcas. No sabría nunca si lo había engañado o si el Manipulador se limitó a permitir la intrusión.

Pero David abrió los ojos y ya no estaba en el estudio del rabbi, ya no estaba en Speyer; su fino oído no captaba los movimientos de los asesinos del conde que venían a degollar a los judíos, amparados en una cruz sin caridad ni compasión.

El atardecer había dejado paso a una luminosa mañana. A lo lejos, detrás de las colinas, se divisaban esbeltas columnas de humo. Avanzó hasta la cima y divisó el valle. Era un poblado, un extraño poblado rodeado por un muro de fino metal tejido. Aguzó el oído y escuchó las voces. Gritos y gemidos. Órdenes y pedidos. Pero no entendía las palabras. Sólo se parecían vagamente a lo que él solía hablar. Empezó a bajar la colina y las formas se resolvieron en personas, mayoritariamente vestidas con trajes a rayas verticales, y otros, robustos y autoritarios, que usaban ropas oscuras y sombreros de metal. David no era tonto y supo de inmediato que algo estaba mal en ese lugar. Sacudió la cabeza y sonrió. No podían ser peores que el conde Emich de Leisingen y sus bandidos. Apuró el paso y se dirigió resueltamente hacia el portón de entrada, donde con grandes letras de extrañas formas habían escrito en

reconocible alemán: “el trabajo te hará libre”.

DURO COMO UNA ROCA

El Tigre se sirvió un último resto de café y no levantó la vista cuando Estévez entró a la oficina dando un portazo.

—No hay caso —dijo Estévez.

—Lo que pasa es que no servís para nada, Negro —dijo el Tigre—. Te voy a mandar a zurcir bombachas al Santa María.

—No te miento.

—Ya sé que no mentís; veo todo en el monitor. Lo que pasa es que no servís para nada; ¿dije que sos mentiroso? El Pozo de las Ánimas es tu territorio, Negro.

—¿Qué querés que haga?

El Tigre abrió un cajón del anticuado escritorio de madera y sacó una naranja, un cuchillo dentado y un exprimidor. Apoyó la naranja sobre un informe que ostentaba el logotipo del Ministerio del Interior, la cortó al medio, le extrajo todo el jugo con unos pocos giros y arrojó el producto obtenido a la cara de Estévez.

—Si sacás la lengua te la corto —dijo el Tigre.

Estévez soportó estoicamente a que el jugo terminara de gotear. Era muy gracioso ver los mechones renegridos formando flecos casi luminosos sobre la frente.

—¿Puedo hablar? —dijo Estévez.

—Podés hablar; lo que no podés es chupar.

—¿Sabés lo que me gustaría chupar? —dijo Estévez lastimosamente. No lo decía en serio, por supuesto, pero sabía hasta qué punto eso irritaba al Tigre. Pero el Tigre lo tomó como un chiste. Tenía mucho sentido del humor.

—No servís ni para eso, Negro. Seguro que lo harías mal, como todo. Me morderías de puro inútil, o algo así.

—Te juro que se la volvió a aguantar, como macho. Hay que ser un macho de la gran puta para bancarse todo lo que le hacemos.

—¡Callate, carajo! —se exaltó el Tigre—. Lo que pasa es que vos sos un flojo y un inútil. Lo estás agrandando a él porque no sabés hacer el trabajo. Esto es un arte, no una técnica, y menos un laburo que se realiza sin voluntad, como si fueras un empleado público. Eso es lo que sos, Negro, un empleado público; no encarás esto como se debe.

—Estás empezando de nuevo. ¿Por qué no te metés vos con él en el Pozo y le sacás las muelas a

garrotazos?

—Muy gracioso. Pero resulta que el jefe soy yo, y vos sos un pinche. Te toca el trabajo jodido y te la tenés que bancar. Por ahí, si aprendés bien el oficio, podés llegar a una posición como la mía. Los escalones hay que subirlos de a uno.

Estévez se pasó la mano por el pelo; estaba muy pegajoso. —Me lo decís de mala manera, como si me estuvieras sobrando.

—Ah, mírenlo al maricón. Y si te estuviera sobrando, ¿qué? Al Negro hay que tocarlo en cuidado porque se desarma. ¿Todavía no te diste cuenta de qué va esto? ¿Sos boludo, vos?

Estévez suspiró, resignado. No le preocupaba operar en la mierda; le molestaba que esta mierda en particular tuviera comportamiento de caviar. Y Lasker se comportaba así, como un aristócrata, como un intelectual, lo que era todavía peor. —Le voy a aplicar el tratamiento especial.

—Especial de luxe —corrigió el Tigre.

—Súper especial extra de luxe. —Se rieron al unísono y se palmearon los hombros. A fin de cuentas eran casi amigos.

Aquí viene de nuevo, pensó Lasker. ¿Con qué probará esta vez? Esa era la parte más difícil del proceso: acertar el instrumento. Desde el primer momento, Lasker había estructurado una estrategia de hierro, de la que no se apartaría bajo ninguna circunstancia. Pero al mismo tiempo, y para que esa estrategia pudiera funcionar, eran necesarios los golpes tácticos, las máquinas correctoras de la realidad, los atajos de tracto invisible cuya sorpresiva caída sobre el cuello del verdugo le permitía ganar una y otra vez la partida.

Habían enviado al mismo, como siempre. Apostaban a que, tras un fracaso, él esperaría un cambio de operador, y por eso no lo cambiaban. No obstante, eso era lo que Lasker esperaba; él había contemplado esa posibilidad en todo momento. Rizar el rizo, en ese contexto, representaba una especie de rutina. No mostrarse sorprendido era una forma efectiva de sorprender al otro, de confundirlo.

—¡Bienvenido! —exclamó Lasker, aún antes de que Estévez hubiera asomado la nariz.

—¿Bienvenido? ¿Acaso no sabe a qué vengo?

—Por supuesto. —Lasker buscó potenciar la euforia marcando el énfasis a partir de una posición menor, ínfima. —¡Viene a torturarme! ¡Es fantástico! ¿Tortura física o psicológica, esta vez?

—No sea idiota. ¿A qué juega? —Estévez volvió a sentirse incómodo. No era la primera vez que Lasker lo recibía con una bufonada, aunque sí la primera en la que hacía referencia directa a la tortura.

—Juego —dijo Lasker—. ¡Claro que juego! ¿Qué otra cosa puedo hacer? Todo es juego, un único

juego con tantos nombres y rostros que sería tedioso enumerarlos. Ahora bien, si usted desea que los enumere, puedo hacerlo. Podríamos empezar con los juegos que comienzan con la letra “a”. Aba Daba, ajedrez...

—No. Déjelo.

—Como quiera; no me molesta, de veras. —Lasker hizo un gesto que a Estévez le resultó incomprendible. Lasker poblaba el espacio de gestos incomprendibles todo el tiempo, en especial porque estaba obligado a utilizar exclusivamente la cabeza y los hombros para fabricarlos. Tenía las manos esposadas y sujetas a una firme barra transversal de acero y las piernas inutilizadas por culpa de los golpes que le habían destrozado las rótulas.

—¿Por qué no nos dejamos de boludeces —suspiró Estévez— y vamos directamente al punto? Abreviamos el trámite, usted se ahorra dolor y yo las molestias que implica producirse.

—Nada me daría más placer —dijo Lasker.

—Veo que empieza a entrar en razones. La pregunta es la misma de siempre. ¿Quién es el que mueve los hilos?

—No me dejó terminar. Nada me daría mayor placer que ayudarlo a recuperar su autoestima devaluada, y como soy una persona sumamente tenaz, podría soportar sus ingeniosos trucos durante horas y horas. ¿Qué tiene en mente?

Estévez abrió los ojos de un modo exagerado. Las sucesivas teatralizaciones de Lasker, cada vez más retorcidas y alejadas de la lógica, lo estaban cansando.

—¿Se da cuenta de que su vida está en mis manos, pelotudo de mierda?

—¡Por supuesto! ¿Me viste cara de imbécil?

—¿Cómo dijo? —Estévez, ni siquiera en esas circunstancias lograba tutear a Lasker, pero era la primera vez que Lasker lo tuteaba a él.

—Te lo repito lentamente —dijo Lasker—. Pregunté si me viste cara de imbécil. ¿El jugo de naranja te afectó las sinapsis, negro de mierda?

Sin pensarlo, Estévez se lanzó contra Lasker con las manos extendidas y engarfiadas; no midió las consecuencias: el insulto había liberado el mecanismo autónomo de control de órdenes y reglas superiores y su único interés, un mandato espinal, primitivo, había pasado a ser la muerte de Lasker. Matarlo. Ya. Ahora. Sin más trámite. Basta.

Pero Lasker, que esperaba exactamente eso, se limitó a mover el torso para eludir la embestida y volver a moverlo en el preciso instante en que los dedos de Estévez pasaron junto a su cabeza. El meneo sirvió para que el torturador, por la inercia de su propio impulso, cayera sobre el costado de

Lasker aleteando con los brazos en busca de un punto de apoyo; lo obtuvo. La mano derecha logró asirse a la barra transversal a la que estaba sujeto Lasker. No cayó, no, pero hubiera sido preferible. Lasker, que esperaba tener a Estévez exactamente en esa posición, abrió la boca, proyectó la mandíbula, la cerró en torno a la oreja izquierda de Estévez y se la arrancó de cuajo.

Estévez aulló. Al mismo tiempo, como estaba sujeto precariamente a la barra con la mano derecha, tuvo que soltarse para acudir en asistencia de la zona dañada, lo que le hizo perder el equilibrio y caer de lado, con tan poca fortuna que dio con la frente contra la viga que sostenía la barra de acero.

La posición resultante fue curiosa. Estévez en el suelo, aturdido, con una herida cortante en la frente y un cráter en el lugar de la oreja izquierda, heridas de las que manaba sangre en abundancia, pasó a chillar como una rata a la que están desollando viva. Pero, está de más decirlo, la celda era a prueba de sonidos. Lasker escupió la oreja y observó a Estévez instándolo a levantarse.

—No seas flojo, Negro. Todavía tenés ventaja. Te comí un par de peones, nomás.

Estévez lo miró desde el suelo. La sangre le cubría los ojos y se mezclaba con las lágrimas y los restos de jugo de naranja. Los chillidos cesaron. Estévez no era flojo, no. Se orientó como pudo en la penumbra de la celda y localizó la porra sobre un rinconero. Se levantó apoyándose en el vértice del camastro de cemento sobre el que estaba Lasker y gruñó.

—Hijo de puta.

—Hijo de puta, sí —dijo Lasker—. ¿A quién se le podía ocurrir que un tipo encadenado, con las rodillas hechas polvo, torturado con ácido y electricidad, iba a hacer una jugada táctica tan certera? ¿No te da un poco de miedo, Estévez? Digo, mi habilidad, de lo que soy capaz.

—Hijo de puta —repitió Estévez.

—Ah, mi madre, Estévez, mi madre. Si supieras... Pero qué vas a saber vos, negro de mierda.

—¿Qué?

—Mi madre. Diste en el blanco. Qué hembra puta. A un negro fuerte como vos, ardiente como vos, mi vieja lo deja seco en una noche. Así como estás, herido por dentro y por fuera, con una oreja de menos, media noche.

Estévez vaciló, embargado por la sangre y la perplejidad. Por un momento se olvidó de la porra y de que con ella se disponía a machacar la cabeza de Lasker hasta convertirla en pulpa. ¿De qué estaba hablando, el desgraciado? ¡Estaba loco! Que su madre...

—¿De qué hablás, judío, zurdo, puto?

—¿En qué quedamos? ¿En qué insulto me acomodo? —Lasker resopló. —Está bien, no importa. Mi madre es una mina muy liberal, muy puta, como preferís decir vos. ¿No te excita la idea? Es puta y

perversa. Le encantaría culear con el tipo que torturó a su hijo...

—¿Qué decís? —Estévez había quedado en una posición incómoda, oblicua, con el cuerpo torcido entre el camastro, la viga y la barra. La sangre de la oreja le chorreaba por el brazo que tapaba el hueco y la de la frente le corría por el mentón, formando un dibujo complicado, abstracto y al mismo tiempo preciso, tal vez el mapa de los próximos acontecimientos o el plan de Lasker para salir del Pozo de las Ánimas.

—Con el tipo que torturó a su hijo y con su hijo, al mismo tiempo. Mi vieja nos banca a los dos. Y a un tercero. A mi hermano, por ejemplo. Podríamos llamarlo a mi hermano para que nos ayude, ¿qué te parece, Negro? Mi vieja es de hierro.

—Entiendo el juego —barbotó Estévez, chupándose la sangre como si fuese jugo de naranja. ¡Como le dolía, la gran puta!

—No entendés nada, ¡qué vas a entender! Sos un animal, una bestia sin cerebro.

—Me querés provocar, basura. Pero no te voy a dar el gusto.

Estévez enderezó el cuerpo y dejó de pensar en la porra para empezar a pensar en la oreja. ¿Estaría a tiempo para llevarla al hospital, hacérsela coser? Era un pensamiento grotesco. Primero tenía que terminar con Lasker. No podía salir de la celda si antes no lo liquidaba.

—Te juro que no, Negro —dijo Lasker mostrándole las palmas de las manos. Un pensamiento pasó por la mente de Estévez como un confuso turbión; ¿no estaba esposado? ¡Se había liberado de las esposas! No sabía cómo, pero ahora era el doble de peligroso. Un frío húmedo le corrió por la espalda.

—Ahora soy el doble de peligroso —dijo Lasker. Sonrió. ¿Todavía tenía ganas de reírse?—. Disculpame si te leo los pensamientos; es involuntario. Me viene, ¿sabés? Es como un vómito.

—Hijo de puta —murmuró Estévez. Pero esta vez era un insulto desganado, sin voluntad. La pérdida de sangre, que seguía saliendo a borbotones del oído y la frente, lo precipitaba a un estado de extrema debilidad. Por un momento pensó que podía perder el sentido, lo que facilitaría la faena de Lasker, ahora que tenía las manos libres. También fue fugaz la idea de que Lasker no lograría salir vivo de allí, aunque él muriera antes. ¿Morir? ¿Cómo podía pensar eso? Se sentía culpable, abrumado por el penetrante movimiento de las siluetas que casi podía tocar. No hay siluetas, se dijo; estoy alucinando. Pero la sensación era agobiante; un aura se enroscaba en los jirones de niebla que rodeaban el cuerpo de Lasker y le confería la apariencia de un pequeño arbusto, con enredaderas y hojas hundidos en la tierra.

—Mala cosa, Estévez; estás alucinando. ¿Sabés qué es? Veneno. Cuando te arranqué la oreja escupí una cápsula de ricina que se disolvió en tu sangre. Te la metí en el oído y el dolor cubre la sensación del cuerpo extraño.

—¡No!

—Sí. Es una pequeña victoria, claro, y corro el riesgo de que te acuerdes de la pistola y me lleves con vos, a la Quinta del Ñato.

—¿Qué es? —dijo Estévez, estúpidamente. Se daba cuenta que perdía el control de todo. La lengua no le obedecía.

—¿La pistola o la Quinta?

—La Quinta. La pistola. —Lo venció el deseo de orinar y un flujo caliente le corrió por la pierna. La celda se dio vuelta, primero hacia la izquierda, luego hacia arriba. La pistola. Era cierto. Tenía la pistola. ¿El veneno? No habían probado con veneno. Palpó el costado del pantalón. Estaba húmedo. ¿Sangre u orina? Imposible saberlo. Pero la pistola estaba. Tenía que disparar de una buena vez. ¿Por qué no lo había hecho antes?

—Ay, Negro. Qué tipo indeciso. Si no me hubieras destrozado las rótulas con el martillo podría ayudarte.

—Ayudarme.

—Claro. Podríamos ir juntos a ver a mi vieja. A ella le gustan los negros, en especial si están heridos, sangrantes, como vos ahora; y más aún los que tienen una sola oreja. Pero como te digo una cosa te digo la otra: mi vieja es una tipa voluble, ¿entendés la palabra? Voluble, de gustos cambiantes. Por las dudas metete la oreja en el bolsillo. No, en ese no, en el otro; en ese tenés la pistola.

Fuera cierto o no lo del veneno, Estévez sintió que las últimas fuerzas se retiraban de su cuerpo. Hizo un intento de sacar la pistola del bolsillo, e incluso llegó a tocar la culata, que le devolvió una débil descarga eléctrica, pero no pasó de intento. Cayó plegándose sobre sí mismo, como una frazada, lentamente.

Lasker chasqueó la lengua. Jaque mate, pensó. —Qué pena, Negro, que no pueda ayudarte. Aquí me tenés, lejos de vos, como dos extraños. Tengo un problema en las rodillas, ¿entendés, Negro? No es por maldad que no te ayudo.

La luz se apagó. ¿Sabía el Tigre lo que había pasado en la celda? ¡Por supuesto, sin lugar a dudas! Las cámaras habían registrado cada lance, cada finta. Entonces debía prepararse concienzudamente para la siguiente partida. Ubicó las piezas en el tablero imaginario y ensayó una, dos, tres, cuatro aperturas. Había tiempo. El Tigre no se lanzaría de cabeza al desafío; era un adversario de otra categoría. Estévez era un pichi de cuarta, reflexionó, pero el Tigre sería de primera, de segunda a lo sumo. No podía darle ninguna ventaja. Acostumbró los ojos a la oscuridad y aguzó el oído. El negro había dejado de respirar. Bien, se dijo Lasker; eso juega a mi favor. Se estremeció pensando en

todo el jugo que podría sacarle al cuerpo de Estévez: ropa, carne, la pistola. No se hacía muchas ilusiones con respecto a la pistola; el Tigre sabía que la tenía y sería contra eso que tomaría precauciones. Bien, entonces sin pistola.

—Vamos, Tigre —dijo en voz bien alta aunque sabía que sus palabras sólo serían escuchadas fuera de la celda si estaban activos los micrófonos—. Venga a jugar una partida. Sé que usted será un rival de fuste, nada que ver con el negro pelotudo que me mandó las veces anteriores.

IMÁGENES ROTAS EN UN ESPEJO

De lejos, mientras se aproximan, mientras la ve acercarse, la boca se le llena de palabras ácidas y palabras erizadas de espinas y palabras vencidas, putrefactas o rancias. Están en una galería comercial, el sitio neutral por excelencia. Por eso se detiene, y sin preocuparse por terceras miradas, gira la cabeza hacia un costado y escupe una savia marrón, un jarabe espeso, contaminado por incontables esquiras del pasado. Durante apenas un segundo, como si algo luminoso hubiese estallado dejando una lluvia de escamas en aire, imagina que no es ella. No es ella, se dice; no puede ser ella. Las alimañas no viven tanto tiempo. La providencia, o el azar o el destino, al que le gusta zarandear a las personas, o lo que sea que regula las idas y venidas de los organismos que infestan el planeta, no puede haber omitido un detalle como éste, trivial y decisivo.

Descubre la herida que no cierra agazapada entre los pliegues de su cuerpo, supurando el viejo y gastado licor; entonces disimula, metida en su disfraz. Había una vez una mujer que pensaba distinto. Había una vez una mujer que pensaba distinto y no se sentía satisfecha protestando y lamentándose por lo mal que estaban las cosas. Había una vez una mujer que pensaba distinto y en alas de ese pensamiento cruzó el ancho mar de la apatía y arribó a las costas de la lucha y se enredó entre las malezas de la acción. Pudo haber ganado y perdió. Había una vez una mujer que pensaba distinto y le tocó perder. Los vencedores no eran gentiles ni galantes y la trataron muy mal. Ella adivinó que eso podía suceder y sucedió; no creyó que sucedería de un modo tan perverso, pero sucedió del modo más perverso. Había una vez una mujer que pensaba distinto y ese pensamiento la llevó a ser borrada del mundo de los vivos, aunque no tan borrada como para que una mañana, mientras el sol aleteaba entre las nubes, un mago muy famoso lograra reconstruirla a partir de dos o tres veladas líneas, apenas un nombre y un apellido escritos en un cuaderno. El mago muy famoso encontró las líneas adheridas al papel y venció la tozudez del grafito moviendo las manos del modo adecuado. Había una vez una mujer que pensaba distinto y volvió de entre los muertos.

Pero el mago muy famoso, cumplida la misión, se alejó para siempre de su vida. Ahora es ahora.

Vencido el pudor, anulada la turbación, se obliga a caminar. La otra no se ha detenido y no parece reconocerla. Las separa un abismo, veinte metros de puro espacio sideral. Ahora ya no quedan dudas. La otra, tal como siempre lo había imaginado, no pertenece a nuestra especie; es un invasor solapado y cruel, el brazo despiadado de un poder extraño. El pasado llega resoplando y la arrolla. Veinte metros es lo mismo que veinte años. Veinte segundos miden veinte pársecs o algo así, son una distancia cruel y

definitiva. El dolor se extiende por su rostro con la forma sorda y consistente de una inmensa mano helada, una mano dispuesta a estrujarlo, aplastarlo, arrastrarlo a un territorio de puro sufrimiento, un sufrimiento derramado en todas direcciones. Siente que se le entumecen los labios y la nariz y las orejas, se le cristaliza la lengua. El dolor trepa por sus brazos y se apodera del cuerpo, sube y palpita, más vivo que la soledad y la pena, llega hasta el nudo gordiano y lo desata, aumentando el agobio; es como tener encima un peso muerto adicional, el peso de los cuerpos de aquellos que compartieron su destino.

Está, por un momento, de regreso en aquel lugar. Las voces de los perros son más dulces que los ladridos de los humanos. Parpadea. Está de regreso de aquel lugar. Está aquí. La otra la ha visto y la ha reconocido. No. La ha visto y no la reconoció. No tendría cómo, ni por qué. Los días sin sol y las noches sin luna se acumulan y comprimen hasta caber en el bolsillo de una camisa. Las trayectorias han caído prisioneras de los campos gravitatorios y los mundos errantes cumplen su ruta inexorable. Bien mirada, mirada a los ojos, es y no es la carcelera, tanto como ella es y no es la prisionera. Han pasado veinte años. Cuando transcurren veinte años los hechos dejan de ser lo que fueron. Visto a la luz oscura del pasado, todo es y no es al mismo tiempo. Imposible conservarse idéntico a sí mismo cuando se fue una larva que reptaba por los túneles vacíos en busca del aire libre. Pero he vivido con eso veinte años, se dice, he sido eso veinte años, refregando los recuerdos de ese sitio y de esa gente contra la piel curtida por la espera.

Las trayectorias. Ahora son pasos, unos pocos pasos. Van a cruzarse como dos trenes en la noche, como dos luciérnagas mirándose al espejo. Definitivamente, el pasado ha sido liberado de su encierro por unos minutos corrosivos, esos que roen los barrotes de la cárcel invisible. En un momento, en un único momento de pura anomalía y equilibrio, estarán a la par, una junto a la otra, como no han estado nunca, como nunca volverán a estar. Ahora.

Ya ocurrió. Ninguna de las dos vuelve la cabeza. El pasado ha vuelto a apropiarse de sí mismo. La memoria, esa cruel señora, ha jugado sus dados una vez más y una vez más ha obtenido la máxima puntuación y el derecho a lanzarlos de nuevo. Así funciona para los que escriben las reglas.

De lejos, mientras se acercaba, deseó que no fuera. Un agudo dolor en el pecho traza una curva oscura. El rincón que guardaba el secreto exhala un intolerable suspiro y un enjambre de abejas triangulares, cada una de ellas portadora de una dosis letal de veneno, se despliega formando una temible cuadrilla. De lejos, mientras se acercaba, había querido que no fuera: que los monstruos del pasado no logran escapar de los lugares en los que estaban encerrados. Pero al tenerla junto a sí, cruzándose como trenes en la noche, como dos luciérnagas mirándose al espejo, supo que no podía ser

de otro modo; antes o después el viejo cofre se abriría y los monstruos comprimidos y plegados recobrarían su forma original. No quise hacerlo, clama una voz sofocada por el miedo; pero lo hiciste, replican otras voces, colgando de sus cabellos, de los lóbulos de sus orejas, de sus pezones. Son voces de metal, de acero y plomo. Es como tener que soportar un peso muerto, el peso de los cuerpos de aquellos que resistieron hasta que ya no pudieron resistir.

¿En qué consiste? ¿Esa es la pregunta? Como lectores, ¿desean conocer la naturaleza del pecado, la densidad del daño, la configuración de los golpes y quejidos? No he venido para eso, amigos.

Son voces de metal, de acero y plomo. La mujer, suponiendo que lo fuera, suponiendo que alguna vez lo haya sido, escondió entre los ritos de los quehaceres cotidianos los ritos de la vejación y los estragos. Crió a sus hijos, paridos limpiamente. Cuidó su casa y a su compañero, un hombre simple que nada sabe de pasados oscuros. Durante veinte años fregó y refregó las manchas que se adherían a los mármoles y maderas, a los vidrios y cortinas. Manchas. Cada una de las manchas representaba un error o un dolor. Sólo ella las veía, pero eso no era un obstáculo para que pasara las horas en blanco con un trapo en la mano, afanándose por borrarlas.

Cuando se cruzan, cuando la figura de la que había sido su prisionera pasa a su lado, todas las manchas brotan como nervios, y crecen y se anudan hasta cubrir la totalidad del campo visual. Durante apenas un segundo, como si algo denso y pegajoso hubiese estallado por el aire en una lluvia de gotas de aceite, imagina que no es ella. No es ella, se dice; no puede ser ella. Las víctimas no sobreviven tanto tiempo. El destino, que suele jugar con los dados cargados, remata a los débiles, y no porque lo merezcan, sino porque las idas y venidas de las criaturas que medran sobre la tierra no le importan, lo consideran una peculiaridad menor, trivial y anodina. La fatalidad, o el azar y la fortuna, hacen girar las ruedas y permiten que resbalen en el cieno formado por la lluvia de aceite. Así funcionan las cosas.

La ha dejado atrás. Sea o no la mujer que conoció hace veinte años, en el campo de prisioneros. Sea o no la enemiga de otros tiempos, el mecanismo se ha puesto en marcha. El pasado ha pisoteado al presente, dejándolo reducido a una pasta de futuro. Con esa pasta podrá, a partir de ahora, construirse cualquier forma, cualquier cuerpo; muros, caminos, pasadizos, cofres y botellas. La mujer se está alejando. Las separan veinte metros que son como veinte años. Son veinte metros de puro espacio sideral. Ahora ya no quedan dudas: el recuerdo ha pasado gimiendo y crepitando como una fritura. Veinte metros es lo mismo que veinte años. Veinte segundos son una distancia cruel y decisiva. El dolor se extiende por su espalda, ahora que los ojos son libres de mirar o no mirarla. Pero los fantasmas de mañana se levantan y crecen, como ampollas en la piel recién herida. Sabe que no volverá a verla jamás; también sabe que le costará mirar a sus hijos a los ojos, que cada vez que abra un cajón hallará

una serpiente, que cada vez que limpie una mancha que se desliza por las paredes aparecerán dos manchas, tenues como el aire y ferrosas como la huella de las orugas de los tanques sobre la piedra del camino. Así serán las cosas.

El dolor se expande por su rostro, con la aspereza de una mano helada que disfruta abusando del poder, y aplasta sus facciones y empuja, precipitándola a un abismo de puro sufrimiento. Siente que los labios se le hinchan, se le quiebra la nariz y las orejas se desprenden de su sitio. El dolor trepa por sus piernas y se apodera del cuerpo, palpita, más agudo que la punta de la aguja que usaba para coser la boca de los prisioneros. Ya no siente la soledad ni teme la pena que llega abusando de la debilidad del momento. Se ha quedado sola. La culpa y la muerte retroceden. Sólo quedan una multitud de imágenes quebradas en un espejo sano y eso, lector, no tiene arreglo.

UN VIAJE AL AYER

Que el ayer es un territorio inhóspito no lo discute nadie, ni siquiera los nuevos poetas de cibercafé, esos que elucubran sus versos utilizando mecanismos electrónicos implantados en la glotis, mientras avanzan a los tropezones entre toneladas de basura tecnológica. Pero antes de eso lo habían explicado los conductores mediáticos desde las pantallas de plasma de los televisores. Y también lo escribieron en los muros suburbanos los adictos perdidos, rociando las ruinas con ácidos y gel y lo cantaron los viejos programas piratas, carcomidos por la herrumbre. Nada de eso importa, o es otra historia.

Aquí, ahora, el ayer es tema preferido de unos mesiánicos patéticos, unos tipos de dos por cuatro, muy viejos, viejísimos, aturridos por el café, la nicotina y otras hierbas en el famoso bar de la calle Corrientes, donde sobreviven de puro guapos y hastiados.

—Recuerdo —dijo Fermín, borracho de fármacos genéricos comprados en puestos callejeros— cuando lloraron las orquestas por última vez. Yo tendría... déjenme ver... menos de veinte. Las nubes de ácido gris todavía no se habían descolgado por las paredes descascaradas de los edificios y en las terrazas podían divisarse las noches suaves, alejándose como ruidos de estática, arañándose la mente por dentro, reacias, eso lo digo yo, reacias a morir por completo.

—Eso digo yo también —apoyó Laureano mirándose con asco los implantes que le habían encajado en el Argerich; implantes de segunda, como siempre, conseguidos clandestinamente—. Mis días de romántico terminaron, carcomidos sin querer por la electrónica y los nuevos saberes, ¿entienden? No sé qué día maldito la bohemia se disolvió entre las imágenes de cristal de fósforo que nos herían las retinas y esos residuos de plástico negro, pero les aseguro que algo se rompió para siempre. La puta que lo parió.

Morían matando, los viejos esos. Nada quedaba de la frágil juventud que habían ostentado en la época anterior al software y las redes, pero no estaban dispuestos a entregarse. Mientras apuraban copas de ginebra reciclada con gusto a resina o sorbían lentamente el líquido oscuro destilado de escoria de alubias negras, imaginaban cómo fugarse a un universo alternativo.

—Nos queda la fantasía —dijo Bruno. Bruno creía que toda la realidad estaba aprisionada en el espacio comprendido entre sus labios y los de Mimí, un encanto de mujer. Pero Mimí había entrado en el pasado y le resultaría muy difícil sacarla de donde estaba.

—Con la fantasía no se viaja —objetó Wilson. Era, de lejos el más refractario a las búsquedas, el más escéptico. Le decían Wilson porque había vivido en el Gran País del Norte o porque había trabajado en el frigorífico homónimo, no estaba del todo claro. Su verdadero nombre le daba vergüenza

y los demás eran muy respetuosos de esas cosas.

—Lo que quebró los sueños —dijo Laureano, más para ayudar a Bruno que para refutar a Wilson— es que dejamos de creer en ellos. Pensamos que las imágenes electrónicas eran un buen sustituto, el método que venía a reemplazar a los sueños, que tantas veces son pesadillas, y nos cansamos de luchar. Ahora somos demasiado viejos para tomar las armas de nuevo.

—En el bar del barrio sur, ya saben, el de Boedo y San Juan —dijo Fermín, como si no los hubiera escuchado—, Morovic y sus amigos están quemando la ilusión con sueños sintéticos. Se conectan a la red de psicóticos del Borda con terminales térmicas que sacaron de la Quema y alucinan coágulos de oscuridad, herramientas fractales, buzones rojos y taitas muriendo su canción.

—¡Qué poético, che! —dijo Laureano.

Alentado por las palabras de Laureano, Bruno cantó:

—"Mujer de mi poema mejor... Mujer, yo nunca tuve un amor... Perdón, si eres mi gloria ideal... Perdón, serás mi verso inicial..."

La voz de Fermín, reptando en la atmósfera viciada por las drogas sintéticas que el gallego Mouriño mezclaba en la trastienda del bar para agregar a los restos de coñac que exprimía de las botellas casi vacías, sonó para siempre, pegó la vuelta en el codo de Dorrego y se metió de cabeza en una madrugada de agosto, fría como la nariz de un esquimal, sesenta años atrás.

—¿Funcionó? —Wilson estaba perplejo. La calle Corrientes lucía como en la época de Illia, cuando el brillo de las películas de Fellini apagó por un rato la rabia de la derecha demente.

—Funcionó, por supuesto —dijo Bruno—. Aquí tienen el motivo por el cual nunca perdí las esperanzas.

Para corroborar la afirmación, Mimí entró al bar, con su manera sin par de mover las caderas. El cabello rubio le caía sobre los hombros y una sonrisa pícara le bailaba en la boca.

—¿Fuimos nosotros o vino ella? —Laureano tocó las protuberancias que sobresalían de los implantes en dos o tres lugares; no tenía eso sesenta años atrás.

—¿No les dije que al amor hay que darle alas de fantasía? ¿Les dije o no les dije? —Bruno estaba eufórico; fue al encuentro de la mujer y la abrazó y la besó en la boca y los ojos.

—¿Dijiste eso? No me acuerdo. —Wilson le hizo una seña a Mouriño para que le trajera un vaso de agua; tenía que tragar algunas gotas de hiadizina para estar seguro de que no se había metido en una nueva alucinación polimórfica.

—Ocurrió cuando él cantó —dijo Laureano señalando a Bruno—. Rubia y dulce Mimí, ¿adónde te habías metido?

La mujer se separó de Bruno sin dejar de sonreír y dijo con toda seriedad: —Estuve muerta, todo el tiempo.

—¡Al carajo! —gritó Wilson. Barrió los pocillos y las copas con el brazo y los arrojó al piso, lo que obligó a levantar la vista a otros parroquianos, inmersos en sus propios asuntos. La zona liberada crecía como una mancha de polietileno derretido y espirales de hilo negro se elevaban hacia el techo formando una intrincada red de reflejos por efectos del neón de la vidriera.

—¡Pará, loco! —dijo Fermín. No se podía levantar de la silla, pero le resultaba perfectamente claro que lo que estaba sucediendo ya lo había soñado en París, en la época que era un refugiado político.

—Tranquilos —dijo Mimí—. Les puedo explicar todo.

Si la bruma ácida era capaz de recrear sin errores el cuerpo y el alma de los muertos, la nueva pesadilla artificial los tenía agarrados del cogote; una sensación de agobio los cubrió por completo.

Wilson se serenó, levantó la silla y le hizo una seña para que se detuviera a un negro enorme que se había desplegado en etapas hasta ocupar todo el horizonte. El negro parecía dispuesto a desarmarlo pieza por pieza. Wilson estaba construido con más de cien mil piezas.

—Si te llevara afuera de este lugar —dijo Bruno con los ojos llenos de lágrimas—, ¿seguirías existiendo?

Mimí no contestó de inmediato. Se acercó a la mesa, retiró una silla y se sentó, anticipándose al gesto galante de Laureano. En sus pasos se adivinaba cierto cansancio, como si hubiera caminado años y años sin parar. Wilson y Laureano también se sentaron.

—Si les digo que la gloria del pasado es un fármaco sintético, urdido por un virus creado de apuro, por aquellos muchachos del viejo café...

—¡Ni digas esas cosas, Mimí! —gimió Bruno—. No puedo pensar que tu existencia depende de la ingeniería química, o de un simulacro creado por los diseñadores de sueños... y menos por los caprichos de esos... de esos...

—¿Por qué no? ¿Sería mejor si les dijera que funcionó como un conjuro, a la vieja usanza?

Hasta Mouriño alzó las cejas al oír la palabra que vinculaba el mundo de los sentidos, el mundo que podía manipularse con sustancias de síntesis y el software adecuado, con el impredecible y ambiguo mundo mágico.

—¡No estás hablando en serio! —Fermín buscó con la mirada y halló lo único que cabía en el escenario que habían creado: un elemento disruptor, un factor aleatorio e inesperado que abortara el avance incontenible de una falsa realidad. Recortadas en la puerta del bar, las odiadas figuras de Morovic y sus amigos proyectaban sombras sobre la tenue fosforescencia. Llevaban, como siempre, los

cascos de conexión a la red de psicóticos del Borda, aunque a Bruno le parecieron los fantasmas de los drugos de Burgess, con bastos de madera en las manos, listos para hacer un desastre.

Bruno fue el primero que advirtió lo que ocurría. Extendió el brazo para retener a Mimí, pero la mano atravesó el cuerpo de la mujer, quien sin dejar de sonreír empezaba a despedirse.

—Fue hermoso, muchachos —alcanzó a decir. Antes de que Morovic y sus amigos llegaran a la mesa se había desvanecido en el aire; una formación de reflejos de neón cromático y chisporroteos azules se entrelazaron, ocupando el espacio que un instante antes pertenecía a su cuerpo.

Laureano, con los ojos fuera de las órbitas, advirtió de inmediato que el arabesco de fluidos acuosos que quedó grabado en la bruma era el nombre de la mujer: un nombre escrito por la mano del pasado.

—En la vieja mesa del café del barrio sur, en Boedo —dijo Morovic sin pestañear— hemos grabado los nombres de todas las mujeres que conocimos, ¿se dan cuenta de lo que significa?

Bruno dejó colgar los brazos, vencido. ¿La había perdido? ¿Acaso alguna vez la había recuperado? No tenía fuerzas para pelear con Morovic, como había hecho tantas veces. Combate dialéctico. ¿Para qué? Ambos estaban demasiado viejos para seguir esa guerra.

—Váyanse —dijo Wilson—, déjenlo en paz.

Morovic y sus amigos giraron al unísono, como maniquíes montados sobre ejes de cromo, y se perdieron entre las sombras de Corrientes.

—Se van por donde vinieron —dijo Fermín.

—Anoche —dijo Bruno apesadumbrado—, el mismo demonio, en otro lugar. Es una sombra que me persigue.

—Hay que correr algunos riesgos —dijo Laureano—, si uno se empeña en recuperar el pasado.

—Mouriño —dijo Fermín—: traiga algo fuerte, que nos reviente el coco, por favor, gallego. —Mouriño se encogió de hombros. Eran buenos clientes los viejos; siempre pagaban, y ni siquiera discutían el precio. Mezcló un poco de Pernod, que siempre guardaba para las ocasiones especiales, con el contenido de un sobre de novizone. ¿Querían volarse el coco? Les daría con qué. Cubrió la distancia que lo separaba de la mesa y sirvió la mezcla en los mismos vasos sucios de mil sustancias. Por lo que podía importar...

—Al volver... al volver al lugar en el que estaba... —Bruno se atragantó con el Pernod; todavía faltaba mucho para que el novizone le hiciera efecto.

—No estaba en ninguna parte —dijo Laureano—. Tendrás que acostumbrarte a vivir con el recuerdo, como hasta ahora.

—¿Se dieron cuenta de su apariencia frágil, de su tersa juventud, incorrupta? —Bruno estaba a

punto de caer al abismo. Fermín lo instó a que bebiera el Pernod con novizone hasta el final y tuvo éxito. La voluntad debilitada por la nueva realidad que empezaba a construirse puertas afuera del bar, evocaba los perfumes y las formas del pasado. Fermín le guiñó el ojo a Laureano y una mueca, lo más parecido a una sonrisa que cabía en los labios del viejo, se dibujó durante un instante.

—De un olvido pueden sacarse varios recuerdos —dijo Wilson, ni más ni menos áspero que otras veces.

—De una mujer que se durmió sin querer pueden sacarse varias vidas vírgenes, sin usar —dijo Bruno, como si estuviera de regreso, victorioso. El novizone estaba haciendo un buen trabajo, aunque casi con seguridad no le permitiría ver la luz del día siguiente.

En el espacio vacío, sobre listones de metal opaco, entre cables retorcidos y programas de estímulo sintético múltiple, los mesiánicos barbudos cantan sus últimos poemas. Están casi ciegos y casi no se dan cuenta cuando el café de ayer naufraga miserablemente en el mañana. Pero doy fe de que naufraga. Puntualmente. Todos los días. A la misma hora.

UN DÍA CUALQUIERA

Era el primer día de otoño, imagínense, o el 13 de septiembre, no importa. Una noche sin música, para aumentar la confusión. En algún lugar lejano, aunque no tanto, ya que se podían oír claramente los quejidos de los moribundos, se estaba librando una guerra. Ya saben cómo es esto: la guerra empieza por allá, o por más allá, pero siempre se extiende como una mancha de tinta sobre un mantel de lino, avanzando, siempre avanzando, acercándose a tu ciudad, a tu barrio, a la puerta misma de tu casa; las guerras, antes, ahora, tienen ese rostro tan familiar: calaveras descarnadas que deciden instalarse en tu sala, comer tu cena, beber tu vino y acostarse con tu mujer, después de hacerte a un lado como a un mueble viejo.

Estaba pensando en eso cuando me descubrí caminando sin placer por una calle oscura de un barrio pobre, periférico, cuidando cada paso y dándole la razón a los que aseguraban que presenciábamos las primeras maniobras de un largo y complejo suicidio. Me detuve en una esquina, junto a una ventana abierta y sin dudar un momento, sin ningún pudor, observé la habitación en la que un hombre viejo, sentado en una mecedora, rígido como una piedra, con la mirada perdida en el vacío gemía una tonada más antigua que el viento. No comprendo cómo supe que la tonada, el viejo y la guerra que se libraba muy lejos de allí estaban enlazados; la configuración, casi idéntica a otra, producida muchos años atrás, evocaba el día en que mi abuelo había quedado atrapado en una red de circunstancias similares, fortuitas y adversas, que convergieron en su muerte. Desalentado, desvié la mirada. Para recordar no son necesarios los ojos, me dije. Hubiera querido arrancármelos y guardarlos en el bolsillo del abrigo, pero no lo hice. De todos modos, a partir de ese momento los recuerdos fluyeron en orden, con la precisión de un mecanismo. El primer movimiento del adversario parecía haberse completado.

¿Por qué había muerto mi abuelo? Es decir, no pregunto la razón metafísica de la muerte: tal vez estaba escrito en algún libro o simplemente el azar rozó con su ala ese lugar en ese instante. ¿Por qué había muerto en ese momento, en ese lugar? ¿Por qué no intervino algún agente, una providencial y mágica mano que supiera retorcer el espacio, desviar la bomba, detenerla en el aire sin explotar, a pocos centímetros de su cabeza? Lo pensé entonces y lo pienso ahora, cuando todo lo que debía suceder ya ha sucedido.

El viejo se mecía en la silla y canturreaba, tal como lo hizo mi abuelo mientras los aviones se desprendían del cielo sin nubes como gotas de aceite, lentos, en racimos. Dirán que lo estoy imaginando, que se trata de un truco de la mente, que yo no pude haberlo visto; es cierto. Pero oía los

truenos, cada vez más cercanos; podía oler la sangre y tocar el espacio encallecido con las yemas de los dedos. ¿Para qué necesitaba los ojos?

Mi abuelo no sabía, es cierto, cuánto faltaba para que el infierno se desencadenara. Estaba tranquilo, esperando la hora del té. Tampoco lo sabía el hombre sentado en la mecedora, como ausente, que canturreaba su tonada antigua. La guerra está lejos, pensaba, tal vez, o quizá no pensaba para nada en la guerra. Prefería pensar en otras calamidades, más cercanas y nocivas. Si le alcanzaría el dinero para comprar la comida, si lo echarían a patadas de esa pieza; no pagaba el alquiler desde hacía tres meses; hacía tres años que cobraba exactamente lo mismo: una pensión miserable. Esas cosas pensaba el viejo. La guerra era invisible, inexistente, nula.

Fue en ese momento que comprendí que mi adversario, fuera quien fuese, esperaba que yo realizara el siguiente movimiento.

De acuerdo, pensé: el siguiente movimiento, lo haré. El viejo se mecía y canturreaba. Yo busqué un lugar donde sentarme y hallé un cajón de manzanas vacío. Comprobé que era capaz de sostener el peso de mi cuerpo y me instalé en la misma posición que utilizaría un jugador de ajedrez. Apoyé los codos en los muslos y la cabeza en la palma de las manos tras unir las muñecas formando el cáliz de una copa, o una vasija. Supe que cualquier observador vería en mí el remedo de un cuadro pintado por Bezhn Shvelidze, “Problema de tiempo”, se llama el cuadro. Eso hace la figura pintada. ¡Cómo me gusta ese cuadro! Analizar. Reflexionar. La siguiente jugada. Siempre pensamos en la próxima jugada como si fuera capaz de solucionar todos los problemas creados por las que la precedieron. Miré fijamente al viejo, del otro lado de la ventana y vi el 13 de septiembre de 1939, lo vi con absoluta precisión, con una claridad que no necesitaba de los ojos, como un ajedrecista avezado ve todas las tramas que entrecruzan las posibles trayectorias de las piezas.

El 13 de septiembre de 1939, el pueblo de Frampol, Lublin, Polonia, con una población de 3000, sin ejército o blancos industriales, ni cualquier defensor del ejército polaco, fue prácticamente aniquilado por la Luftwaffe en un bombardeo “de práctica”. El pueblo en el que vivía mi abuelo fue escogido porque los aviones, volando a baja velocidad, no podían ser víctimas del fuego antiaéreo. También porque la plaza central del pueblo era un punto de orientación ideal para las tripulaciones. Tengo dos fotografías: una anterior y otra posterior al bombardeo. En la primera se ve el pueblo; en la segunda un gran machón blanco y algunas líneas oscuras que convergen sobre el presente como una acumulación de brumoso maíz inflado y barras de chocolate.

Levanté la vista y observé el cielo azul brillante; nada de bruma. En ese momento, la inocencia de la noche, la calma abisal de la atmósfera clamaban que yo estaba loco, que había imaginado una guerra y

trucado un par de fotos para sentirme víctima de una grosera injusticia. Doble fraude. Había imaginado dos guerras y trucado millones de fotos para sentirme víctima de varias monstruosas injusticias. Cuestión de magnitudes. Bien. Las agujas corren. Debo jugar o perderé por tiempo, inexorablemente, tengo el mismo problema que el jugador de la pintura. Miré al viejo, que seguía en la misma posición, ajeno a todo. Como un ajedrecista que se precie de serlo, sabía que cuando el tiempo se agota uno piensa más en el reloj que en la partida. Pero hay que tomar una decisión, mover, mover alguna pieza, moverla.

Abandoné la posición contemplativa, con los brazos apoyados en los muslos y la cabeza entre las manos. Puse todos los músculos en acción y salté hacia la ventana abierta como quien se mete en un cuadro de Rubens o Velázquez. Esos sí que pintaban grandes cuadros.

Al verme irrumpir en su habitación y en su calma, el viejo me miró con los ojos desorbitados. Yo era, a todos los efectos, un intruso, un ladrón que se proponía despojarlo de lo poco que tenía. Por lo tanto, mi primer gesto fue de advertencia. Puse un dedo sobre los labios y con la otra mano le indiqué inequívocamente que esperara, que permaneciera en calma, que confiara en mí. Excesiva carga para una simple mano. No obstante, sirvió. El anciano se relajó en su mecedora y se dispuso a escuchar mis argumentos. No los hubo, por supuesto. Lo arranqué de la mecedora y me lo cargué sobre los hombros. Pesaba menos que un almohadón de plumas. Atravesé la habitación y confié en que la puerta no estuviera cerrada con llave; no estaba cerrada con llave. Salí a la calle y empecé a correr. El viejo no protestaba, aunque en la tensión de su cuerpo percibí el miedo. Temí que se orinara, mojándome la espalda, pero por alguna razón inexplicable, a medida que poníamos distancia, se iba tranquilizando. Corrí, no sé, diez, quince cuerdas. Con el aliento entrecortado me detuve en una esquina y deposité al viejo en el suelo.

—¿Por qué lo hizo? —dijo, con voz temblorosa.

—Escuche —respondí. Puse una mano en la oreja y lo invité a hacer lo mismo. A lo lejos, se dejaban oír las explosiones de las primeras bombas.

—¿Truenos? —dijo el viejo mirando hacia lo alto. El cielo azul brillaba sin matices y las estrellas parecían colgar como faroles. Hacía siglos que no se veía una noche como esa—. No pueden ser truenos.

—Bombas —repliqué, lacónico, sin deseos de explicar nada.

—¿Bombas?

—Bombas —repetí—. Un bombardeo; hay una guerra, una nueva, o la misma de siempre. —Era difícil de creer. Bombas. Tardíamente llegó el sonido de los aviones de la Luftwaffe que, una vez

descargada su mercancía se elevaban en dirección al norte, dejando atrás el objetivo demolido. Ondulantes lenguas de fuego y humo subieron hacia el cielo como si fueran entidades capaces de absorber la luz, capaces de comerse los colores, los brillos, los tonos del aire.

—¿Bombardearon mi casa? —El viejo estaba desolado. —¿Qué les hice, yo? Nunca le hice mal a nadie.

Le pasé un brazo por el hombro y lo atraje hacia mí. —Usted, nada, por supuesto. Nadie les hizo nada, nunca. Pero a ellos eso no les importa. Venga, vamos. Quiero que conozca a una persona.

—¿Quién es usted? ¿Un ángel, un demonio?

—¿Cree en esas tonterías?

—No. ¿Quién es, entonces?

Sin agregar una sola palabra lo conduje a través de las calles vacías, extrañamente solitarias. El silencio se propagaba, continuo, perpetuo, aunque ya debía haber bloqueos en numerosos lugares para dejar pasar a los equipos de bomberos que se dirigían a apagar los incendios. Habíamos quedado en una zona hueca; los autos y camiones se verían obligados a dar grandes rodeos. Dejamos atrás una serie de pasajes estrechos, tortuosos y llenos de basura; aquí el pavimento aparecía mojado y brillante; los semáforos se abrían y cerraban, solitarios e inútiles en las intersecciones. Llegamos a mi casa cuando una cúpula de rojo resplandeciente ya cubría totalmente la ciudad y proyectaba largas sombras, como en un atardecer de verano.

En la oscuridad de la sala, mi abuelo se mecía en una silla y canturreaba una tonada más antigua que el viento.

—¡Abuelo! —exclamé; ignoraba la palabra que debía designarlo en su idioma. ¿Dzeide?

El hombre iluminó el ambiente con su mirada. Tampoco para esto hacen falta los ojos, parecía decir. Pero estaba seguro de que no entendió la palabra.

—¿Quién es? —dijo el viejo que yo había rescatado.

—Mi abuelo. Debería haber muerto en Polonia el 13 de septiembre de 1939, en el pueblo de Frampol, Lublin, pero está aquí, ahora; no sé cómo ocurrió. Por lo visto he logrado torcer la historia o lograré torcerla. —Hablaba atropelladamente. El milagro conseguido superaba con exceso mis propósitos. Mi abuelo nos miraba con ojos desorbitados. Acababa de advertir que no estaba en su casa, en el shtetl en el que había nacido y en el que suponía que iba a morir, aunque no de esa forma.

—¿Cómo le va, abuelo? —dijo el anciano que yo había rescatado de una muerte segura; tendió la mano. Mi abuelo abrió la boca y emitió unas palabras incomprensibles. Hablaba en idish, por supuesto, pero con un acento que yo no podía desentrañar—. ¿Qué dice?

—No sé; yo tampoco entiendo el idioma.

—¿No entiende a su abuelo?

—No entiendo nada. No debería estar aquí. Tendría que haber muerto hace más de sesenta años. — Miré a ambos viejos y descubrí un sospechoso parecido. La luz era escasa, pero sentí durante un momento el tenso equilibrio, aunque seguía sin comprender lo que ocurría. ¿Era posible que al cambiar la posición de un elemento el efecto multiplicador hubiera alcanzado los hechos del pasado?

—El pasado no es un lugar cristalizado —dijo el viejo, contestando a mis pensamientos. Dejó vagar la mirada de un lado a otro de la habitación y de pronto clavó los ojos en el vacío de la pantalla de televisión y la contempló con expresión lúgubre, incrédulo, enojado, mientras sus uñas arañaban la superficie de la mesa; el chirrido era insoportable. Mi mente sólo parecía capaz de pensar en una barraca colmada de cadáveres.

—Shaj —pareció decir entonces mi abuelo. Su rostro se iluminó aún más intensamente y miró al otro viejo con atención.

—Yo no creo en los milagros —me excusé—, pero algún nombre hay que darle a lo que está ocurriendo con nosotros... —Me interrumpí en ese punto porque vi que ambos me miraban atónitos.

—Soy un hombre ignorante, pero siempre pensé que estas cosas podrían pasar —dijo el viejo—. ¿Cuál podría ser la razón para que las cosas no se definan de otro modo?

—Shaj —repitió mi abuelo.

—¿Esta palabra sí la entiende? —dijo el viejo.

—Creo que sí. Es muy parecida en muchos idiomas. Quiere decir ajedrez.

—¿Querrá jugar una partida? —Los ojos del viejo también se iluminaron. Yo me moví hacia un armario en el que guardaba un juego de madera, una buena imitación de un Staunton y el tablero que me había fabricado un artesano de Glew. Puse el tablero y la caja sobre la mesa y empecé a ubicar las piezas. Mis ojos contribuyeron a la orgía de luz. Eran tan radiantes todos aquellos ojos que hubieran sido innecesarias las lámparas.

—Adelante —dije cuando las treintidós piezas ocuparon sus lugares iniciales—. Jueguen.

—¿No tiene un reloj? —dijo el viejo. Mi abuelo pareció entender y movió la cabeza, apoyando la iniciativa. Suspiré y saqué del armario el viejo Roa que me había legado el doctor Campos antes de irse a radicar a Alemania. Le di cuerda imaginando que seguiría un reclamo porque el reloj no era electrónico.

—¿Algo más? Tal vez quieran butacas más cómodas o un fiscal profesional.

—No sea tonto, hombre —dijo el viejo—. ¿No se da cuenta de lo que nos estamos jugando?

—Una partida de ajedrez —repliqué—. ¿Qué más? —El viejo sacudió la cabeza e hizo la primera jugada. Mi abuelo respondió. Tras las primeras cuatro o cinco quedó en evidencia que los dos sabían bastante del asunto. Una variante Najdorf clásica en la defensa Siciliana. Era más extraño de lo que cualquiera que no conozca el juego podría suponer. Najdorf llegó de Polonia a la Argentina el 24 de agosto de 1939 y de inmediato se sumergió en la vorágine del Torneo de las Naciones que se disputaba en ese momento en Buenos Aires. El 13 de septiembre, mientras Frampol era bombardeada por la Luftwaffe, le estaba ganando su partida a Ilmar Raud, un alemán, tal vez un nazi, o no, vaya uno a saber. La mínima revancha de Miguel era nada si se la compara con la destrucción de Frampol. Algunos de los muertos eran sus primos. Poco tiempo después toda la familia de don Miguel murió en los campos de Auschwitz o Dachau. Despejé de mi mente cualquier intrusión ajena al problema. El 13 de septiembre de 1939 esa variante no existía, ni siquiera para su autor; ¿cómo la conocía mi abuelo?

La partida entre los dos viejos seguía desarrollándose dentro de los cánones de la más pura ortodoxia. Por lo visto ambos jugaban tanto o mejor que yo. En un momento el viejo, tras hacer una jugada sólida, alzó la vista y me miró a los ojos. —Hay que consolidar la posición —dijo. Hay que consolidar la posición, repetí para mí; no hay que arriesgar, no hay que ser audaz: hay que consolidar la posición. ¿Significaba eso lo que yo suponía?

La partida se hundió en el tiempo. Mi casa se hundió en el pasado. La jugada que el viejo debería haber hecho, volando el centro negro, era la versión a escala del bombardeo “de práctica” efectuado por la Luftwaffe sobre Frampol. La jugada que hizo, consolidando la posición, operaba como un lazo que unía a Frampol con Buenos Aires, 1939 con el presente. El pueblo en el que vivía mi abuelo fue omitido porque los aviones, aún volando a baja velocidad, no podían verlo. De nada sirvió que la plaza central del pueblo fuera un punto de orientación ideal para las tripulaciones; no había plaza, no había pueblo. Puedo imaginar la expresión de incredulidad de los pilotos, pero en realidad no me importa.

Tampoco importaba ya la posición de la partida que disputaban el viejo que yo había rescatado de una guerra y mi abuelo, rescatado de otra por fuerzas que no entendía, pero que sin lugar a dudas operaban con toda efectividad. ¿Preferirían llamarlo magia? Yo no; soy una persona que no cree en esas tonterías. No obstante, estaba perfectamente claro que mientras los dos viejos siguieran jugando al ajedrez el puente entre el presente y el pasado no se rompería.

Les hice una seña para que siguieran tranquilos. Dos, cien, un millón de partidas. No tenía el menor apuro. Fui a la cocina y empecé a preparar el té. Verifiqué que hubiera limones (los polacos toman el té con mucho limón) y pensé cómo le gustaría al otro viejo. Lamenté no tener el samovar que una tía se empeñó en regalarme y yo rechacé por considerarlo un trasto ridículo.

EL HOMBRE INVISIBLE Y SUS SECUACES

Se despertó antes de tiempo, con la certeza de que todavía no eran las seis. Y sin embargo, estaba seguro de no haber sentido la transición que anticipa un despertar ordinario. Era como si la vigilia hubiera llegado por efecto de la supresión del sueño y no como su consecuencia.

Me lo robaron, pensó. Las palabras se formaron, estallaron y se volvieron a formar. Me lo robaron, repitió el pensamiento. Le habían escamoteado un derecho básico; y si los conocía un poco, estaba seguro de que no se lo devolverían jamás.

Abrió los ojos y vio los relámpagos revoloteando como pálidas cicatrices sobre los objetos de la habitación. Cada herida profetizaba una tormenta definitiva y se abría paso hacia las ruinas de la memoria. La noche había permitido sueños y pesadillas, y aunque era incapaz de recordar un solo detalle con precisión, sabía que esos sueños estaban contruidos por una legión de seres transparentes que se mimetizaban con los vidrios de las ventanas y robaban imágenes de humo moviendo sus dedos como colibríes en los bolsillos traseros de una multitud de dentistas, buhoneros y manosantas reunidos en el parque por un titiritero loco, pero efectivo.

Las primeras gotas, gruesas como almendras, golpearon el techo de zinc del cobertizo. Allí guardaba la máquina de inducir sueños que había fabricado en previsión de acontecimientos como los que le estaban sucediendo, aunque no descartaba que también se pudiera utilizar algún día para seducir a las muchachas. Adoraba a su máquina, aunque jamás le había dado una sola prueba concreta de que fuera eficaz. Trató de luchar contra la congoja que le impedía respirar. Ya no tenía sentido seguir adelante. Si eran tan poderosos como para escamotearle los sueños, no tendrían ninguna dificultad para reventarle las ilusiones pinchándolas con alfileres invisibles.

Se levantó. El contacto del linóleo húmedo y pegajoso le devolvió una porción de realidad cotidiana que creía perdida. Pero de inmediato descubrió que los ladrones no se conformaban con hurtos sutiles, casi líquidos. No tenía hambre. ¿Tiene sentido descubrir que no se tiene hambre antes de las seis? Tal vez no sirviera como evidencia ante un juez celoso de su trabajo, pero él estaba seguro de que no se trataba de una ausencia casual y momentánea. La falta de hambre se comportaba como un hecho positivo y estaba lejos de cualquier clase de pérdida efímera. No era, finalmente, como la saciedad que sigue a un buen desayuno o a un almuerzo.

Una sucesión de truenos lo sobresaltó. Afuera, sobre el oscuro amanecer otoñal se extendía una

maraña de nubes negras; había tormenta para todo el día. Decidió armarse de paciencia para evitar que el comienzo poco auspicioso terminara convirtiéndose en un calvario, aunque la sospecha de que no habría posesión libre de amenazas se materializó con forma de serpiente y se enroscó alrededor del bonzai.

Con la febril urgencia de la tempestad que rabiaba en las calles por toda compañía, perdió la mañana acomodando los cajones, archivando papeles, revisando fotografías, seleccionando ropa en desuso y descartando frascos de pastillas vencidas tres, cuatro años atrás. Tardó demasiado tiempo en advertir que también le habían depredado la paciencia, y cuando lo hizo la lluvia empezaba a parecerse a los cazadores invisibles que lo hostigaban.

—¿Qué más quieren? —gritó al aire, compitiendo con más y mayores descargas eléctricas. El grito sonó como el graznido de un trombón entre risas de timbales y tambores. Sin embargo, la respuesta le llegó clara y audible desde un ángulo de la habitación, un rincón neutro que no pertenecía al bonzai, a la cama o a la ventana.

—Queremos todo lo que se pueda sacar sin destruir el envase. —El sonido de las palabras era artificial, como si hubiera sido compuesto fonema por fonema en una licuadora, pero el sentido resultaba inequívoco.

—¡Váyase al carajo!

El hombre invisible que había hablado y dos o tres de sus secuaces de la banda se rieron a carcajadas. La idea de que la víctima pudiera llegar a exasperarse añadía un toque de emoción a la cacería. El cascabeleo sobre el tinglado que protegía la máquina también se transformó y hubo notas agudas en por lo menos tres sitios distintos: en el tinglado mismo, en las gargantas de la gente de la banda invisible, en el recuerdo de las pérdidas irreversibles. Perdidos el sueño, el hambre, la paciencia, sólo restaba sentarse a esperar las siguientes artimañas. Entonces se sentó a esperar como quien espera una carroza negra tirada por una yunta de azabaches. No le costaba demasiado, ya que la incapacidad para dormir y por ende para soñar, le permitía pensar vívidamente en una mujer y una hija que había tenido, muchos años atrás. Era casi mediodía y el hambre tampoco se hacía presente, por lo que siguió pensando en su familia un rato más, aunque sin ansiedad, ni apuro.

La banda, que seguramente se había tomado un tiempo para comer, volvió a entrar en acción después de las catorce.

Un momento antes había estado recordando un día de lluvia parecido a éste, cuando Marcela aún concurría al jardín de infantes y Laura trabajaba en la Galería Internacional. Había sido una época feliz en todo sentido, aunque él no lo advirtiera mientras transcurría. La lluvia golpeaba el parabrisas con tal

intensidad que no tenía más remedio que adivinar por donde conducía. Laura y Marcela se divertían como locas observando a la gente empapada, sorprendida por la lluvia sin paraguas, mientras él se esforzaba por no chocar o algo peor.

Sorpresivamente sólo quedó la tormenta chata, gris y destemplada del presente. El hombre invisible y su banda habían lanzado un nuevo zarpazo.

—¡Los recuerdos no! —gritó, desesperado.

—¿Por qué no? —dijo uno de los de la banda.

—Porque es lo único que me queda.

—Lo único no —dijo el hombre invisible.

—Lo único de valor, quise decir.

—Error —dijo otro de los secuaces del hombre invisible—. ¿Se lo digo, jefe?

—No le digas nada; todo lo que él nombra se devalúa.

Todo lo que nombro se devalúa, pensó, consternado. Es un poco cierto. Quiso recuperar lo que tenía en la cabeza antes del diálogo con los bandidos, y no pudo. Una mancha blanca, que empezaba en las ventanas acribilladas por gotas de lluvia, se prolongaba a lo largo de la autopista vacía. Tenía la sensación de haber poseído algo que ahora, por segunda vez, le era arrebatado. Estoy condenado, pensó; la autopista era recta, inalterable, incorruptible, y ni siquiera el horizonte parecía un obstáculo. Pero lo retenía una fuerza que no tenía explicación; no hubiera podido pisar la mancha ni por todo el oro del mundo. Así que estoy perdido, pensó.

—De acuerdo —dijo ofreciendo las palmas de las manos como nubarrones gastados por el agua—, llévense lo que queda.

—¿Así, de golpe —dijo uno de los de la pandilla—, en una sola jugada? —insistió, casi incrédulo.

—No debe faltar mucho, creo.

—Es cierto —dijo el hombre invisible—. No falta mucho. Pero las capturas masivas le quitan todo el encanto al asunto.

—En cambio —dijo otro de los de la banda—, el mayor refinamiento se obtiene desmenuzando la personalidad módulo por módulo.

—No sabía que la personalidad de un individuo estuviera formada por módulos. ¿Cómo son?

—Docenas de módulos independientes, autárquicos —dijo el jefe de los invisibles—. Podríamos extraerle el módulo de la voluntad y convertirlo en una hoja de acelga.

—O quitarle el de la represión de los bajos instintos, transformándolo en el señor Hyde.

—¡No puede ser! Eso demostraría que soy un simple rompecabezas, un meccano de carne y huesos,

un gólem.

—¡Exactamente! —dijo el hombre invisible con un chillido de placer—. Ha captado la idea en toda su extensión.

Como obedeciendo a una orden puesta en marcha por el énfasis del hombre invisible, la tormenta se apagó. El duro silencio que siguió a tantas horas de repiqueteos y detonaciones tenía la textura de una plancha de acero. Y le produjo dolor, un dolor ácido, tal vez menos soportable que otras pérdidas de ese mismo día.

—Sigán —dijo forzando la vista en dirección a donde —suponía— estaban los de la banda. Contrariamente a lo esperado, el esfuerzo no fue inútil; el contorno de cuatro figuras se dibujó contra la pared con la nitidez de una medusa flotando en el mar, a pocos centímetros de la superficie. Eran los mismos seres transparentes de los vidrios, los ladrones de imágenes.

—Lo vamos a desenterrar de esa ansiedad que lo está matando —dijo el hombre invisible—. Ya debe saber que muerto o malogrado no nos sirve para nada. —Pero no advirtió que ya no era totalmente invisible a los ojos del otro.

—Muy efectivo. En este mismo momento he dejado de sentir ansiedad. Puedo igualar perfectamente la aptitud vital de unas espinacas a punto de ser tragadas por Popeye el marino.

—¡Un momento! —dijo uno de los de la banda—. Sería negativo que interpretara esto como una especie de tortura. No somos torturadores.

—¿Ah, no? ¿Y qué son?

Cuando lo dijo no estaba pensando en los torturadores tradicionales, los de potro, picana o submarino. Más bien pensaba en aficionados poco sutiles, como un tío que te miente acerca de la verdadera naturaleza del amor, o se burla de tu torpeza para seducir a las muchachas. Aunque, si no eran una clase especial y elusiva de torturadores, ¿qué eran?

—Pobres desgraciados —contestó el hombre invisible—. Más desgraciados que usted, a quien le robamos los sueños, el hambre, la paciencia, los recuerdos felices y la ansiedad; aún vacío sigue siendo más que todos nosotros juntos.

—No se puede ser más desgraciado que la víctima.

—¿Está seguro?

La habitación se oscureció como si hubiese caído de cabeza en un lago de tinta. Era imposible saber si la noche jugaba con nuevas reglas o si la tormenta preparaba otra embestida. De un modo u otro la banda volvió a la invisibilidad y la pregunta retórica del jefe quedó sin respuesta.

Cuando las gotas, densas como gelatina, del tamaño de naranjas, empezaron a caer sobre el

cobertizo, tuvo la seguridad de que el sueño había terminado. Miró el reloj. Las siete. Eso era tan engañoso como el sueño mismo. Se vistió con lentitud y salió al patio. La máquina estaba bien protegida y no se había filtrado ni una gota. El daño que puede llegar a sufrir una máquina tan sensible y delicada es incalculable, especialmente si la lluvia está formada por sustancias extravagantes.

Pasó varias veces el dedo por el chasis pintado de azul cobalto y sonrió. Aunque nunca había probado la máquina sobre una muchacha verdadera, la ilusión de que lograría un éxito rotundo lo acompañaba día y noche. Dio la vuelta y enfrentó la consola de mandos en la que parpadeaban luces verdes y amarillas. Como la máquina era absolutamente silenciosa no había advertido antes que estaba funcionando, que no había dejado de funcionar en ningún momento. Y su sorpresa aumentó al comprobar que además había estado enfocada en dirección a su dormitorio. ¿Eso significaba que había estado en la zona de influencia de la máquina todo el tiempo? Nunca se había detenido a pensar en las consecuencias de la acción del rayo seductor si se aplicaba al macho humano. Se tocó las sienes que le latían al compás de la lluvia de aceite. ¡Un nuevo golpe de la banda del hombre invisible!

Corrió hacia la calle sin preocuparse por llevar impermeable o paraguas. Debía poner distancia entre él y sus perseguidores y la mejor manera parecía ser desafiando la lluvia de pegamento vinílico que resbalaba desde las nubes más bajas. La pandilla no se atrevería a seguirlo por la autopista con esa sustancia pegajosa cayendo a baldes.

No advirtió que la gente enfocaba hacia él las máquinas más diversas hasta que, extenuado, se dejó caer junto a un pilar. Miró a su alrededor y vio máquinas de transmutar la esperanza, máquinas de infiltrar la fe, máquinas de esterilizar la voluntad, máquinas de compactar la imaginación, máquinas de restringir la ambición. Había más de mil quinientas máquinas distintas, constató, desconcertado.

—¿Se da cuenta, ahora? —dijo el hombre invisible sentándose con la espalda apoyada contra el pilar. Los otros tres miembros de la banda se acuclillaron alrededor.

—¿Por qué apuntaron el rayo seductor contra mí?

—¿Nosotros? —El hombre invisible se tocó la barbilla con el pulgar y sonrió tristemente—. No se da cuenta de nada, ¿verdad?

El paisaje empezó a disolverse como una acuarela atacada por un chorro de agua. Ya no hubo autopista, casas, máquinas, lluvia; sólo quedaban cinco figuras mustias flotando en una bruma lechosa.

—Tendría que haber probado la máquina antes de ponerla en el cobertizo del patio. Tendría que haber enfocado el rayo sobre animales inferiores.

—La máquina no tiene nada que ver —dijo el hombre invisible sacudiéndose el pantalón manchado de polvo—. Si hubiera sido posible habríamos robado la máquina antes que los sueños y todas las otras

migajas.

—Sé que me voy a despertar en cualquier momento.

—¡No se va a despertar un carajo! —exclamó el hombre invisible, exasperado—. Aquí no hay dos niveles de conciencia ni ninguna explicación optativa, por sólida que parezca. Esto —dijo abarcando la bruma con el brazo extendido— es todo, y nosotros...

—Me voy a despertar. Ya pasó otras veces.

—Bienvenido a la banda del hombre invisible —dijo uno de los bandidos extendiendo una mano rosada, limpia.

—¡Un momento! ¿Esto significa que me reclutan para robar los sueños y las esperanzas y los momentos felices de la gente?

Nadie habló durante un minuto. Los de la banda bajaron la cabeza sobre el pecho, como si oraran y permanecieron así hasta que el paisaje volvió a consolidarse. Era un día de sol radiante y los pájaros cantaban sobre las ramas de los árboles de goma que flanqueaban el camino real.

Los cinco miembros de la banda se levantaron, y arrastrando los pies se dirigieron hacia una casa humilde en la que vivía una mujer pobre y sola cuya única ilusión era volver a ver con vida a su hijo, a su nuera y a la pequeña hija de ambos, muertos todos en un lamentable accidente de tránsito en la autopista.

Permanecieron en silencio, mirando a la mujer que dormía, rodeando la cama, hoscos, abrumados y absolutamente invisibles. Pero no le robaron nada.

EL CÍRCULO SE CIERRA

—Buenas tardes, ¿me recuerda? —El hombre que había interrumpido la marcha del coronel Jorge Iribarren era bajo, de tez oscura y pelo crespo; vestía una campera de aviador, pantalones de lona y botas de cuero.

—No, no lo recuerdo —respondió Iribarren—. ¿Debería?

—Creo que sí —dijo el otro. Sacó un cigarrito del bolsillo interior de la campera y lo encendió con la misma mano, mediante un pase mágico, o que pareció mágico a los ojos de Iribarren—. Usted me mató, hace algún tiempo.

El coronel Iribarren se tomó unos segundos. El crepúsculo dejaba paso a la noche. Antes de contestar miró el cielo despejado y la Luna asomando entre los edificios de la avenida. —Ah, sí, aunque no lo recuerdo en particular; maté a varios como usted, pero no suelen volver para hacer reclamos. ¿Está seguro de que fui yo?

—¿De mi muerte o de que usted fue el operador?

—Ambas cosas —dijo Iribarren sin inmutarse. A lo largo de su vida se había visto en situaciones problemáticas y un mitómano no podía ser mucho peor.

—Tal vez me recuerde si le digo mi nombre.

—No lo creo —se apresuró a decir Iribarren.

—Igual. En vida fui el comandante Sampedro.

Iribarren dio un paso al costado con la económica intención de eludir el obstáculo y seguir su camino sin más trámite. Consideraba que, a pesar de lo bizarro de la situación, se había comportado correctamente, sin mostrar hostilidad ni más cinismo del que era habitual en él. Por eso, cuando el tal comandante Sampedro imitó su movimiento y volvió a bloquearle el paso, consideró que el tiempo de la paciencia se había agotado.

—Perdóneme. Vivo o muerto usted está impidiendo mi avance. Mi familia me espera. Ya le he dicho que no lo conozco, que no me consta que yo lo haya matado o que haya dado orden de matarlo. No tuve nada que ver con su muerte, por lo que le vuelvo a pedir, con educación, que salga de mi camino. —Salga de mi camino sonó una octava más alto que el resto de la frase. Al mismo tiempo, como obedeciendo a una señal o un programa, las farolas del parque de la Reconciliación Nacional se encendieron al unísono. Fue como si un relámpago hubiera decidido perpetuarse tras el estallido inicial.

Iribarren parpadeó y Sampedro sonrió. A espaldas del comandante se alineaba una multitud de hombres y mujeres de rostros graves y crispados. Había niños, había ancianos.

—Elija, coronel. Si cree que estoy equivocado, si cree que usted no me mató, aquí tiene una buena posibilidad de reparar el error. Estoy seguro de que asesinó a varios de estos, tal vez a muchos, aunque con uno, como muestra, sería suficiente, ¿no le parece?

La palidez lunar que cubrió el rostro de Iribarren puso en evidencia que esta vez había sido tocado por la pirueta de Sampedro. La multitud parecía haberse movilizado para reclamarle, a él en particular, por las conductas que había observado en el pasado. Vivos o muertos, ahí estaban. Reales o no, ahí estaban. Decidió, no obstante, no resultar obvio, argumentando que había obedecido órdenes de la superioridad. Fiel a su estilo, contraatacó.

—Recuerdo a alguno que otro. A un tal Bernal —dijo—; a Rosa Naranjo, a Bernardo Zelinsky y a un chico que se hacía llamar Metralla, Marcelo Cardoso. ¿Están entre todos estos? —Los abarcó con un movimiento de la mano. —¿Es suficiente?

—Están —dijo Sampedro, muy serio—. Si es suficiente... ya se verá.

Cuatro figuras se desprendieron de la multitud y avanzaron resueltamente hasta quedar dos a cada lado de Sampedro. La mujer llevaba a una niña de la mano. Zelinsky era un viejo decrepito y Metralla y Bernal casi adolescentes.

—¿Son ustedes los que nombré? —dijo Iribarren—. No los recuerdo, no recuerdo sus rostros, por lo pronto.

—La mente selecciona —dijo Sampedro, reflexivo—. Es mejor olvidar algunos hechos, y en esa dirección, nada mejor que olvidar las caras de las personas que uno mató, ¿no le parece?

Iribarren no sintió nada especial al verse rodeado por personas que no sólo aseguraban estar muertas, sino que además lo acusaban de haberlas asesinado. Nada especial; y sabía por qué.

—¿Y ahora? —dijo—. ¿Desean vengarse? ¿Es eso?

Los cinco se miraron entre sí, arropados por un visible desconcierto. Finalmente habló la mujer, Rosa.

—¿Cree que no lo haríamos? Lo despedazaríamos sin asco ni remordimientos. Pero no podemos; los muertos no pueden matar.

—Entiendo —dijo Iribarren—, los muertos no pueden matar. —Su rostro inexpresivo servía de barrera a los imprecisos sentimientos que empezaban a roerlo interiormente.

—¿No tiene miedo? —dijo Bernal. Ahora parecía un hombre calmo y sencillo, no un chico, y mucho menos la clase de alucinado que uno puede liquidar como si fuese una cucaracha.

—¿Miedo de una pesadilla? —Iribarren fabricó una mueca que estuvo a punto de florecer en sonrisa, pero no ocurrió.

—Es eso, entonces —dijo Sampedro—, cree estar soñando. —El comandante se mordió el labio superior y permaneció así unos segundos. Iribarren adivinó que a su adversario no le gustaba el curso que elegían los hechos. Estaba seguro de que esa posibilidad había sido contemplada en los análisis previos, pero no contaba con recursos para convencerlo a él, al coronel Jorge Iribarren, de que no estaba soñando, que aquello no era una simple pesadilla de las que se disipan al despertar.

—Estoy soñando o alucinando —insistió Iribarren—. Una pesadilla puede ser cualquier cosa, incluso este delirio. Empezó cuando usted se cruzó en mi camino, aunque no recuerdo qué ocurrió antes de eso. Mi visión está saturada a partir de un punto del pasado y luego hay un abismo. Pero de algo estoy seguro: ustedes son una creación de mi mente; no existen.

—¿De su mente herida, de su mente enferma? —Sampedro buscaba recuperar la iniciativa, golpear con saña, pero Iribarren sabía que no lograría penetrar su coraza; se sabía duro, muy duro. El fantasma de un muerto no podría con él.

—De mi mente. —Iribarren miró a los cinco en abanico, sin temor ni gracia. Duraba demasiado y era demasiado convincente. Pero nunca lo habían perturbado las demás.

—¿Qué quiere decir? —Zelinsky dio un paso hacia adelante y extendió el brazo. Tenía manos enormes y podría haber estrangulado a Iribarren con sólo una de ellas. —¿Cree que va a solucionar todo esto alegando insanía?

—No creo en fantasmas —dijo Iribarren—. Tampoco creo en la culpa, ni en los mitos, ni en el dolor. En lo único que creo, un poco, es en la muerte.

—¿Por todas esas razones —dijo Sampedro— está convencido de que sueña? ¡Pobre tipo!

Iribarren no se alteró, y encogiéndose de hombros, dijo: —No hay otra explicación. Bastará con que me esfuerce un poco y despertaré. Lo hice otras veces. —Cerró los ojos, apretó los párpados; unas líneas como pentagramas se le dibujaron en la frente; dos o tres verrugas y una cicatriz compusieron una melodía. Pero cuando los volvió a abrir la escena no había cambiado. Por primera vez pareció un poco desorientado.

—Saturada o no —dijo Sampedro— la visión persiste. ¿Qué le queda? ¿Queda algo? Del abismo, digo, de la noche negra. No sueña, no está loco, no alucina. ¿Qué le queda?

—Discúlpeme: no entiendo lo que dice. Tal vez estoy sumido en un trance inducido por una droga. Eso es posible. Alguien me suministró una droga para obligarme a vivir esta experiencia. Pero el efecto no puede ser eterno. Saldré, tenga por seguro que saldré.

El comandante Sampedro resopló. —Es más fuerte de lo que pensaba. No, coronel Iribarren; lo que estamos construyendo para usted no es una pesadilla, es algo semejante a una prisión, se quedará allí

para siempre. Usted no volverá a salir; nosotros nos ocuparemos de que así sea.

—Saldré —dijo Iribarren con la mayor tranquilidad—. No sea necio. Me despertaré. —Hizo una pausa y sacó un cigarrillo. Él no sabía hacer pases mágicos: lo encendió con un fósforo. Luego de exhalar una compleja bocanada de humo apuntó a Sampedro con la misma mano que sostenía el cigarrillo; le temblaba un poco. —Le diré qué haré para terminar de una buena vez con esta ilusión. Ustedes están muertos y bien muertos, mis compañeros y yo nos aseguramos de que así fuera. Por lo tanto voy a arremeter, voy a pasar a través de sus cuerpos, y una vez que esté del otro lado todos ustedes desaparecerán como el humo de este cigarrillo.

—Pero no está seguro —dijo Zelinsky—. Si choca contra los muertos, si no estamos hechos de niebla va a estar metido en un grave problema, ¿no es cierto?

Iribarren pensó en la raíz del problema. Era exactamente lo que el muerto había dicho: debía arriesgarse y probar la consistencia de la muralla. Pero, ¿y si los muertos eran sólidos? ¿Qué haría luego?

—No tiene necesidad de hacer la prueba —dijo Sampedro, petulante—. Crea en mi palabra y acepte mansamente su destino. ¿Nunca le pasó por la cabeza que tendría que pagar por lo que hizo?

El coronel sintió que una marea incontenible subía hasta su boca: una carcajada, y esta vez no la impugnó. —¿Castigo? ¿Se cree que hicimos lo que hicimos para pasar el resto de nuestras vidas esperando ser castigados por la misma voluntad que armó nuestras manos? Nosotros sabemos reconocer cuando Dios nos circula por las venas, mezclado con la sangre. ¿Acaso ustedes dudaban al matar a los nuestros? ¿Su religión no es parecida a la nuestra?

El paraje en el que miles de muertos y el asesino permanecían de pie, cruzados como si se tratara de un tablero de ajedrez y ellos las piezas, recuperó de pronto su protagonismo. El parque de la Reconciliación Nacional volvía a ser el yermo erial de la batalla. Una única garganta —la multitud allí reunida— rugió un alarido puro y el coronel Iribarren no pudo evitar estremecerse.

—No, no dudábamos —dijo finalmente Sampedro.

—Pero tampoco dudaremos ahora —dijo Zelinsky mostrando el puño a centímetros de la nariz del militar.

Iribarren abrió los ojos como mandíbulas y los hizo chasquear. Los muertos retrocedieron.

—¿Se dan cuenta ahora? —dijo Iribarren—: ustedes no son nada, humo, niebla, vapor, condensaciones de mis propias dudas, ya que no me permito sentir culpa alguna por lo que hice, por lo que hicimos.

—Estamos empatados, Iribarren —dijo Sampedro, regresando a la posición anterior—, y atesoramos

una pequeña ventaja, microscópica. ¿Sabe jugar al ajedrez?

—¿A qué viene eso, ahora? Sé jugar, ¿y qué le importa?

—Sabrá entonces —dijo Sampedro sin hesitar— que un buen jugador es capaz de ver la continuación ganadora en el corazón del equilibrio más férreo. Simetría y equilibrio. ¿Sabe eso, también?

—¡Déjeme en paz! ¿En eso consiste la venganza, en retenerme aquí contra mi voluntad, atormentándome con acertijos y amenazas veladas?

Sampedro se rió y varios de los otros acompañaron esa risa sin demasiada convicción. —Usted compra barato, casi regalado, y quiere vender a precio de oro. No, Iribarren. Sería demasiado simple, muy... ordinario que nos conformáramos con hacerle vivir esto como una pesadilla.

—¡Es una pesadilla, carajo! ¡Me voy a despertar y todos ustedes volverán a la nada!

—No es una pesadilla, coronel —dijo Rosa.

—No es una pesadilla —repitió Bernal, como un eco.

—¿Me van a doblegar repitiéndolo? Dirán miles de veces “no es una pesadilla, no es una pesadilla”, ¿creen que con eso será suficiente? —Iribarren permitió que una mueca cínica le cubriera el rostro como una mancha. —Ustedes, además de muertos, son imbéciles. No funciona de ese modo; yo soy un profesional, y también alguien convencido de lo que hizo. De hecho, volvería a hacerlo. ¿Se creen que son los únicos que tienen una ideología, valores, intereses?

—Hace un momento dijo que no cree en la culpa, ni en el dolor, lo que me permite pensar que no cree en casi nada —rugió Sampedro—. Apenas, un poco, en la muerte. Lo dijo usted, no yo. Ahora habla de ideas, valores...

—No me va a derrotar en un combate dialéctico, Sampedro. Hasta para eso eligió mal la presa. ¿Por qué no se buscó a un patán como el general Pozzi, o al coronel Estévez? Con ellos podrían haber jugado a este juego hasta cansarse, como el peor gato con el mejor ratón. Pero no conmigo. Yo leo, estudio; mi guerra contra ustedes trasciende largamente la defensa de los intereses de los grupos económicos. Lo mío fue una cruzada, Sampedro, y no me va a someter así nomás.

Sampedro observó a sus compañeros y les hizo un gesto de aprobación. Pero el que habló fue Zelinsky.

—No se imagina lo que le espera.

Iribarren contempló a Zelinsky y su mirada fue como una estocada. —Espero despertarme de una buena vez, eso espero, que ustedes desaparezcan de mi horizonte. Espero cruzar este maldito parque y llegar a mi casa, estar con mi familia, cenar, leer un rato antes de irme a dormir. ¿Envidian eso? Yo lo

tengo; ustedes lo perdieron. Yo gané. ¡Yo gané, carajo! —El coronel se pasó la mano por el rostro, como si quisiera arrancarse una máscara; se apretó el puente de la nariz con dos dedos y luego sacudió la cabeza, hacia uno y otro lado; el chasquido de las vértebras sonó en la noche calma y tibia.

—No coronel —dijo Sampedro—, la partida se sigue jugando; y tenemos buenas perspectivas de forzar la posición.

Iribarren, sin anunciar su movimiento, embistió contra los muertos de la primera fila, aunque no fue lo suficientemente rápido como para sorprenderlos. Los muertos se hicieron a un lado y el coronel trastabilló y cayó sin elegancia entre los matorrales. Algunas risas contenidas nacieron y se extinguieron de inmediato.

—No trate de demostrar que somos fantasmas —dijo Zelinsky—. Esa no es la cuestión, Iribarren.

Iribarren se levantó con dignidad y sin mirar atrás se dirigió directamente hacia su casa. Estaba seguro de que a sus espaldas sólo quedaban flecos deshilachados del delirio, pero no les quiso dar el gusto a esos muertos de pacotilla.

El episodio fue perdiendo sustancia a medida que Iribarren se aproximaba a su hogar. Supo que lo cotidiano, los objetos de siempre ubicados en los lugares habituales barrerían con los últimos residuos de la alucinación. ¿Y si no había sido una alucinación? Era la única explicación posible. La tranquilidad de saber qué lo esperaba más allá lo cubrió con su manto. Recordaba cada detalle con una precisión asombrosa y el mero inventario le infundía una especie de poder psíquico. El jardín, el perro, la parrilla que utilizaba para hacer los asados, el naranjo, la caja con las armas. Todos los objetos lo devolvían a la realidad. Por eso estaba seguro de que había sido una pesadilla o el efecto no deseado de un incidente para el que ya hallaría una respuesta. Pensó en Lucía, tal vez un poco irritada por la demora, volviendo a calentar la comida, en Martita frotándose los ojos, tenaz en su resistencia a los embates del sueño y en Gonzalo, impaciente pero disciplinado, obediente a los mandatos paternos: no saldría con sus amigos sin saludarlo y cambiar algunas palabras. Las cosas bien armadas están hechas para durar, se dijo.

Un único escalofrío lo recorrió de arriba abajo cuando tuvo la casa a la vista. Las luces estaban apagadas, como si allí no hubiera ocupantes. No era justo; entre la vida anterior y la vida eterna y superior que seguiría a la presente no había otra cosa que sucesos previsibles, elementales; se esforzó para que siguiera siendo así. Parpadeó y las luces se encendieron, como se habían encendido las del parque, con un estallido. ¿Había un operador incompetente moviéndose entre las sombras de los sauces, un peón torpe que se distraía a cada rato y olvidaba poner en escena los elementos apropiados? Iribarren se recuperó de inmediato y caminó con paso resuelto para cubrir los últimos metros. Los ladridos de

Bismark, el dálmata, que lo había oído a la distancia, cerró el círculo de marcas invisibles. Permitió que el perro saltara sobre él como un saltimbanqui desfachatado cuando abrió el cancel de rejas y luego lo apartó de un manotazo. Hundió la llave en la cerradura de la puerta de madera con la seguridad de un lama y sin poder contenerse gritó:

—¡Lucía, estoy en casa!

Le respondió cierta clase de silencio. No un silencio absoluto o brutal, sino un silencio extraño, compuesto por diminutas partículas de ruido. Ruidos plegándose, ruidos de juguetes rodando sobre un montón de arena, ruidos lanzados a través de la sala por una mano torpe, ruidos raros, obtusos. El ruido que hacen los actores, comprendió, cuando se visten entre bambalinas, en el lapso que va de un acto a otro. De un acto a otro, se repitió. Sentía el susurro de pensamientos desvaídos y turbios y los nombres se le anudaron en la garganta. Lucía. Martita. Gonzalo. Quiso pronunciarlos y no pudo.

—Aquí estoy —dijo una voz arisca. La mujer fue escupida por la penumbra de la cocina. Venía secándose las manos, arrastrando los pies, resoplando. Era Rosa Naranjo.

—¿Qué hace en mi casa? —dijo Iribarren, o casi dijo, porque las palabras se le secaron en el paladar y las encías y ni siquiera llegaron a los labios. Pero la mujer supo interpretar el gruñido.

—¿Qué hago en mi casa? —replicó ella—: cocino para el señor, que llega a cualquier hora.

—¿Dónde está Lucía?

—¿Quién es Lucía?

—Los chicos, ¿dónde están?

—Aquí estoy —dijo la niña que Rosa llevaba de la mano en el parque. Iribarren la miró por primera vez; era morena y tenía los ojos saltones; no se parecía a Martita en absoluto. Pero la niña no le dio tregua—. Marcelo no me quiere prestar su equipo.

Marcelo. Equipo. No era posible. ¿Cómo lo habían logrado? ¿Dónde estaban los verdaderos? Lucía. Martita. Gonzalo.

—Vino tu padre —dijo la mujer—, sin avisar, como siempre.

—¿Mi padre? —Iribarren giró la cabeza mirando las paredes, como si su padre pudiera ser parte de la conspiración.

—Está en la salita, jugando al ajedrez con Marcelo.

Iribarren decidió saltar todos los pasos intermedios. Se lanzó brutalmente contra la puerta y gracias al impulso que llevaba derribó piezas y tablero; eran Zelinsky y Metralla.

—¿A qué vienen esos nervios? —dijo el viejo—. ¿Te pasó algo?

—¿Pasarme? —Iribarren clavó una estúpida mirada en los cuatro caballos, que por un extraño azar

habían quedado juntos sobre una carpeta blanca tejida. —¡Hijos de puta! ¡Basuras!

—¡Jorge, qué te pasa! Estoy asustado —dijo Zelinsky—. Marcelo: tu padre está...

—¿Loco? —Marcelo meneó la cabeza. —No está loco. Un poco trastornado por algo que le ocurrió en el parque, ¿no es cierto, papá?

—No me pasó nada en el parque. ¿Qué me podría haber pasado? —Iribarren se movió con sigilo y disparó las manos como látigos. Él fue el primer sorprendido cuando los dedos tocaron la garganta del viejo y lograron cerrarse formando un círculo de acero. Afuera, Bismark ladró.

—¿Qué... hacés? —tartamudeó el viejo. Marcelo separó los brazos de Iribarren sin esforzarse, más que nada porque el desconcierto había aniquilado la voluntad del coronel. La solidez de la carne. La consistencia de las vértebras y el espinoso follaje de la nuca. El tentáculo helado de una pesadilla que se prolongaba en exceso.

—¿Qué hicieron con ellos?

—¿Con quiénes? —Marcelo hablaba con calma. Era varios años mayor que Gonzalo, más corpulento, y frío. No le habría costado mucho liquidar a su hijo.

—¿Vamos a comer de una buena vez o no? —recitó de nuevo la voz ruda de Rosa Naranjo—. La nena está pasada de hambre.

—Ustedes no existen —dijo Iribarren una vez más. Pero después de pronunciar esas tres palabras bajó los brazos; no había nada que hacer. —Está bien —dijo—. Ganaron. ¿Quieren que lo diga? Lo digo, está bien. Soy una alimaña, un asesino. Les pido perdón humildemente por todo lo que les hice, por lo que los hice sufrir y por haberlos asesinado. ¿Suficiente? Ahora devuélvanme a mi familia. —No sonaba creíble, pero no imaginó otro camino. Las armas estaban lejos y no hubieran servido de nada, los sabía. Era tarde para todo.

Los impostores, los sustitutos, los farsantes, los ficticios se movieron como si hubieran aprendido a bailar en un ascensor: con pasos medidos, con gestos sin espejo.

—¿No existimos? —El que hablaba era Zelinsky. —¿Cuántas pruebas más serán necesarias para que aceptes la realidad tal cual es, no como te gustaría que fuera? ¿Tu familia? Nosotros somos tu familia, la única familia posible. Aprenderás a vivir con nosotros, no te preocupes.

—Ustedes no son reales —sollozó Iribarren—. Yo los maté. Yo maté a Bernal con una descarga excesiva. A cada uno de ustedes. ¿Necesitan que se lo ponga por escrito? ¿Era eso lo que estaban buscando? ¿Quieren que vaya a los diarios, a la televisión, que me someta a reportajes? De acuerdo, lo haré. ¿Qué más quieren que haga?

—¿Otra vez con el teatro de la culpa? —Rosa hizo una mueca de fastidio. —Ahora una vez por

semana; pronto será todos los días.

—¿Qué le pasa a papá, mami? —dijo la niña, que no era Martita.

Iribarren alzó la vista y recuperó cierta firmeza. —Muy hábiles. Muy astutos. Así que son la única familia que merezco. No se me había ocurrido que podían ser tan ingeniosos.

—¿Vamos a comer, de una buena vez? —dijo Rosa, impaciente.

—No, yo no voy a comer —dijo Iribarren—. Tengo cosas que hacer.

—Y ahora, ¿qué?

—Sigán jugando al juego que más les gusta. —El coronel pareció haberse conectado a una red remota, de las que se activan en caso de emergencia. Les dio la espalda y salió de la habitación, salió de la casa. Nadie trató de impedirle que sacara el auto, nadie se interpuso en su marcha hacia el cuartel. Era una mala hora para molestar a la gente, pero las circunstancias lo exigían.

Manejó como un endemoniado. Pasó de largo todas las luces prohibidas y llegó en diez minutos. Lo dejaron ingresar entre voces de mando y chirridos de neumáticos sobre la gravilla. Dejó el motor en marcha y la puerta del vehículo abierta. Subió los tres peldaños de un salto y entró a la oficina de Pozzi resoplando, desencajado.

—¿Qué le pasa, coronel? ¿Se siente mal? —Sampedro sacó un cigarrito del bolsillo interior de la campera y lo encendió con la misma mano, mediante una maniobra que a Iribarren no le pareció ni mágica ni poco natural. Miró a los ojos al hombre bajo, de tez oscura y pelo crespo que vestía una campera de aviador, pantalones de lona y botas de cuero, y supo que ahora, por primera vez, el círculo se había cerrado por completo y que no existía en todo el universo una fuerza capaz de romperlo para concederle la libertad.

SIN MIEDO A VOLAR.....	3
LA BANDA DE LOS BICÉFALOS.....	15
ABEJAS DE HIERRO.....	27
CABALAH.....	49
DURO COMO UNA ROCA.....	52
IMÁGENES ROTAS EN UN ESPEJO.....	59
UN VIAJE AL AYER.....	63
UN DÍA CUALQUIERA.....	68
EL HOMBRE INVISIBLE Y SUS SECUACES.....	74
EL CÍRCULO SE CIERRA.....	80